BX
830
1962
.P76
1964

LIBRARY OF PRINCETON
MAY 1 1 1994
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
830
1962
.P76
1964

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/losprotestantesy00unse

Los Protestantes

y el Segundo Concilio Vaticano

LOS PROTESTANTES Y EL SEGUNDO CONCILIO VATICANO

Los Protestantes

y el

Segundo Concilio Vaticano

Consulta sobre las actuales relaciones y actitudes entre evangélicos y católico romanos

CONFERENCIAS

(Varios autores)

LIBRARY OF PRINCETON
JAN 21 1993
THEOLOGICAL SEMINARY

Casa Unida de Publicaciones S. A.

México

© Derechos reservados

Publicado para la Comisión Evangélica de Estudios, de México.

Impresora "GALVE", S. A. Callejón de San Antonio Abad núm. 39. México, D. F.

UNA PALABRA INTRODUCTORIA

Interesados en estudiar algunos movimientos mundiales recientes que afectan la vida de los pueblos, unos doscientos ministros obreros y laicos evangélicos de México se reunieron en una Consulta durante los días 26 al 30 de mayo del año pasado.

Convocados por varias instituciones evangélicas a iniciativa de la Comisión Evangélica de Estudios se presentó una serie de conferencias y se tuvieron grupos de discusión acerca del importante tema de las relaciones y actitudes de los evangélicos con los fieles de la Iglesia Católica Romana.

Al celebrar esta Consulta se tuvo interés en aprovechar la visita a México del Dr. José Míguez Bonino, Rector de la Facultad de Teología de Buenos Aires (Argentina) quien fuera huésped de la Iglesia Metodista de México. Habiendo asistido el Dr. Bonino como único observador latino-americano ante el II Concilio Vaticano que se reunió en Roma, enviado por la Iglesia Metodista "Mundial," además de la participación del Dr. Bonino, fueron invitados prominentes cristianos, catedráticos de varios Seminarios, quienes participaron como conferenciantes o consejeros en los grupos de estudio. Actuó como capellán el conocido obero y escritor Dr. Federico J. Huegel.

Fue tal el interés despertado en los asistentes por los temas tratados, que se insistió en que fueran publicadas las conferencias para estudio y meditación más en detalle, y para beneficio de quienes no pudieron estar presentes. En atención a tal urgencia y gracias a la buena disposición de los participantes, la valiosa colaboración de CAVE al hacer las grabaciones y del cuerpo de secretarias que han participado en el trabajo, es posible ahora ofrecer el presente volumen a los lectores de habla hispana.

El texto de las conferencias del Dr. Bonino fue revisado por él mismo para omitir repeticiones y corregir posibles errores de la exposición oral altamente expontánea, pero manteniendo su forma original. El autor, como él mismo lo dijo, no tuvo por objeto analizar profundamente los problemas, sino más bien compartir información que sirviera para meditación ulterior. La revisión fue hecha en Roma mientras se celebraba la Segunda Sesión del Concilio Vaticano Segundo, y la publicación se hace ahora que ésta ha pasado. Por tanto, el autor añadió en el texto breves paréntesis aclaratorios referentes a acciones o

cambios producidos en la Segunda Sesión, aunque no intentó rehacer el trabajo a la luz de esos nuevos desarrollos.

"La posibilidad de una evaluación más profunda y acabada del significado del Concilio Vaticano II debe ser diferida para más adelante. Pero desde luego corresponde a las iglesias evangélicas —muy particularmente en América Latina— el reflexionar serena y hondamente sobre su actitud frente a todo esto. Si las páginas que ahora se publican sirven a ese fin, habrán colmado su propósito."

La Comisión Evangélica de Estudios agradece la colaboración de los Conferenciantes, cuyos trabajos aquí se presentan; del Capellán, quien mucho contribuyó a forjar el ambiente espiritual adecuado en el que se desarrolló la Consulta, y a todos cuantos en varias formas participaron para hacer la Consulta un éxito, y de este volumen un instrumento valioso de trabajo. Lo encomendamos ahora al estudio, la meditación y la oración de cuantos en sus páginas hallen valores guías para mejor aprecio y mayor eficacia del verdadero amor de Jesucristo manifiesto en las relaciones humanas y en las vidas de los hombres.

México Verano del 1964.

BOGA MAR ADENTRO

Federico J. Huegel

Mis mensajes como Capellán de esta Conferencia que va a llamarse sencillamente una Consulta, se desarrollarán en torno del mandato de Jesús a sus discípulos, los cuales habiendo trabajado toda la noche nada habían tomado; y les dice: "Tira a alta mar y echad vuestras redes para pescar; o si mis hermanos prefieren la versión de 60 que dice: Boga mar adentro.

Claro está, que nos hemos de ocupar primero del aspecto simplemente histórico del asunto. No haremos caso omiso del significado más inmediato del relato bíblico. Milagro como este es repetido por el Redentor bajo circunstancias muy similares en cuanto se presentó vivo a sus discípulos, habiendo resucitado de entre los muertos con muchas pruebas indubitables diciéndoles después de una noche de trabajos inútiles. "Echad la red a la mano derecha del barco y hallaréis".

La diferencia es que en el primer caso la pesca fue tan abundante que la red se rompía y que no se podía llevar tanto pez sin traer a otro barco, mientras que en el segundo caso no se menciona otro barco, en cambio se precisa el resultado exacto matemático de la pesca: ciento cincuenta y tres peces.

Nadie al considerar cuidadosamente esas dos escenas bíblicas puede ignorar el hecho de que para Jesús había en ellas un gran factor simbólico. Su propia palabra nos autoriza a decirlo. "No temas —le dice a Simón Pedro, quien se había arrojado a sus pies diciendo, apártate de mí Señor porque soy hombre pecador—, desde ahora serás pescador de hombres." En el segundo caso de la pesca milagrosa, efectuado por el Cristo resucitado tiene la nota simbólica del número de los peces tomados, 153. Cien, es el % de la parábola del Sembrador (hubo, —recordarán mis hermanos quienes llevaron fruto a ciento, otros a sesenta, y otros a treinta), el cincuenta habla de la fecundidad, del Pentecostés, y el tres de la divinidad.

Pero la referencia simbólica en la palabra de Jesús cuando dice: Boga mar adentro y echad vuestras redes, va más allá; comprende las edades, y abarca toda la historia de la Iglesia. Su significado es tan hondo y tan grande que nos alcanza a la situación en la cual nos encontramos. Es la Palabra vibrante, gloriosa, y estrujante que en esta

hora de consulta, Dios tiene para nosotros, amados hermanos en Cristo.

Hemos estado mucho tiempo a la orilla de la experiencia cristiana. Ya es tiempo de que la Iglesia Evangélica de México busque mar adentro en lo que atañe a la comunión de los santos.

La pesca de riquezas inescrutables de la gracia divina, nunca va a hallarse en los exclusivismos de un denominacionalismo cerrado. Y quizás aún farisáico. La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, como dice San Pablo en su epístola a los Efesios, donde encontramos la palabra bíblica cumbre respecto a esta institución única, que no es una organización, sino un organismo cuyo fundador fue aquel que es su Cabeza y Vida, Sumo Pontífice y Guía, su fundamento y estructura, su alfa y su omega, su principio y su fin.

Cristo es el todo y en todo de la vida de la Iglesia, su principio y su plenitud; cuando el creyente no está dispuesto a abrazar en espíritu a todos aquellos que aman al Señor, que viven en él y que forman su cuerpo, se defrauda a sí mismo. Esos se quedan en la orilla del vasto mar de la vida cristiana, se limitan a la comunión de un sector de la Iglesia y se privan de una plenitud de vida que sólo se encuentra en las profundidades del amor de Cristo. Porque ese es el amor que acoge en su seno a todos, sea cual fuere su color, el nombre de su denominación no importa la tradición eclesiástica a que se afilien; sean arminianos o calvinistas; sean los que bautizan por aspersión o los que lo hacen por inmersión; sea que creen que un santo puede caer de la gracia, o los que creen que una vez en la gracia siempre en gracia. Respecto a estas cosas hay libertad.

La denominación que coloca a sus filigreses en una camisa de fuerza respecto a estas cosas en las cuales siempre ha habido gran variedad de opiniones y que no afectan la esencia de la vida cristiana, comete un error. Hace que de tal manera al ver estas cosas que son secundarias, no se sientan libres para estrechar relaciones de verdadera comunión con los de otras agrupaciones, y conserva a los suyos en un estado de ánimo inmaduro. Para todos ellos es sin embargo la palabra de Cristo: Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar.

Doy testimonio en esta mañana por mi parte, que por la Gracia de Dios quiero despojarme de fanatismos protestantes y quiero tirar hacia alta mar, donde están las riquezas de la gracia divina. No hallo dificultad en ser calvinista con los calvinistas, y armiano con los armianos. Lo dije a mis alumnos miles de veces cuando era catedrático en el Seminario Unido. Y no me pueden tildar de tonto; porque mi Redentor dio lugar a las dos cosas. Tan grande fue que pudo

reunir en su persona cualidades y puntos de vista teológicos aparentemente contradictorios. Fue cordero y fue león. Fue calvinista por decirlo así cuando dijo: "Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo trajera. Y fue arminiano cuando dijo: "El que oye mi palabra y cree (poniendo la responsabilidad en el hombre) al que me ha enviado tiene vida eterna: y no vendrá a condenación más pasó de muerte a vida.

Dejemos los misterios con Dios hermanos, y boguemos mar adentro en la comunión de los santos. Aún en el seno de la así llamada Iglesia Católica Apostólica Romana, a pesar de cosas que para nosotros los evangélicos son abominables e infinitamente exajerables, hay riquezas de gracia inescrutables. ¿Quién por estrecheses protestantes se priva de comunión con la gran Teresa de Jesús llamada por los evangélicos de España: "Nuestra Teresa". Quién no quiere conocer íntimamente el gran arzobispo Fenelón autor de "Los Máximos de los Santos", desterrado por parte de Luis XIV por sus ideas bíblicas y evangélicas. Quién rehusa tener comunión con Bernardo del Clairvou quien predicó 80 sermones sobre el Cantar de los Cantares, en los cuales ensalza a Cristo, y sólo a él, como ningún predicador evangélico jamás lo ha hecho, aunque murió antes de terminar la serie. Quién no haya conocido a fondo a Francisco de Asis, Fray Luis de León, Catalina de Siena, la que murió de dolor en el corazón por su afán de la purificación de la Iglesia, la de Roma, aunque no lo pudo lograr. Enrique Suso el gran místico alemán; Jeanne de la Mothe Guyon quien pasó 4 años en una celda de la Bastilla por decir en un libro que escribió sobre la Oración, que para llegar a Dios, el camino era Cristo y no la Virgen María. Digo, quién por ser Protestante, teme entrar en comunión con los grandes hombres y mujeres del Romanismo de tiempos anteriores de Lutero o después, cuya posición si no del todo protestante sí era verdaderamente cristiana, puesto que siendo creyentes casi sin excepción, sufrieron prisiones y martirios impartidos por la misma Iglesia romana a causa de sus ideas tan evangélicas, es digno de lástima. Se encierra en un círculo pequeño pudiendo vivir en el pináculo incalculablemente más grande. Para ellos también, es la orden de Cristo: Tira a alta mar y echad vuestras redes para pescar. Si lo hacemos, nuestro barco no podrá llevar todos los tesoros de gracia adquiridos, en la comunión con todos aquellos que a través de los siglos hayan amado a Cristo, y hayan llevado la cruz con él.

No aprendemos lo que Pablo escribe en su Epístola a los Efesios donde dice que Cristo derribó la pared intermedia de separación entre judíos y gentiles reconciliando por la Cruz con Dios a ambos, matando

en ellos las enemistades; para edificar en sí mismo los dos en un nuevo hombre haciendo la paz. Si en la Cruz el Hijo de Dios pudo acabar con aquella muralla de separación, la más tremenda de todos los tiempos; para que judíos y gentiles fueran una cosa en él; ¿Quién se atrevería a decir que esas paredes de separación que existen hoy día entre cristianos no se derrumbarían si se les aplicara la dinamita de la Cruz?

Vayamos al Calvario con nuestras estrecheces, con nuestros prejuicios, nuestro orgullo denominacional, nuestro ensimismamiento eclesiástico y nuestro egoismo religioso.

Alcanzaremos las profundidades de la mar de Dios en la comunión verdadera de los Santos.

¡Qué riqueza no será la nuestra! y aquél que es la Cabeza de la Iglesia, verá el fruto de su pasión y ésta será satisfecha.

OBSERVADORES PROTESTANTES EN EL CONCILIO VATICANO II

José Míguez Bonino

Considero un privilegio muy singular y una oportunidad que había esperado con emoción éstos de hallarme aquí en México y conocer personalmente esta tierra y este pueblo a quienes por su historia, por su gesta de emancipación, por su trayectoria pionera en América Latina, desde niños aprendemos a admirar. Todos nos sentimos deudores a vosotros los mexicanos. Pero muy especialmente como evangélico hallo una alegría muy especial en poder compartir estos días —¡ay, demasiado breves!— con una iglesia que ha testificado fielmente en medio de grandes dificultades y que ha abierto al evangelio de Cristo una amplia calle en América. Que estas breves palabras —muy simples pero verdaderamente sentidas— sirvan para testimoniar mi gratitud a Dios y a vosotros por la amable invitación que me permite estar hoy con vosotros.

El tema que nos ha congregado para estas sesiones —el examen de las relaciones y actitudes evangélicas con el Catolicismo Romano a la luz de los recientes desarrollos dentro de este último— no es sencillo. Caben en él —y de hecho se dan— diferencias de opinión, de apreciación y de enfoque y, por consiguiente, también diferencias en las conclusiones a las que se llegue. En verdad, cada iglesia tiene que hacer, en vista de las circunstancias y en un examen responsable y sincero, su propia composición de lugar. Nadie puede determinar —menos aún dado el carácter del Protestantismo— cuál debe ser la actitud de la iglesia evangélica de un determinado país frente a las nuevas situaciones que se presentan. Por otra parte, las iglesias no son entidades aisladas: vivimos en la comunión que es en Jesucristo y por ende en la comunión fraternal en la que nos es dado consultarnos, exhortarnos y consolarnos mutuamente; compartir lo que cada uno hemos recibido y hallar juntos, frente al Señor, las respuestas a nuestros problemas. Personalmente agradezco al Señor que me ha dado la oportunidad, en estos últimos meses, de compartir con mis hermanos en Cristo de varios países este proceso de reflexión sobre nuestras relaciones con el Catolicismo Romano en un momento crítico, con sus peligros, sin duda, pero también con sus grandes oportunidades.

Mi función principal en este proceso de reflexión es la de aportar la información que diversas circunstancias me han dado la posibilidad de reunir. No pretendo que esta información sea definitiva. Comprendo que mi propia interpretación de la misma es cuestionable como toda interpretación —especialmente porque recién estamos al comienzo de un proceso cuya dirección está lejos de hallarse totalmente definida. Pero, con todo, ofrezco lo que he recogido, para vuestra reflexión, vuestra crítica, como una simple contribución a la labor que os proponéis realizar en estos días.

Un concilio inesperado.

En mis sueños más extraños jamás se me había ocurrido que me habría de hallar un momento dado en Roma, en la Basílica de San Pedro, sentado en un palco de privilegio, escuchando el desarrollo de un Concilio general de la Iglesia Católica Romana. Eso fue sin embargo, lo que me ocurrió a mediados de octubre del año pasado. La noticia de mi elección me llegó sólo con un par de semanas de antelación al comienzo del Concilio (¡una huelga de correos demoró casi un mes la carta!). Pero el Concilio había sido ya antes una sorpresa también para los católicos, una de las varias sorpresas que el papa Juan XXIII les tenía reservadas, desde la elección de su designación papal al ir a buscar cuatro siglos atrás un nombre de dudosa trayectoria en el papado.

Un Concilio Ecuménico era, en verdad, una sorpresa dentro del Catolicismo Romano. Durante siglos se libró dentro del Catolicismo un largo combate entre dos tendencias: aquella que ubicaba el gobierno de la Iglesia en Roma, centralizándolo en el Papa y sus colaboradores inmediatos —la curia— y la que consideraba que el gobierno debía estar en manos de la totalidad del episcopado católico con el Papa. La primera se llamó curialismo y la segunda conciliarismo. En Occidente pareció que cada vez se fortalecía más la primera tendencia, y cuando en el siglo pasado el Concilio Vaticano I (1869-1870) definió dogmáticamente la infalibilidad papal no faltó quien dijera que el Concilio había cometido suicidio. ¿Para qué se necesitaba un Concilio si el papa podía definir infaliblemente "de por sí y no mediante el consenso de la Iglesia" todo lo que se refería a la fe y la moral? El curialismo había triunfado totalmente; el conciliarismo había muerto. La convocación de un nuevo concilio resultó, pues, la mayor de las sorpresas y puede ser que lo más importante acerca de este concilio sea, en último término, sencillamente esto: que, luego del Vaticano I, *en*

verdad se reunió un nuevo Concilio. Este simple hecho puede tener enormes consecuencias.

El anuncio creó ciertas confusiones, especialmente porque la opinión pública —y lo que es más sorprendente incluso algunos católicos— interpretaron la palabra "ecuménico" aplicada al Concilio en el sentido que la palabra ha adquirido en los movimientos de las últimas décadas, de las iglesias no-católicorromanas. Ecuménico se aplica allí a todo el Cristianismo, extendido sobre toda la tierra. En el Catolicismo Romano, en cambio, la palabra "ecuménico," particularmente aplicada a un Concilio, tiene un significado muy preciso, definido por el Código de Derecho Canónico. Un Concilio Ecuménico es la reunión, convocada por el papa y presidida por el papa o sus legados, de todos los obispos de la Iglesia Católica Romana es decir. todos los obispos en comunión con Roma y sometidos al Soberano Pontífice, así como de los patriarcas orientales en comunión con Roma (las llamadas iglesias "uniatas", que no deben confundirse con las iglesias orientales Ortodoxas, que no están en relación con Roma) y los superiores de las diversas órdenes religiosas. (No es necesario mencionar títulos como cardenales, arzobispos, etc., en efecto, éstas no son "órdenes", siendo obispo la orden superior, o el grado superior de las órdenes ministeriales en el concepto católico. o todos los cardenales son necesariamente obispos aunque todos forman parte del concilio).

La invitación a las otras iglesias

Poco después del anuncio del Concilio, el Papa creó el llamado Secretariado para la promoción de la Unidad de los Cristianos (*Secretariatus ad Christianorum Unitatem Fovendam*), nombrando como Presidente del mismo al anciano cardenal Augusto Bea, caracterizado por su posición prudente en materia teológica a la vez que por su interés en la promoción de los estudios bíblicos desde la dirección del famoso Instituto Bíblico Pontificio de Roma. El Cardenal Bea es un jesuíta alemán, que había tenido oportunidad de contacto con teólogos y hombres de iglesia de las distintas confesiones cristianas. Otro tanto podría decirse del Secretario, el holandés Mgnr. Willebrands, un hombre de espíritu fraternal y equilibrado, profundo conocedor del Protestantismo. En torno de ellos se agrupó un número de obispos y teólogos, principalmente franceses, belgas, alemanes, holandeses y en menor número italianos, ingleses y norteamericanos (hasta el presente no hay ningún latinoamericano) especialmente interesados en las relaciones con las iglesias no-católicas. La función general de ese Secretariado —que se supone permanente— era la relación con las demás

iglesias. La función específica que se le confió fue la de llevar a la práctica el propósito de Juan XXIII de invitar observadores no-católicos al Concilio recientemente anunciado.

Hay que suponer que la idea de invitar observadores fue definiéndose poco a poco —desde las primeras indicaciones imprecisas hasta una precisión mayor de lo que esa invitación significaba—. Queda, por supuesto, excluída desde el principio la posibilidad de una participación activa de personas de otras iglesias como "miembros activos" del Concilio. La misma naturaleza del Concilio —como lo hemos señalado— hace imposible tal cosa. Por otra parte, las iglesias no-católicas mal podrían haber aceptado tal clase de invitación. Se trataría, pues, de personas, escogidas y enviadas por las iglesias que aceptaran la invitación, cuya función sería la de presenciar el desarrollo del Concilio e informar a sus respectivas iglesias del mismo. De allí el nombre de "Observadores delegados". Esta posición es bien clara. El observador no forma parte, estrictamente hablando, del Concilio. No tiene voz ni voto. No tiene representación activa de su Iglesia.

Este carácter ha sido respetado cuidadosamente tanto por la Iglesia Católica Romana como por las demás. Por una parte, el observador no toma parte en las procesiones litúrgicas y ocupa, en el aula conciliar, una ubicación, que si le permite ver y escuchar todo privilegiadamente, a la vez indica su carácter de espectador mas bien que de participante. Por su parte, las iglesias han escogido para esa función principalmente gente de estudios más bien que dirigentes eclesiásticos. La proporción de profesores de teología es muy grande. Se hace así claro que la función principal es la de observación y estudio, y por ello no era conveniente enviar personas cuya función eclesiástica sugiriera una cualidad representativa (hay, por supuesto, excepciones).

El proceso de invitación fue sumamente sencillo y lógico. Se pensó en invitar a las iglesias por lo que podríamos llamar "familias confesionales", es decir, las asociaciones mundiales de una determinada denominación o confesión y, en el caso de las iglesias ortodoxas, los patriarcados tradicionales. Así se invitaron la Iglesia Anglicana-Episcopal; la Alianza Mundial Presbiteriana, la Alianza Luterana Mundial, el Consejo Metodista Mundial, etc. Se hizo primeramente una consulta extraoficial para saber si habría disposición para recibir una invitación de este género y luego se cursó la invitación oficial a enviar dos o tres observadores por cada uno de estos cuerpos. La mayor parte acepto la invitación y así se formó un cuerpo de unos cuarenta observadores (que ha aumentado a cerca de sesenta en la Segunda Sesión al enviar observadores otras iglesias).

La función del observador

El observador asiste a todas las sesiones de "congregación general", que son sesiones cerradas realizadas todas las mañanas, y en las que tiene lugar el proceso básico de discusión y decisión. Sólo pueden asistir a estas sesiones los "padres conciliares" (es decir, los meimbros natos del Concilio), los "peritos" (a saber, los teólogos especialmente designados como consultores) y, en el carácter ya indicado, los observadores. (En la segunda sesión se ha añadido un pequeño número de "auditores laicos" católico romanos, que también asisten, aunque sin voz ni voto, como es de suponer). Se ha hablado a veces de un "juramento de secreto" que los observadores habrían prestado. Tal cosa no ha existido jamás. Por supuesto, dado que el observador tiene acceso a documentos y discusiones estrictamente reservados, es de suponer que sentirá la responsabilidad de mantener la reserva y prudencia correspondientes, Los observadores han tenido plena conciencia de esa necesidad, y su prudente reserva ha sido comentada más de una vez. Las sesiones de comisiones del Concilio son también cerradas, y los observadores no tienen acceso a menos que lo pidan expresamente por alguna razón especial —lo cual, creo, no ha ocurrido—. Esto es, en realidad, lógico, pues se trata de pequeñas comisiones y la presencia del observador significaría una especie de participación que no corresponde a su carácter. Dentro de estas características se ha desarrollado nuestro trabajo y es un placer reconocer públicamente que hemos sido tratados con una amabilidad, franqueza y buen tino que ha facilitado enormemente nuestra tarea, dándosenos toda la información que necesitábamos al tiempo que se nos dejaba la libertad de escoger la forma en que mejor juzgábamos cumplir nuestro cometido.

Es necesario destacar la discreción del trato que recibimos porque no pocos abrigábamos cierto recelo —yo debo confesarlo— ante el peligro que nuestra presencia fuese "explotada" por algunos círculos católicos (no por supuesto el Secretariado mismo) como medio de propaganda: una demostración de que los protestantes "retornábamos" a Roma. Nada de eso ocurrió. Tal vez un ejemplo de esa discreción lo constituyó la recepción de los observadores por el papa Juan XXIII, que tuvo lugar a los pocos días de iniciarse el Concilio. No se trataba de una audiencia —lo que supondría una solicitud de nuestra parte— sino de una invitación. No se realizó en una sala general sino en una pequeña sala de las habitaciones papales. Los observadores, de pie, formamos un círculo y el papa, de pie, recorrió el círculo, siendo presentado personalmente a cada uno, estrechándole la mano y cam-

biando unas breves frases, para luego invitarnos a sentarnos. Ocupó él mismo su silla —no un trono— y nos dirigió unas breves palabras, una sencilla meditación sobre un versículo de un salmo. Nada que sugiriera potestad o sumisión, nada que pudiera crear una situación equívoca o un problema de conciencia. (En realidad, aún más significativa fue la recepción de Pablo VI al comienzo de la segunda sesión del Concilio, realizada en la Biblioteca privada del papa, donde uno de los observadores, el prof. Skydsgaard, hizo uso de la palabra y el papa respondió los dos discursos, que han sido publicados, valen la pena de leerse por su serenidad, profundidad y realismo).

¿Porqué fuimos invitados? Esta pregunta nos interesa a todos. Por una parte, se responde muy sencillamente; por la otra, resulta sumamente difícil si no imposible hacerlo. La respuesta más evidente debe brotar de lo que la misma Iglesia Católica Romana ha dicho al respecto. El objetivo del Concilio, según el Papa Juan XXIII, era doble. Su objeto directo e inmediato era la renovación de la Iglesia Católica, tanto en algunos aspectos de su organización y forma de actuar como en su vida interior (sobre esto volveremos luego). Su objeto indirecto, y más lejano era colaborar a la unidad cristiana. Los dos objetivos están relacionados. En la medida en que la Iglesia Católica se renovase —dice el papa— se facilitará el re-encuentro con los no católicos. La renovación será una invitación extendida a las demás iglesias para (aquí el término difícil sobre el que tendremos que detenernos luego) "volver" a la "casa paterna". Se invitaba a los observadores, por lo tanto, para que pudieran presenciar y comprobar cómo la Iglesia confronta la necesidad de renovación, la dirección y los alcances de esa renovación.

(El papa Pablo VI ha precisado más estas afirmaciones, insistiendo en la necesidad de un conocimiento mutuo más profundo. En su discurso de apertura de la Segunda Sesión del Concilio ha reconocido que las causas y motivos de la división son "muy graves" y parecen imposibles de superar. Añadió que "si hay culpa nuestra en tales separaciones, pedimos humildemente perdón a Dios y a los hermanos que se han sentido ofendidos por nosotros". Señaló la gratitud por la asistencia de los observadores de las iglesias "que han aceptado la invitación de asistir, sin tomar ningún compromiso". Finalmente insistió en que una de las necesidades fundamentales era la de un estudio mutuo, profundo y sereno de la doctrina del otro. Esta posibilidad sería uno de los frutos más importantes de la presencia de los observadores en el Concilio).

En diversas oportunidades me han preguntado si, en último análisis, había *sinceridad* en esa invitación, y si el propósito no era captar

la simpatía de las iglesias no católicas, para lograr su "retorno" al Catolicismo Romano. A esta pregunta habría que responder dos cosas. La primera tiene que ver con la *sinceridad*. Esta es una actitud del corazón que sólo el Señor puede juzgar. A mí, personalmente, luego de amplias oportunidades de contactos con católicos de todos los grupos, me resulta imposible aceptar —casi ni imaginar— la idea de una insinceridad conciente, de una especie de "enorme confabulación". que mobilizaría toda la Iglesia Católica Romana sólo para "engañar" a los no-católicos. El mismo hecho que la invitación no ha sido bien recibida por todos los sectores del Catolicismo, que ciertos círculos católicos conservadores se sintieron sumamente incómodos y se esforzaron por reducir la invitación en cuanto fuera posible, temerosos de que esa invitación diera la impresión que la Iglesia Católica Romana capitulaba, que reconocía a las otras comunidades como iglesias, ese mismo hecho señala la sinceridad de la invitación, y el riesgo que el Catolicismo mismo corrió al abrir así a los demás la posibilidad de ver los problemas internos de la I.C.R.

Pero es necesario ir más lejos. Al decir que creo en la sinceridad de la invitación, no quiero decir que el propósito final, desde el punto de vista católico, no sea el retorno de las demás iglesias. Esta no es cuestión de sinceridad, porque los católicos jamás han ocultado esa intención. Juan XXIII ha hablado repetidamente del "retorno al hogar paterno" de los "hermanos separados" (Pablo VI ha recordado, con toda franqueza, que el católico se siente obligado a una fidelidad total a su doctrina "que considera de origen divino", y que no puede hacer concesiones sobre ella). La idea de que la Iglesia Católica Romana es la única Iglesia que continúa directamente a la Iglesia Apostólica es parte de la esencia misma del Catolicismo. Por eso, el Catolicismo sólo puede concebir la unidad como "retorno". Por supuesto, para el protestante, esa posición es inaceptable. Su posición tampoco ha variado: sigue insistiendo en la necesidad de la Reforma del Catolicismo, como la pidieron los reformadores. No hay insinceridad ni engaño en que el católico espere y trabaje por el "retorno" del Protestantismo, como no los hay en que el protestante espere y trabaje por la "reforma" del Catolicismo.

Fidelidad y diálogo

La pregunta más importante es si, reconociendo el abismo que nos separa, católicos y protestantes podemos dialogar con sinceridad, con franqueza y con mutuo respeto, sin ocultar ni atenuar los contrastes,

sin disminuir o disfrazar nuestras creencias para complacer al otro pero al mismo tiempo sabiendo escuchar, dispuestos a comprender mejor lo que el otro realmente dice, buscando las formas de hacernos comprender más claramente, y sobre todo respetando la persona y las convicciones del otro aún cuando no podamos aceptar estas últimas y tratemos de señalarle lo que nos parece su error. En ese sentido, los contactos personales que se establecen en el Concilio, las numerosas conversaciones con obispos y teólogos, han demostrado que esto es posible, que tiene lugar todos los días y que nos hace bien a unos y otros.

En realidad, la participación en una conversación seria con los católicos romanos es parte de la tradición original de la Reforma. Tanto Lutero como Calvino, como los demás reformadores, estuvieron siempre listos a participar en conversaciones teológicas sobre los problemas básicos que la Reforma había planteado. Se realizaron entonces numerosos "coloquios". Fue más bien la actitud de la I.C.R., y las circunstancias políticas las que cerraron esa posibilidad. Si hoy se abre de nuevo, los evangélicos debemos estar en la misma disponibilidad de nuestros padres. Por otra parte, nuestros ojos deben estar abiertos a lo que en realidad sucede dentro del Catolicismo Romano, para tratar de comprender la importancia, el valor y las limitaciones de los cambios que se están gestando y que sin duda afectarán profundamente, dentro de no mucho tiempo, nuestro propio Catolicismo Latinoamericano. A la vez que mantenemos con fidelidad nuestra fe y nuestras convicciones, debemos dar gracias a Dios por todo lo bueno y genuino que veamos, dondequiera que se encuentre, porque Dios "no se ha dejado sin testigos" tampoco en el Catolicismo, como bien nos lo recordó hace algunos minutos el hermano Hueguel. Lo importante es unir sencillez y prudencia, firmeza y amor, en esta nueva fase de nuestras relaciones con el Catolicismo Romano.

BOGA MAR ADENTRO

Federico J. Huegel

Dijimos en el mensaje anterior que la hora devocional iba a girar en torno del mandato de Jesús a sus discípulos quienes, habiendo trabajado toda la noche echando sus redes al mar nada habían tomado; Boga mar adentro y echad vuestras redes a pescar. Leemos que Simón en su manera característica, siempre listo a responder de alguna manera a su Señor y Redentor le dice: "Maestro habiendo trabajado toda la noche nada hemos tomado, mas en tu palabra echaré la red". El resultado era lo que había de esperarse siendo Jesucristo el Rey Soberano del Universo; sustentando todas las cosas con la palabra de su potencia según lo declara el escritor sagrado de la Epístola a los Hebreos y como San Juan nos dice en el prólogo de su Evangelio, tal era la multitud de pescados que la red se rompía. "E hicieron señas, —leemos— a los compañeros que estaban en el otro barco, que viniesen a ayudarles; y vinieron y llenaron ambos barcos de tal manera que se anegaban".

Quien no ve que el Señor Jesús estaba hablando a los suyos de todos los tiempos a través de la historia de su Iglesia, no entiende al Maestro Divino, ni tampoco acepta su forma majestuosa de enseñar mediante la parábola y el milagro. Una obra bienhechora de sanidad o de liberación servía de púlpito para una revelación de gran significado para los hombres de todos los tiempos y de todas las generaciones.

Boga mar adentro. Cómo nos hemos quedado a la orilla del insondable mar de riquezas en cuanto atañe a la misma persona de Cristo por el lugar que debe ocupar en la vida de la Iglesia y en la experiencia del cristiano. Dice San Pablo en su Epístola a los Colonenses que en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, no solo por él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos sean dominios, sean principados, sean potestades; *todo fue creado por él y para él;* y por él todas las cosas subsisten. Nada hay, exeptuando al pecado que no encuentre en él el principio de su ser.

Y en él, dice el Apóstol estamos completos. El ha sido hecho a nosotros sabiduría, justificación y redención. No hay necesidad que él no pueda cumplir, anhelo que él no pueda llenar, o tentación de la

cual no pueda librar. El es el Alfa y Omega de la Biblia es el principio y el fin de la Iglesia, el todo y en todo de la vida cristiana. "Cuando Cristo, vuestra vida se manifestare, entonces, dice el Apóstol en los Colosenses, vosotros también seréis manifestados con él en gloria. Si Cristo mismo es la vida del creyente, entonces es el alma de su alma, el vigor de su fe, la fuente de donde emanan todas las virtudes que han de adornar su vida; la vida cristiana.

La posición del cristiano, según el mismo Redentor es indeciblemente gloriosa. Por eso decía que entre los nacidos de mujer no había uno mayor que Juan el Bautista, sin embargo el más pequeño en el reino de Dios era mayor que Juan. ¿Mayor en qué sentido? Mayor en cuanto a privilegio, en cuanto a favor y gracia; Mayor en cuanto a posición, porque Juan con todo y su grandeza como profeta, pertenecía a la antigua despensación —la de Moisés— y la ley no dice al cristiano: Haz esto, y vivirás, sino que dice: "Todo es tuyo porque eres de Cristo". Le dice: Tu vida está escondida con Cristo en Dios. Le dice: Con Cristo haz resucitado, y con él estás, sentado en lugares celestiales; le dice: Hacemos más que vencer por aquél que nos amó. Le dice: Todo puedes por Cristo, el cual te fortalece. El mismo Redentor le dice: tú en mí, y yo en tí para que lleves mucho fruto.

Fue Pablo el más insigne de los Apóstoles el vaso escogido a quien tocó proclamar la gloria de la vida cristiana en toda su excelsitud, toda su riqueza, toda su magnitud, y toda su profundidad.

Para Pablo el Cristiano era uno que en unión con su Salvador gozaba de la mismísima exaltación. La herencia de Cristo era su herencia; la muerte de Cristo al pecado era su muerte; la resurrección de Cristo era su resurrección; la ascención de Cristo era su ascención; la sucesión de Cristo sentado a la diestra de Dios Padre, era su sucesión; la Victoria de Cristo sobre la muerte y sobre aquél que tenía el imperio de la muerte, era su victoria. De parto estoy, decía el Apóstol hasta que Cristo sea formado en los creyentes de Galacia. Y bien pudiera decirse que su pasión suprema era que todos los Santos, —como él solía llamar a los creyentes—, comprendiesen cuál era la esperanza de su vocación; y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia; y cuál aquella supereminente grandeza de poder que obra en ellos como hijos de Dios. Sabiendo que ese poder que obró en Cristo cuando el Padre le levantó de los muertos, y le colocó a su diestra en los cielos sobre todo principiado y potestad, y potencia, y señorío, y todo nombre que se nombra no sólo en este siglo más aún en el venidero, sometió todas las cosas debajo de sus pies.

Y ahora, la mediocridad, la falta de pujanza, la anemia, del Pro-

testantismo estriba en el hecho de que ha perdido esa visión; ha quedado en la orilla del inmenso mar de las riquezas divinas de gracia. Tantas lealtades a cosas muy secundarias, cosas en las cuales no hay vida, cosas que detienen a los hijos de Dios allí en las orillas como son las tradiciones de su sector particular, su énfasis doctrinario, su gobierno peculiar, su nombre distinguiéndose de otros, su modo de celebrar el culto. Repito, todas esas lealtades apasionadas a cosas que importan muy poco han dejado como resultado el hecho de que Cristo es despojado de su gloria y primacía. Si Wesley fuera quitado a los metodistas, y a los presbiterianos su Calvino, a los discípulos su Alejandro Campbell y a los luteranos su Lutero, etc., habría un colapso semejante a lo que sucedería si a los romanistas les quitaramos su Papa. Pregunto a mis hermanos: ¿no basta Cristo? ¿no es suficiente su autoridad para apoyarnos en ella?. ¿Podría agregarse algo a aquel que dice: Yo soy la resurrección Y la vida; he sido muerto y he aquí que vivo por los siglos de los siglos Amén? ¿Puede añadirse algo a nuestro Sumo Pontífice el cual se presentó en sacrificio de sí mismo para deshacimiento del pecado, una vez en la consumación de los siglos? No es Jesucristo nuestro Rey y Salvador adorable infinitamente? ¿No es él quien por toda la eternidad va a pastorear a los redimidos guiándoles a fuentes vivas de agua? ¿No es él en quien se glorian los millones de millones que están en derredor del Reino de Dios? ¿no es él el Cordero que fue inmolado y que los ha redimido con su sangre?

Ya es tiempo amados hermanos, que dejemos las orillas del océano de las riquezas insondables de Dios, para Bogar mar adentro. Cristo nos espera; él nos llama. Si echamos nuestras redes allí en las profundidades que él nos señala, habrá una abundancia tal de vida, gozo, amor, y crecimiento que nuestros pobres barcos se anegarán.

SIGNOS DE RENOVACION EN LA IGLESIA CATOLICA ROMANA

Gonzalo Baéz-Camargo

Uno de los grandes acontecimientos de nuestros días, por la índole y alcance de las repercusiones históricas que pueda tener, es la aparición en el seno de la Iglesia Católica Romana, de un significativo movimiento de renovación interior.

Hubo un tiempo en que todo avivamiento, toda intensificación de actividad, por parte de dicha Iglesia, parecía desembocar mayormente en un reflorecimiento del esplendor ritual, una mayor brillantez de las festividades populares, un recrudecimiento del fanatismo y la intolerancia hacia otros credos, o un fortalecimiento del poder político y las influencias sociales.

Quizá venía con todo ello un cierto grado de aumento en el genuino fervor religioso, y más ciertamente una intensificación de la instrucción doctrinal. Se advertía también una multiplicación de los servicios de beneficencia. Pero nada de esto parecía significar una verdadera renovación. Esencialmente, la Iglesia resurgía una y otra vez con la misma fisonomía y apegada a las formas tradicionales. Seguía siendo, en muchos respectos, una Iglesia para la cual el tiempo no había corrido, y que parecía haberse congelado en la Edad Media. O todo lo más, en la situación ya bastante mejorada en que se hallaba cuando se agotó el primer ímpetu antirreformista pero, pese a todo, reformador a su manera, de la Contrarreforma.

El movimiento renovador cuyos indicios observamos actualmente, parece comportar cambios más profundos y significativos. No se han producido, es verdad, de la noche a la mañana. Tienen antecedentes que van tal vez hasta las postrimerías del siglo pasado, y que no habían dejado de hacerse sentir en lo que va del presente. Sin embargo, es evidente que ha sido el advenimiento de S. S. Juan XXIII a la suprema Sede del catolicismo, lo que ha acentuado e impulsado más ese movimiento.

Según rumores que corrieron cuando la última elección papal, parece que para sucesor de Pío XII, cuyo pontificado había tenido que hacer frente a una de las más graves crisis del catolicismo, por los sucesos políticos de Europa, se había pensado en un Papa de transi-

ción, un tanto incoloro, sin iniciativa propia y que, por su edad; no durara mucho. Pero Juan XXIII ha resultado un Papa dinámico y renovador. No ha tenido empacho en declarar la necesidad de un "rejuvenecimiento" de la Iglesia Católica Romana.

Se ha hecho sentir sobre todo con motivo de la celebración del Concilio Vaticano, la existencia de dos alas más o menos marcadas en el catolicismo contemporáneo. Un ala conservadora, tradicionalista, renuente a cambios, cuya figura representativa parece ser el cardenal Alfredo Ottaviani, a cuyo cargo está el Santo Oficio. Y un ala progresista, liberal, renovadora, que desearía que el catolicismo se pusiera a tono con los tiempos actuales, cuyo más alto representante parece ser el cardenal Bea, que encabeza la Comisión sobre la Unidad Cristiana. Se cree que S. S. Juan XXIII simpatiza más bien con esta última.

¿Cuáles son los principales aspectos, o por lo menos, indicios de este movimiento de renovación en la Iglesia Católica Romana? Habría sido más propio que algún competente portavoz católico romano hubiera tratado este tema en esta reunión, ya que se requiere para ello un conocimiento más directo y profundo de dicho movimiento. Pero no siendo así, me permito simplemente reunir y ordenar en la presente exposición, algunos de los indicios que aún desde afuera percibe el observador.

*

1. Se advierte, en primer lugar, *una nueva actitud hacia la Reforma protestante del siglo* 16. Esta nueva actitud se caracteriza por una admisión de que el estado de la Iglesia Católica Romana en aquel entonces era realmente deplorable y requería una profunda reforma, y por un nuevo y sereno examen de los postulados del protestantismo, tratando de descubrir y de apreciar sus valores positivos. Junto con ello, se desarrolla un esfuerzo de acercamiento a los protestantes, ahora llamados más bien "hermanos separados", procurando establecer con ellos relaciones cordiales o por lo menos un diálogo amistoso.

Ha surgido así en el seno del catolicismo toda una corriente, que podría denominarse ecuménica, y que particularmente en Francia, donde ha sido muy vigorosa, está asociada con nombres tan ilustres como los de los PP. Paul Couturier e Yves Congar, y cuenta con portavoces como los PP. Georges Tavard y Maurice Villain. En ese país existe también el Centro Istina, fundado por el P. Dumont, que publica el boletín *Vers l'Unité chrétienne* ("Hacia la unidad cristiana").

En Bélgica esa corriente está representada principalmente por los Benedictinos de la Unión, sociedad fundada en 1925 por Dom Lambert Beauduin, y en que son prominentes Dom Clemént Lialine, Dom Olivier Rousseau y el P. Charles Moeller. En Alemania existe el movimiento *Una Sancta*, fundado por el doctor M. J. Metzger, hoy bajo la dirección del P. Dr. Thomas Sartory, igual que la revista de aquel mismo nombre. El profesor J. Lortz ha fundado unos círculos para el estudio del protestantismo en la Universidad de Maguncia. En Paderborn, fundado por el obispo de esa diócesis, funciona el Instituto Jean-Adam Moehler, dedicado al estudio al estudio de la teología luterana y a la preparación de especialistas para los contactos interconfesionales. Sin duda la figura más notable en todo ese movimiento de acercamiento es el prominente teólogo del catolicismo, Karl Adam.

Otro de los eminentes ecumenistas católicos es el P. Charles Boyer, presidente del Centro *Unitas*, de Roma. En el plano internacional podría citarse como ejemplo la "Conferencia internacional católica para las cuestiones ecuménicas", que ha celebrado ya más de seis reuniones, generalmente anuales, bajo la dirección del profesor Willebrands, de Holanda.

Las menciones que acabo de hacer no pretenden ser exhaustivas, sino sólo ejemplos o muestras de esa nueva actitud hacia la Reforma, y de esos esfuerzos de acercamiento a los "hermanos separados", que constituyen uno de los indicios de la renovación que parece estar experimentando la Iglesia Católica Romana. También a guisa de muestras, citaremos ahora algunos juicios sobre la Reforma y los reformadores, emitidos por algunos de los portavoces citados.

De una de las obras del P. Tavard, *A la rencontre du protestantisme*, tomamos los siguientes juicios sobre Lutero:

"Es un monje ferviente, que lucha siempre con sus dificultades, pero sabe desde luego que no son ni sus esfuerzos, ni las indulgencias, ni las oraciones, ni las mortificaciones los que lo liberan, sino el Cristo salvador en quien ha puesto su confianza."

"Tiene escritos que se cuentan entre la gran literatura de la piedad cristiana, como su opúsculo sobre la *Libertad cristiana* (1520) o su comentario del *Magnificat* (1521). La obra esencial de su vida, en fin, la que mejor descubre el alma de Lutero y que merece permanecer como un monumento a su gloria, es su espléndida traducción alemana de la Biblia."

"Es injusto no juzgar a Lutero más que por los insultos de que era pródigo (después de todo, ni San Jerónimo ni San Bernardo eran muy respetuosos con sus adversarios); además, sus contemporáneos ca-

tólicos lo trataron de la misma manera. Su matrimonio, en 1525, con Catalina von Bora, religiosa escapada de su convento para mantenerse fiel a su conciencia luterana, no es de ninguna manera, como algunos lo han afirmado, el motivo de su rebelión." "Su verdadera personalidad debe buscarse en su profunda piedad..." (Págs. 15, 17.)

De la obra del P. Villain, *Introduction a l'Oecumenisme*, citamos lo que sigue:

"El ademán de Lutero clavando sus tesis contra las indulgencias, era una protesta contra una desviación pelagiana, muy difundida ¡ay! en el catolicismo a fines del siglo 15 y comienzos del 16, y que hacía de la salvación una vulgar transacción mercantil. La reacción vigorosa y radical del reformador podía ser abusiva con respecto a los derechos y el papel de la Iglesia, pero no por ello carecía de grandeza: esa reacción quería poner a salvo la directa dependencia del alma de su Salvador, el Cristo. Si después el protestantismo engendró una doctrina y una organización eclesiástica, éstas fueron medios y no un fin: lo esencial era poner en salvo la "vida en Cristo."

"¿Y cuál era, según quería el reformador, el criterio de esa vida? La Biblia, única y exclusivamente. Es ella la que desde un principio dará a la vida espiritual y al comportamiento todo del protestante su estilo. Entendamos bien lo que significa esta proposición: el protestante es el hombre de la Biblia, el hombre de la Palabra de Dios." (Pág. 82.)

Tal vez nadie haya rendido a Lutero tan alto elogio, desde el lado del catolimismo, como Karl Adam. Ciertamente que, como se verá en la cita que haremos enseguida, le reprocha que no haya permanecido, con todo su aliento reformador, en el seno de la Iglesia Católica Romana, y que no se haya limitado a atacar los abusos de la Iglesia y no a la Iglesia misma. Reproche que, por supuesto, los protestantes sabemos cómo contestar. De todos modos, con esa salvedad, el aprecio que Adam siente por Lutero es extraordinario.

"En verdad —dice Adam—, reinaba la noche en vastos sectores de la cristiandad, y fue Roma, en primera línea, la que difundió las sombras de la noche sobre la Iglesia. He aquí el resultado final de nuestro estudio sobre las postrimerías del siglo 15: en el pueblo, una espantosa caída de la piedad verdadera hacia el materialismo religioso y la histeria enfermiza; en el bajo y alto clero, espíritu mundano y olvido del deber, y, en los pastores supremos de la Iglesia, una voluntad diabólica de poder y un abuso sacrílego de las cosas santas. Importa que el clero y el pueblo clamen: *mea culpa, mea culpa*, y Roma debe añadir a justo título: *mea maxima culpa.*

"¡Ah! Ciertamente, reinaba la noche. Si Martín Lutero se hubiera levantado en aquel momento y si hubiera empleado los dones maravillosos de su espíritu y su corazón, su sentido genial del cristianismo, su reto apasionado contra todo lo que no es ni santo ni divino, la fuerza elemental de su experiencia religiosa, el vigor arrebatador y desgarrante de su palabra y (lo cual no es su cualidad menor) esa heroica valentía que mostró para oponerse a los poderes de su tiempo; si hubiera empleado todas esas cualidades magníficas para eliminar los abusos clamorosos de la Iglesia de aquel tiempo y para escardar del jardín de Dios las malas yerbas; si además hubiera seguido siendo un miembro fiel de su Iglesia, humilde y sencillo, recto y puro, ¡cómo le besaríamos nosotros hoy todavía la mano con reconocimiento! Sería y seguiría siendo nuestro gran reformador, nuestro caro ministro de Dios, nuestro doctor y nuestro guía, comparable a un Tomás de Aquino y a un Francisco de Asís. Sería todavía más grande que estos dos, el santo más grande de nuestro pueblo, un segundo Bonifacio." (*Vers l'unité chrétienne*, págs. 42, 43.)

Como teólogo, Adam tiene un aprecio especial por la teología protestante. Lo expresa en el siguiente pasaje de la obra citada:

"Nadie podrá negar que la teología protestante, cuando ha permanecido creyente, no sólo ha rendido los más grandes servicios en el dominio de la historia eclesiástica, de la psicología religiosa, de la historia de los dogmas y de la Biblia; también, particularmente, ha hecho más familiar a los hombres de hoy la figura de Cristo, por estudios penetrantes sobre su vida concreta y su acción, así como sobre las fuentes de su historia. Más todavía, al colocar con particular insistencia la iglesia y la teología bajo el signo de la Cruz, ha contribuído bastante a grabar en la conciencia cristiana el aspecto escatológico del mensaje de Jesús, sus alusiones al fin de los tiempos, a su retorno, guardándola así de la ilusión de que la Iglesia será ya en este mundo una 'ecclesia gloriae', y no, más bien, una 'ecclesia crucis', que debe llevar la Cruz tras su Señor y Redentor." (*Op. cit.*, págs. 161, 162.)

También expresa Adam su aprecio por la fidelidad protestante a la Biblia. Escribe al respecto:

"Una comunidad protestante convertida añadirá igualmente a los valores católicos, además de su teología, su otro gran mérito: el interés que siempre ha mostrado por la Biblia. En efecto, es en primera línea a los esfuerzos protestantes a los que se debe la difusión de la Biblia en el mundo entero. Aunque en nuestros días, en la Iglesia católica, las investigaciones bíblicas experimentan una renovación que causa alegría, y aunque el conocimiento de la Biblia no significa de seguro

un conocimiento pleno de la fe, no se puede negar que el pueblo en las comunidades protestantes está más familiarizado con la Santa Escritura, y tiene de ella un conocimiento más vivo e íntimo, que entre nosotros." (*Op. cit.*, págs. 162, 163.)

*

2. La referencia de Adam a la renovación de las investigaciones bíblicas en el seno del catolicismo romano, que acabamos de leer, nos señala ya un segundo indicio de renovación en él. Es un vigoroso *avivamiento de los estudios bíblicos*, lo que podríamos quizá llamar *un retorno a la Biblia*, y desde el punto de vista evangélico, el aspecto más prometedor de esa renovación.

Iniciaron, o por lo menos, estimularon este movimiento bíblico moderno dentro del catolicismo, las encíclicas *Providentissimus Deus*, de León XIII, (1893), y, sobre todo, *Divino Afflante Spiritu* (1943) de Pío XII. En la segunda se encuentran conceptos como éstos:

La Biblia es "preciosísima fuente y divina norma de la doctrina sobre la fe y las costumbres."

Se debe "procurar con todo empeño que en las familias cristianas se tenga ordenada y santamente cotidiana lectura "de las Sagradas Escrituras.

Los prelados deben favorecer y prestar auxilio "a todas aquellas pías asociaciones que tengan por fin editar y difundir entre los fieles ejemplares impresos de las Sagradas Escrituras, principalmente de los Evangelios."

A "Cristo, autor de la salud, tanto más plenamente lo conocerán los hombres, tanto más intensamente lo amarán, tanto más fielmente lo imitarán, cuanto con más afición se sientan movidos al conocimiento y meditación de las Sagradas Letras, especialmente del Nuevo Testamento."

La encíclica contiene exhortaciones y direcciones para activar los estudios bíblicos, el conocimiento de las lenguas originales, el empleo atinado de la crítica textual, la versión y divulgación de la biblia en lenguas vulgares, la exégesis —cuyo fin, dice, es "el hallar y exponer el sentido genuino de los Sagrados Libros"—, la formación bíblica de los sacerdotes, y la promoción, entre los fieles, de la lectura y meditación asiduas de la Biblia.

Desde 1902 funciona una Comisión Bíblica fundada por León XIII. En 1904, Pío X instituyó la licenciatura y el doctorado en Sagradas Escrituras, conferidos por dicha Comisión. Desde fines del siglo

pasado existe la Escuela Bíblica de San Esteban, en Jerusalén, una de las instituciones más notables de su género. En 1909, Pío X estableció el Instituto Bíblico Pontificio, y unos dos años antes se había fundado, por recomendación del mismo Pontífice, la Sociedad de San Jerónimo, cuyo fin es promover la lectura y meditación de la Biblia entre los fieles.

El fruto más notable de este avivamiento bíblico ha sido la aparición de numerosas versiones, aprobadas por la Iglesia, hechas, ya no al través de la Vulgata, como era usual, sino directamente de las lenguas originales y haciendo uso de los más avanzados recursos de la ciencia bíblica. Probablemente la más notable es la versión francesa hecha por un brillante equipo de traductores, bajo la dirección de la Escuela Bíblica de Jerusalén. Uno de ellos es el P. R. de Vaux, Director de dicha escuela, y uno de los eruditos bíblicos de mayor autoridad en nuestros días. Popularmente conocida como "La Biblia de Jerusalén", esta versión se publicó al principio en fascículos, el primero de los cuales apareció en 1950. Está sobriamente anotada, y la gran mayoría de las notas son sólo de índole textual y exegética.

Otra excelente versión al francés es la hecha por la Abadía de Maredsous, de Bélgica. También de muy alta calidad en esa lengua es la versión del Antiguo Testamento realizada por un grupo de traductores, encabezado por el profesor Edouard Dhorme, y publicada por la librería Gallimard de París, en su "Bibliothéque de la Pléiade."

La producción de nuevas versiones bíblicas en castellano es también importante. De la Biblia completa hay por lo menos tres, hechas todas directamente del hebreo y el griego. Una es la del canónigo Eloíno Nácar Fuster y el P. Alberto Colunga. La otra, del P. José María Bover y el profesor Francisco Cantera Burgos. Ambas, publicadas por la Biblioteca de Autores Cristianos, de Madrid, han visto ya varias ediciones. La tercera es la de Mons. Dr. Juan Straubinger, publicada en Buenos Aires por Ediciones Desclée, de Brouwer. Mons. Straubinger era nativo de Alemania, donde había fundado el *Katholische Bibelwerk* (Movimiento bíblico católico), que fue disuelto por los nazis, quienes lo obligaron a él a desterrarse. Refugiado en Argentina, fue profesor de Sagrada Escritura en el Seminario Mayor de La Plata.

Otras versiones modernas parciales son las siguientes: *Las Buenas Noticias del Reino de Dios* (Los Evangelios), por José María Valverde y José Ramón Díaz, Ediciones Guadarrama, de Madrid, y *Los Santos Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo*, por el P. Felipe de Fuenterrabia, ambas en castellano contemporáneo y familiar. De la segunda se habían impreso, en manuable formato de bolsillo, para 1961, 125,000

ejemplares. Existe también la versión del Nuevo Testamento hecho por un equipo del Centro Bíblico Hispanoamericano de Madrid. De esta versión se ha hecho una edición mexicana, la publicada por el Círculo Bíblico de la Diócesis de Toluca.

Los esfuerzos y las campañas para la difusión de las Sagradas Escrituras, así como para la lectura y meditación de ellas, son ya parte importante de la actividad católica. Aún en Iberoamérica, adonde generalmente los movimientos de renovación llegan tarde y con atenuaciones, el impulso a la propagación y estudio de la Biblia se va significando cada vez más. En México, por ejemplo, se destacan los trabajos patrocinados por el doctor Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca. Y en octubre del año próximo pasado quedó instituído, por parte de la Iglesia Católica Romana, el Día Bíblico Nacional.

Uno de los resultados inmediatos de esa celebración fue la fundación de la Sociedad Bíblica Católica Nacional, con sede en Toluca, auspiciada por el Secretario Nacional de la Fe, y cuyo activo promotor es el P. Manuel Molina, Asesor Bíblico de dicho Secretariado. La SBCN inició su labor colocando, durante el año pasado, 25,000 Biblias, más de 80,000 Nuevos Testamentos y muchos miles de Evangelios. Celebró también su Primer Concurso Bíblico Nacional, con más de 75,000 concursantes.

Para este año la SBCN prepara el Segundo Concurso Bíblico Nacional. Ha hecho una edición propia de la Biblia, con tirada de medio millón de ejemplares, cuya distribución, que se espera ascienda a unos 100,000 por año, empezará pronto. Tiene en marcha, además, una traducción directa hecha por el P. Magaña, de Michoacán en lenguaje popular, que se espera terminar y publicar para 1965. Se ha iniciado también la fundación de Escuelitas Bíblicas en cada diócesis —similares a nuestras Escuelas Dominicales—, y ya funcionan varias en Toluca, San Luis Potosí y otros lugares. Finalmente, se están haciendo pruebas con un Centro Nacional de Entrenamiento Bíblico, en que se espera preparar elementos laicos para hacer labor de evangelización por medio de la Sagrada Escritura.

El impulsor de la SBCN, P. Molina, en la carta en que, a petición mía, ha tenido la bondad de proporcionarme los datos anteriores, añade espontáneamente el siguiente juicio: "No me es difícil el reconocer públicamente que en el campo escriturístico tenemos deudas de gratitud con los hermanos separados, los que a pesar de los pesares han guardado una línea constante de amor, devoción y entrega a la Palabra del Señor escrita."

Como es bien sabido, la Iglesia Católica Romana, aunque sostiene

la inspiración divina de las Sagradas Escrituras, como Palabra de Dios, coloca, sin embargo, al lado de ella, una segunda fuente de la Revelación: la Tradición. En la práctica ha habido épocas en que se le ha dado la primacía a las Escrituras, y otras en que se ha prestado más atención a la Tradición. En la actualidad existe, con el nuevo hincapié en las primeras, según hemos visto, una tensión, que todavía no llega a conflicto abierto, entre quienes, admitiendo el valor de la Tradición la consideran secundaria y subordinada a las Escrituras, y quienes desearían por lo menos equiparar la autoridad de éstas y de aquélla.

Esta tensión se dejó notar en las discusiones preliminares del Concilio Vaticano del año pasado. Y es posible que la cuestión vuelva a aflorar cuando se reanuden las sesiones en el presente año. Cabe preguntarse si el movimiento bíblico católico, que va cobrando tanta fuerza, llegará a preponderar hasta el punto de forzar a una revisión de aquellas doctrinas y prácticas del catolicismo cuya base principal o única se halla en la Tradición más bien que en las Sagradas Escrituras.

A este respecto, nos parece prematura toda predicción. Pero puede apreciarse cuán seria es la dificultad con que tendrían que encararse quienes quisieran obtener el pleno reconocimiento de la primacía de las Sagradas Escrituras, ya que el Concilio de Trento puso, por primera vez dogmáticamente, la tradición no escrita lado a lado de la Biblia como fuente de la revelación. Y Trento pesa mucho todavía.

*

3. Menos acentuados son tal vez, pero existen indicios de una *renovación teológica.* Incipiente y leve quizá, porque al hacer del sistema tomista la teología oficial y definitiva del catolicismo romano, el Concilio de Trento congeló, por decirlo así, su pensamiento teológico. Inmovilizó todo aliento creador católico en ese campo.

Es de advertirse que desde aquel tiempo, cuando la teología católica mostraba suficiente vigor para producir teólogos de la talla de los españoles Victoria, Cano y Suárez, la teología católica no ha vuelto a experimentar un florecimiento comparable. No ha habido figuras teológicas en el catolicismo que puedan reclamar las dimensiones, por ejemplo, de un Brunner, un Barth o un Niehbur.

Y es que Trento, al hacer del escolasticismo medieval, tan genialmente sistematizado por Santo Tomás, la cumbre oficial impasable de la teología católica, no dejó a los pensadores católicos otro papel

que el de glosadores y comentaristas. Detuvo el progreso del pensamiento católico enclaustrándolo en la Edad Media.

El primer Concilio Vaticano consumó esta especie de parálisis teológica al proclamar el dogma de la infalibilidad papal. Con ello, los teólogos del catolicismo sólo pueden actuar como consultores del Papa, y difícilmente se aventurarían en indagaciones teológicas por su cuenta, de las cuales pudieran resultar divergencias con el tomismo. Recluidos en éste y en la patrística, para ellos la marcha de la teología católica se detuvo en la etapa medieval, y en ella ha seguido viviendo.

Por eso todo lo relativamente nuevo que ha podido significarse en la teología católica es el neotomismo. Y aún de éste, es revelador que no haya sido un teolólogo sino un filósofo laico —Jacques Maritain— el más destacado representante.

No obstante, con el propio neotomismo se apunta una renovación teológica. Porque trata, por lo menos, de hacer al escolasticismo medieval hablar en un lenguaje contemporáneo. Y hace también el esfuerzo por interpretar la cultura y la civilización modernas a la luz de sus tesis teológicas, si no modificadas, al menos remozadas.

Este esfuerzo por hallar en una teología medieval orientaciones y soluciones para encararse con los complejos problemas de la era atómica, tiene que ser tan considerable que basta para mantener ocupadas las mejores mentes del catolicismo romano, dejándoles poco tiempo y energía para un trabajo realmente creador. Por otra parte, es posible que acabe por convencerlas de la necesidad de un "deshielo teológico".

Como esto significaría una confesión —por lo menos implícita— de que el tomismo no puede ser la última palabra en teología, y por tanto, equivaldría a una rectificación de Trento, cabe preguntarse si el pensamiento católico se decidirá al fin a dar ese paso trascendental, y a emanciparse hasta cierto punto de la dominación de Aristóteles impuesta por conducto de Santo Tomás. Repetimos: Trento pesa mucho todavía. Pero, por otra parte, si el movimiento bíblico sigue cobrando fuerza, podría desembocar en una renovación teológica de más fondo que la del neotomismo.

No faltan indicios, sin embargo, de que pueda estarse gestando ya esa más profunda renovación teológica, y de que ese "deshielo" de que hablábamos antes, haya empezado a producirse. El interés que están despertando las obras del P. Teilhard de Chardin, por ejemplo, podría interpretarse como uno de esos indicios. Siendo un paleontólogo ilustre, el P. Teilhard ha elaborado tesis que constituyen un puente o conciliación entre la ciencia moderna y la teología.

En Francia también, representan una nueva corriente teológica el P. Jean Daniélou, autor de estudios bíblicos diversos; el P. Ives Congar, que ya antes mencionábamos, autor de *Vrai et fausse Réforme dans l'Eglise* (Verdadera y falsa Reforma en la Iglesia); Henri de Luboc, con su obra *Catholicisme*, y Henri Brouillard, autor de una tesis sobre Karl Barth y de *La conversion chez S. Thomas* (la conversión en Santo Tomás), libro en el cual defiende la necesidad de utilizar nuevas categorías teológicas. En Alemania, además de Karl Adam, ya citado, podría mencionarse a Karl Rahner, autor de 4 tomos de escritos teológicos, de los cuales ya hay edición en castellano, y a Hans Küng, profesor de Tubinga, con sus obras *Strukturen der Kirche* (Estructuras de la Iglesia) y *Concilio y retorno a la unidad.* (edición en español). *

De todas maneras, el vigor del pensamiento católico, no pudiendo sustraerse a las demandas de los tiempos actuales, y consciente de los cambios radicales que éstos acarrean, se despliega con más libertad en la esfera de la filosofía social, la psicología y las ciencias. Y los trabajos que en ellas realiza, podrían también influir en la renovación de la teología.

*

4. Otro aspecto de la renovación de que hablamos es el que se ofrece en materia de *liturgia.* Hay un positivo esfuerzo por hacer el culto más inteligible a los fieles, y por ofrecerles a éstos una mayor oportunidad de activa participación. Se ha empezado a hacer más uso del canto congregacional. Y se ha introducido también la lectura pública de las Sagradas Escrituras en la lengua del pueblo.

La propensión es a darle al culto mayor sencillez y contenido espiritual, y a depender menos de las impresiones puramente sensorias para crear la atmósfera de la devoción. Sobre todo en los países iberoamericanos, la persistencia de la arquitectura barroca, con su exuberancia ornamental, se ha prestado a la multiplicación de imágenes y al recargo de aditamentos decorativos.

Ahora hay una corriente que aspira a la simplicidad y la sobriedad, y la arquitectura religiosa moderna, que no sólo la favorece sino la reclama, sin duda está reforzando esa corriente. Hay una notoria disminución, por ejemplo, en el número de imágenes en algunos templos, y no sólo en templos recién construídos, sino en viejos templos colo-

---

* Debo la información contenida en este párrafo a la bondad del Dr. José Míguez Bonino.

niales al ser restaurados. En este país podrían citarse como típicos de este último caso, la catedral de Cuernavaca y aquí en la capital, el templo de San Lorenzo.

Se sabe que hay el propósito, por parte del ala renovadora de la Iglesia Católica Romana, de llevar formalmente a la consideración del Concilio Vaticano dos proposiciones realmente revolucionarios: una es la del empleo de la lengua vernácula en el oficio de la misa, y la otra la de la administración de la Comunión a los fieles bajo las dos especies. Una vez más decimos que es riesgoso incurrir en predicciones. Estos cambios serían tan radicales para los tradicionalistas, que lo único que puede predecirse con seguridad es que si al fin llega a figurar su consideración en la agenda del Concilio, el debate será muy acalorado. Otra cosa es aventurarse a presuponer cuál será el resultado.

Lo interesante, sin embargo, y en ello encontramos otro signo de renovación, es que vuelvan a tratarse, después de tantos siglos de haberse tenido por indiscutibles, cuestiones tan importantes como éstas.

*

5. También se advierte un fortalecimiento del esfuerzo de *reconciliación con un nuevo orden social*. Este esfuerzo, por supuesto, arranca del pontificado de León XIII, con su trío de famosas encíclicas: *Inmortale* Dei (1885) sobre la constitución de los Estados, *Libertas* (1888) sobre la libertad, y de manera muy particular. *Rerum novarum* (1891) sobre la clase obrera.

Esta última encíclica, que valió a su autor la designación popular de "Papa de los obreros" tuvo como fin ofrecer la alternativa católica al socialismo, que ya para entonces había hecho arrolladores progresos, y constituía la doctrina de lucha de las clases obreras de todo el mundo. La *Rerum novarum* se considera como la Carta Magna del catolicismo en cuestiones sociales, y aunque para muchos no será, sin duda, bastante revolucionaria, es un resuelto llamado a la justicia social, y un esfuerzo por situar a la Iglesia más cerca de la clase obrera.

La doctrina social de la Iglesia se ha desarrollado en estos últimos tres cuartos de siglo, bajo el impulso, pero siempre dentro de los límites de esa famosa encíclica. Ha dado lugar a una mayor acción social católica en beneficio de las masas laborantes. El rápido avance del comunismo ha estimulado nuevos estudios de las doctrinas de León XIII, y por lo menos bajo una teórica adhesión a ellas, han surgido experimentos como el de los "sacerdotes obreros", que apareció en

Francia, y que al parecer comenzaba a ir tan lejos, que fue suprimido por disposiciones eclesiásticas superiores.

No obstante eso, queda el hecho de que hay un despertamiento del interés por las cuestiones sociales en el seno del catolicismo actual, y que ese interés se manifiesta en el deseo de hallar formas más directas y activas no sólo de promover el mejoramiento de la clase obrera sino, si fuere posible, de sustraer ésta a la dirección secular de socialistas y comunistas.

A este despertamiento renovado de la conciencia social católica, el actual Pontífice ha contribuído con su encíclica *Mater et magistra*, en la cual reitera la doctrina de León XIII, pero añade cautelosamente un elemento avanzado: el reconocimiento de la bondad de ciertas formas de socialización parcial y equilibrada de la propiedad.

Por otra parte, en su encíclica más reciente, *Pacem in terris*, postula resueltamente la dignidad suprema de la persona humana, y los derechos que de esa dignidad se derivan. Postulación que ofrece notables afinidades con la Declaración Universal de Derechos Humanos, de la ONU. Esa postulación concierne no sólo a los derechos económicos y sociales, sino también a los cívicos y políticos.

Uno de los derechos humanos, respecto a los cuales no puede menos que advertirse un importante signo de renovación, es el de la libertad de pensamiento, expresión, conciencia y asociación. Como se recordará, el *Syllabus* de Errores condenó severamente como uno de ellos, el que afirma como derecho inherente a todos los hombres la libertad de conciencia y de cultos.

En las discusiones preliminares del Concilio Vaticano del año pasado, la cuestión de la libertad religiosa estuvo bajo estudio. En una de las comisiones se presentó un documento redactado por el cardenal Ottaviani en que se sostenía el criterio tradicional, o sea, que solamente la verdad —identificada para el caso con la doctrina de la Iglesia Católica Romana— tiene derecho a la libertad. Signo claro de renovación fue el hecho de que la comisión rechazó ese documento, y dispuso la preparación de otro, inclinado más bien a hacer extensiva la libertad religiosa a todos los credos. Prominentes escritores católicos han estado sugiriendo la adopción de un postulado que en esencia sería éste: "La Iglesia Católica Romana no demanda para sí misma libertades que no está dispuesta a aceptar que se concedan a los demás credos."

A reserva de lo que el Concilio llegue a decidir al respecto, S.S. Juan XXIII parece haberse anticipado a inclinar todo el peso de su autoridad en favor de ese más amplio criterio de libertad religiosa.

En la *Pacem in terris* se encuentran, en efecto, postulados como los siguientes:

"Por la ley natural, todo ser humano tiene... el derecho de libertad para buscar la verdad y para expresar y comunicar sus opiniones... dentro de los límites trazados por el orden moral y el bien común."

"Todo ser humano tiene el derecho de honrar a Dios, de acuerdo con los dictados de una conciencia proba y, por lo tanto, el derecho de adorar a Dios, tanto en público como en privado."

Ciertamente, un ojo perspicaz advierte enseguida que este último postulado no otorga el derecho de *no* honrar y *no* adorar a Dios. Es decir, no se reconoce el derecho de ser ateo. Pero por lo menos se reconoce, eso sí, la libertad de honrar y adorar a Dios según los dictados de una conciencia honrada y sincera. Es decir, la libertad de creencia religiosa que abarcaría, en principio, la de todas las religiones que creen en Dios, y mayormente la de todas las confesiones que forman variantes del cristianismo.

Y esto, como se verá a primera vista, es ya un gran paso hacia la tolerancia y hacia la terminación, de una vez por todas, de las persecuciones religiosas. Es fácil advertir lo que el acatamiento de esta importante directiva papal significaría para las relaciones entre católicos y protestantes en países, como los nuestros, de mayoría católica y de feroz tradición hispánica de intolerancia religiosa.

Mucho contiene la encíclica *Pacem in terris* que constituye signo patente de renovación en cuanto al orden social y político. Baste señalar que en ella se afirma la libertad como uno de los principios fundamentales de la sociedad humana, al lado de la verdad, la justicia y el amor; que se proclama enérgicamente que "todos los hombres son iguales por razón de su dignidad natural" y se condena sin ambages la discriminación racial; que se apoyan tesis democráticas al afirmar "el derecho a tomar parte activa en los asuntos públicos" y al negar "fuerza jurídica" a la autoridad de los gobiernos que violan los derechos humanos; que se declara a los Estados sujetos a la misma ley moral que los individuos, y se prescriben para sus relaciones mutuas la igualdad, la cooperación y la solidaridad activa; que se da apoyo a la Organización de las Naciones Unidas en su tarea de promover relaciones amistosas entre las naciones y de fomentar la paz mundial; y que, finalmente, se llega a sugerir que la meta, en las relaciones internacionales, podrá ser "la organización jurídico-política de la comunidad mundial".

*

6. Esta corriente de afirmación de derechos humanos, cuyo concomitante inevitable es un orden democrático, no podrá menos que influir de alguna manera en la estructura, orden y gobierno de la Iglesia Católica Romana misma. Al parecer, ya se apuntan con creciente vigor signos de renovación también en ese sentido. O sea, *corrientes de democratización del régimen eclesiástico.*

Corrientes de ámbito limitado, es verdad, pero de todos modos significativas. Se advierte una demanda, por ejemplo, de cierta descentralización de la autoridad, concediendo mayor autonomía diocesana, o sea, otorgando a los obispos mayor autonomía para regir los asuntos internos de su jurisdicción. Este fue otro de los asuntos que estaban en el carnet de las comisiones preliminares del Concilio.

Existe también una corriente que demanda mayor acceso del laicado a las responsabilidades de la vida y obra de la Iglesia. Mayor campo para su iniciativa y mayor participación en el programa activo de la institución. Esto conlleva la posibilidad de una corriente democratizadora procedente de las filas rasas de la feligresía. Representa mayor auge para la Acción Católica y si ésta opta por seguir las corrientes renovadoras en vez de atrincherarse en el tradicionalismo, su actividad puede contribuir grandemente a la democratización.

En esta creciente participación de los laicos en la vida y obra de la Iglesia Católica Romana, hay en los momentos actuales un aspecto negativo, que entraña graves peligros para las comunidades y los países en su totalidad. Es la existencia y la fuerza que está cobrando la agrupación que lleva el nombre de *Opus Dei.* Es una especie de milicia jesuítica laica, pero posiblemente llegue a un conflicto abierto con la Compañía de Jesús, cuyos métodos imita, y de la cual va poco a poco transformándose en rival.

La *Opus Dei* lleva a cabo un activo reclutamiento de laicos, especialmente de las profesiones. Es de tendencia reaccionaria y tiene una marcada aspiración a dominar la vida social, económica y política de las naciones en que opera. Los afiliados de la *Opus Dei* tratan de ocupar y retener, por ello, el mayor número posible de los puestos de mando, ya en las finanzas, ya en la vida social, ya, sobre todo, en la política y en el gobierno. Se dice que en España, donde tuvo su origen, dominan ya en el régimen de Franco, del cual parecen haber desplazado la influencia original de la Falange. El proceso de democratización de la Iglesia Católica Romana depende en mucho de si la *Opus Dei* logra o no acumular y ejercer en su seno influencias decisivas.

La convocación misma del Concilio Vaticano puede interpretarse en sí como un signo de una cierta democratización. En rigor de prin-

cipios, una vez proclamado, como lo hizo el anterior Concilio Vaticano, el dogma de la infalibilidad papal, los Concilios pierden su principal razón de ser. Han dejado de ser, como eran antes, la suprema autoridad dogmática de la Iglesia, ya que anteriormente el Papa sólo promulgaba sus decretos, y se han convertido en simples cuerpos consultivos. En rigor de verdad, el Papa bien puede prescindir de los Conflictos. Para consultar a los prelados sobre cuestiones dogmáticas, si es que quiere hacerlo antes de pronunciarse *ex cathedra*, le basta con hacerlo por correspondencia. Posiblemente, pues, el hecho de que S.S. Juan XXIII haya convocado, de todas maneras, a un Concilio, si no puede jurídicamente entenderse como un rechazo del dogma de la infabilidad, sí es ya una atenuación de éste por lo que toca al ejercicio práctico de las atribuciones que confiere al Papa.

Aún si legalmente, el Concilio no ha recuperado, de ninguna manera, las atribuciones plenas que tuvieron anteriormente esa clase de asambleas, sino que sigue siendo sólo un cuerpo consultivo, el hecho de que el Papa haya creído necesario, o por lo menos conveniente, reunirlo como cuerpo deliberante, es a nuestro ver un indicio evidente de la corriente de democratización de la Iglesia.

Por otra parte, al asignársele poderes deliberativos sobre cuestiones vitales para el catolicismo, el Concilio recupera por lo menos parcialmente sus antiguas atribuciones. Aunque sus decisiones no obliguen técnicamente al Papa ni puedan ser, faltando la proclamación papal, mandatorias para los católicos, un cuerpo así tiene una influencia sumamente poderosa, y esas decisiones pesarán considerablemente en la política subsecuente de la Iglesia.

*

Seguramente hay mucho más que decir, y que podría decirse si el que habla tuviera mayores informaciones. Confiamos, sin embargo, en que aún lo que hemos señalado tan a grandes trazos, servirá para dar una idea de esta corriente de renovación que experimenta la Iglesia Católica Romana, para apreciar su trascendencia y para desear sinceramente que ella conduzca en efecto a lo que, según dijimos al principio, S.S. Juan XXIII ha llamado francamente un "rejuvenecimiento" de su Iglesia.

ANTECEDENTES Y REALIZACION DE LA PRIMERA SESION DEL CONCILIO VATICANO SEGUNDO

José Míguez Bonino

Esta mañana me refería a la función, el lugar y la labor de los observadores en el Concilio Vaticano II. Esta noche nos dedicaremos a reseñar brevemente, dentro de los límites de tiempo y discreción requeridos, lo ocurrido en esta primera sesión. En primer lugar, tratare de narrar, con la menor interpretación posible, lo que allí ocurrió. Luego, más brevemente, ensayaré de ofrecer una interpretación personal —y provisoria— del significado de esta sesión.

Preparación del Concilio. El Concilio fue anunciado, inesperadamente, por Juan XXIII en una alocución en la Iglesia de San Pablo en Roma, hace aproximadamente tres años. De inmediato se comenzó la preparación, que siguió varias etapas, y que resumiremos brevemente. Para determinar los temas del Concilio se solicitó a obispos, universidades y seminarios católicos y —en algunos casos— laicos, que expresaran lo que desearían que fuese tratado en el futuro concilio. Como resultado se reunió un enorme número de *desiderata* (cosas consideradas deseables por los consultados), que fueron reunidas y clasificadas por lugares y por temas, alcanzando a cerca de 15 a 20 gruesos volúmenes, que quedaron a disposición de la Comisión Central Preparatoria, nombrada y presidida por el papa. (Es de lamentar que no hayamos tenido acceso a este material, aunque también es comprensible que así haya sido).

La Comisión preparatoria revisó ese material y escogió los temas que habían de ser tratados, aparentemente, según la importancia de los temas y la unanimidad que hubiese en solicitarlos. Los temas escogidos alcanzaban tantos aspectos, doctrinales, como disciplinarios, litúrgicos, de organización, etc. El papa nombró entonces un número de Comisiones Preparatorias, que estudiaran estos temas, haciendo uso del material recogido en la encuesta previa, y por supuesto de diversos otros materiales. Estas comisiones estaban formadas por cardenales, obispos y teólogos. La Comisión Central coordinaba la preparación. Sobre cada uno de los temas, las comisiones produjeron un documento —llamado *Schema*— destinado a servir de proyecto de base para el Concilio mismo. Así fueron preparados 70 proyectos o *schemata*. Men-

ciono simplemente algunos de los más importantes: "Sobre las fuentes de la Revelación", "Sobre el depósito de la fe", "Sobre el orden moral cristiano", "Sobre la Sagrada Liturgia", "Sobre la Iglesia", "Sobre los obispos y el gobierno de las diócesis", "Sobre la Unidad", "Sobre la Beata Virgen María," etc.

El funcionamiento del Concilio. Con este material de trabajo en vista, el Concilio inició sus sesiones el 11 de octubre. Sentados en dos largas hileras de tribunas, una frente a la otra, a los lados de la nave central de la Basílica de San Pedro, se hallaban cerca de tres mil *padres conciliares*, primeramente los cardenales, luego los patriarcas y finalmente los obispos en el orden de su promoción al episcopado. Las últimas tribunas, por consiguiente, ocupadas por los más jóvenes. Al frente, los once presidentes —cardenales de distintos países y distintas tendencias elegidos por el papa— que presidían las sesiones por turno. En dos tribunas laterales se ubicaban. de un lado los observadores y de otro los teólogos del Concilio.

Omitimos la descripción del cónclave —el colorido, las anécdotas—, no porque carezca de interés y aún de cierta importancia, sino porque la prensa ha hablado suficiente de ello y queremos concentrarnos en lo de más interés. La sesión abre todos los días a las nueve de la mañana, celebrada según los distintos ritos de la Iglesia Católica Romana, a la que los observadores son libres de asistir o no según lo deseen. Luego, se inicia la discusión del tema que corresponda.

Tan pronto se inició el trabajo del Concilio fueron elegidas 16 comisiones internas, de 22 miembros cada una, correspondientes a los diversos tipos de temas: teológica, litúrgica, sobre los obispos, acerca de los seminarios, sobre la moral, etc. De estos miembros 16 eran votados por la Asamblea del Concilio y 8 nombrados luego por el papa. (Es interesante que en la primera sesión varios obispos nor-europeos pidieron y lograron de la Asamblea una postposición de la votación a fin de meditar mejor y conocer mejor a los candidatos; fue la primera manifestación del deseo de hacer las cosas seriamente y responsablemente, y fue aplaudido por la Asamblea).

El procedimiento de trabajo es inevitablemente lento y laborioso. Se presenta a discusión, primero en conjunto y —si es aprobado en conjunto— luego capítulo por capítulo, uno de los proyectos preparados. No hay limitación en cuanto al tiempo total de discusión de un tema, ni en cuanto al número de oradores, ni en cuanto a las veces que la misma persona puede hacer uso de la palabra. Sólo una limitación, diez minutos por intervención. Cuando cree llegado el momento oportuno, el presidente puede proponer el cierre del debate y la votación.

Los presidentes, sin embargo, han sido muy renuentes en apresurar el cierre del debate, prefiriendo la prolongación de la discusión hasta que prácticamente todos los que quisieran tuvieran oportunidad de hablar. Así la discusión resulta a veces un tanto monótona y repetitiva. Pero al mismo tiempo esa es la única manera de garantizar una discusión verdaderamente libre en una asamblea tan numerosa. (En la segunda sesión, evidentemente ya habituados al trabajo y más seguros, los moderadores han apresurado un poco más el ritmo, proponiendo más rápidamente el cierre del debate y solicitando votos de compulsa de opinión, o indicativos, para acelerar el trabajo de las comisiones.)

La discusión es amplia y libre —excepto por la limitación impuesta por el uso del latín. Todas las observaciones hechas a un proyecto en la Asamblea pasan a la Comisión respectiva, que trabaja para modificar el proyecto original en vista de la discusión. La Comisión vuelve a presentar el proyecto así modificado, que es aceptado, rechazado o modificado por la Asamblea, pero no discutivo de nuevo. En caso de que sean propuestas (por escrito) nuevas modificaciones y que las modificaciones tengan mayoría, la Comisión debe volver a presentar el proyecto para su definitiva aprobación. Se entiende, sin embargo, que un proyecto no es ley en la Iglesia hasta que no ha sido proclamado por el papa. Las aprobaciones definitivas deben ser por 2/3 de los votos.

Los temas tratados: *La liturgia.* El primer "Schema" tratado fue el que se refería a la liturgia de la iglesia, tratando prácticamente todos los aspectos de la misma: celebración de la misa, los sacramentos, el brevario, el año litúrgico, el canto y la música, las artes en la liturgia. proponía, en forma mediadora y moderada, algunas reformas litúrgicas. El proyecto tocaba los aspectos prácticos más bien que los teológicos y Se habia hecho un esfuerzo por utilizar un lenguaje "pastoral" más que escolástico y por destacar (1) la importancia de la Palabra de Dios, tanto en el uso de la Biblia como en la predicación; (2) la participación "activa, conciente y comunitaria" del creyente en los distintos aspectos del culto católico; (3) la simplificación de algunos elementos para tornarlos más significativos y accesibles. En síntesis, se trataba de un proyecto moderadamente renovador.

Como la prensa lo ha señalado, algunas de las propuestas concentraron la mayor discusión, especialmente (1) el uso de las lenguas vernáculas en el culto; (2) la posibilidad de la comunión de los laicos, en algunos casos, bajo las dos especies (pan y vino) y (3) la concelebración o sea la participación común de varios sacerdotes en la celebración de la misa. A los efectos de ilustrar el tenor de la discusión bastará

una breve referencia al primero de estos temas. Quienes defendían un mayor uso de los idiomas vernáculos en el culto, estaban preocupados especialmente por el aspecto pastoral y misionero: ¿cómo puede el pueblo participar inteligentemente en una liturgia que no entiende? ¿Cómo se puede nutrir la fe si no se escucha el mensaje de la Palabra en la propia lengua? "¿Cómo creerán si no hubieren oído?". Los que defendían la preservación del latín estaban preocupados principalmente por la tradición y la uniformidad: el latín es la lengua universal de la iglesia —el católico escucha en todas partes lo mismo— es la lengua tradicional —que une a los siglos pasados— y es la lengua de la doctrina que expresa en forma exacta el dogma de la iglesia. Por lo demás, había una gradación, desde quienes querían una total traducción a los idiomas vernáculos hasta aquéllos que admitían sólo escasísimos elementos en estos idiomas. (El resultado final de esta discusión no será conocido hasta la aprobación definitiva de los decretos y su promulgación papal, pero desde que ya pueda decirse: (1) que en principio las propuestas de reforma fueron aprobadas y (2) que se adoptó una línea intermedia, dejando la posibilidad de mayores reformas más adelante).

Después de un largo debate, largo en parte porque fue el primer tema y el Concilio se estaba, en algún sentido, descubriendo asimismo, el proyecto fue aprobado en general y capítulo por capítulo y enviado a comisión para su posterior corrección (En la segunda sesión han sido aprobadas en principio la redacciones presentadas por la Comisión respectiva. Este trabajo queda, pues, prácticamente concluído y ofrecerá una "reforma litúrgica" sumamente significativa, aunque no espectacular). (En un artículo titulado "Culto del pueblo, por el pueblo o para el pueblo," he tratado de explicar la índole de la reforma litúrgica católica; el artículo ha circulado en varias revistas evangélicas latinoamericanas y fue reproducido en México por la Oficina Episcopal Metodista).

Las fuentes de la revelación. La prensa secular desplegó en primera plana espectacularmente las noticias de vivísimas discusiones con respecto a este tema, aunque desgraciadamente con una información muchas veces totalmente inexacta. En verdad, la discusión sobre "las fuentes de la revelación", que significa concretamente el lugar respectivo de la Biblia y la tradición de la Iglesia como origen de la doctrina, fue de las más vivas porque confrontó tendencias teológicas y orientaciones distintas dentro del Catolicismo.

El proyecto, preparado por la Comisión teológica presidida por el Cardenal Ottaviani, secretario del Santo Oficio, era de índole netamente conservadora y en opinión de muchos, de haber sido aprobada,

habría dificultado enormemente el desarrollo del movimiento bíblico que ha venido tomando incremento en el Catolicismo en las últimas décadas. Parecía, no solamente colocar a la tradición al par de la Biblia (lo que en un sentido ya hizo el Concilio de Trento) sino indicar que algunas doctrinas tendrían su origen *solamente* en la tradición, aprobando así la idea de una independencia de la tradición (con respecto a la Biblia) que vendría a menoscabar la autoridad de esta última. (Los aspectos técnicos de este debate son sumamente complejos y no hacen aquí al caso).

Lo interesante fue las razones por las que este proyecto fue atacado y que pueden resumirse así: (1) El proyecto no reconoce suficientemente la importancia de los estudios bíblicos; (2) Si se aprueba pondrá trabas en la continuación y profundización de estos estudios; (3) El tono del documento es demasiado escolástico y poco pastoral y bíblico; (4) pondrá nuevos obstáculos en el diálogo con los demás cristianos. Por todas estas razones se pidió simplemente su rechazo. El momento de la votación fue uno de los más dramáticos del Concilio: se confrontaban en cierto modo dos tendencias, no dos partidos como se ha dicho muchas veces. La mayoría votó por el rechazo del documento. No se había alcanzado, sin embargo, los dos tercios necesarios. El Concilio se habría visto en la extraña situación de seguir discutiendo un proyecto que la mayoría rechazaba. La presidencia, bajo la dirección del papa, intervino para retirar el proyecto de consideración.

Otros temas considerados. Tres "schemata" más, fueron considerados, que mencionaremos muy brevemente. El primero de ellos se trataba de "Medios modernos de comunicación social" y trataba del uso de la prensa, la radio, la televisión, las artes. etc., su valor, sus peligros y limitaciones, su empleo. El documento presentado no tenía nada de particular —aparte de ser demasiado largo y prolijo— y tras breve discusión fue enviado a comisión, aprobado en sustancia, para una redacción más concisa. (Acaba de ser presentado en nueva redacción abreviada y será sometido a votación en la Segunda Sesión).

Siguió una discusión sobre "De la Unidad de la Iglesia". El documento básico había sido preparado por la Comisión para "las Iglesias Orientales" y se refería casi exclusivamente a la relación con las iglesias ortodoxas, sin hacer prácticamente referencia al Protestantismo. Por esta razón, además de considerárselo insuficientemente abierto al diálogo ecuménico, se lo remitió a comisión para ser rehecho, con la participación del Secretariado para la Unidad.

Finalmente, se discutió el proyecto *De Ecclesia.* Preparado por la Comisión Teológica, sufría de las mismas deficiencias que se señalaron

en el documento sobre las fuentes de la revelación. En una intervención que arrancó aplausos (que, por lo demás, están prohibidos), y que ha sido publicada en diversos periódicos, el obispo belga De Smedt resumió las críticas al proyecto diciendo: (1) que la definición que se daba de la iglesia era demasiado triunfalista, que veía a la Iglesia como una institución poderosa y triunfante más que como una comunión de hombres y como un cuerpo espiritual; (2) que era demasiado clerical. concebía la Iglesia especialmente en términos de la jerarquía y no suficientemente como pueblo; (3) era demasiado jurídico, perdía de vista el aspecto de la iglesia como misterio, como comunión del Espíritu, para definirla en término de institución y gobierno. Este proyecto también fue re-enviado a comisión para una reestructuración completa (Al ser presentado en la Segunda Sesión, preparado por una Comisión mixta en la que había intervenido el Secretariado para la Unidad y el Cardenal Bea había actuado como co-presidente, la transformación había sido radical; del documento anterior casi no había quedado "piedra sobre piedra").

Un balance. Si intentamos hacer un balance de esta primera sesión, nos hallamos ante el hecho: (1) Dos proyectos solamente obtuvieron aprobación, uno que podríamos llamar "neutral" (medios de comunicación moderna) y otro de tendencia moderadamente renovadora (el de liturgia.) (2) Los dos proyectos netamente conservadores, el *de Ecclesia* y el *De las fuentes de la revelación,* fueron rechazados o re-enviados para total reelaboración. (3) Un proyecto mediador como el *De la Unidad* fue considerado insuficiente porque no abría adecuadamente las posibilidades de un diálogo interconfesional amplio. De este balance resulta claramente que *la mayoría de los obispos rechazaron una línea conservadora y se inclinaron por dar al Concilio una dirección renovadora.* Esta mayoría favorable a una renovación es lo que requiere interpretación. La interpretación que daremos ahora muy brevemente es provisoria: todavía falta mucho para que termine el Concilio y pueden suceder muchas cosas. Y es provisoria también porque falta hacer un análisis más profundo y detallado de las fuerzas en acción en el Concilio.

¿Qué renovación? Para entender por qué una mayoría se pronuncia en favor de la renovación, es necesario detenernos un momento sobre ese término. La prensa ha hablado a menudo del Concilio como si hubiese sólo dos partidos enfrentados: uno que requiere cambiarlo todo y otros que no quieren cambiar nada. Es cierto que hay tendencias extremas, pero yo sospecho que la mayoría de los "padres conciliares" ocupa posiciones intermedias. El término renovación tiene, así, dife-

rentes significados. Un tanto esquemáticamente, me atrevería a hablar de tres *dimensiones* de la búsqueda de renovación. (1) Existen aquéllos para quienes se trata sólo de una renovación exterior, de un cambio de ropaje para adaptarse a las modalidades modernas, un cambio de táctica sin ningún cambio interior. Probablemente este grupo es una minoría, pero existe. (2) Hay un grupo mucho mayor —tal vez mayoría— que piensa en una renovación al nivel de las actitudes: una actitud más abierta hacia el mundo y sus necesidades (sociales, espirituales), hacia los demás cristianos (una actitud de amor fraternal, de tolerancia, de respeto, de diálogo) y hacia la propia vida de la iglesia (una actitud de aceptación hacia el laico y su función en la iglesia, una mayor libertad y espontaneidad, etc.) Pero este cambio de actitud no significa necesariamente ningún cambio ni reinterpretación en el terreno de la doctrina. (3) Finalmente, creo que hay algunos, que han sido sumamente influídos por los movimientos de renovación bíblica y teológica y que han participado activamente en la conversación con el Protestantismo, que ven una "renovación" en un plano más profundo, un "retorno a las fuentes" (es decir, dar gran importancia a la Biblia y los padres de los primeros siglos), una purificación y profundización de una vida religiosa evangélica (vida formada por una piedad bíblica y vivida en una comunión profunda en la iglesia), una renovación de la vida de la iglesia, incluyendo la estructura, el culto, y la reinterpretación (si bien no el cambio) del dogma.

(Conviene, sin embargo, que recordemos que todos estos grupos se hallan dentro de la Iglesia Católica Romana y que todos estos elementos se dan dentro del dogma fundamental de esa iglesia. No debemos tratar de juzgarlos como si fueran protestantes, no lo son y tienen conciencia de no serlo. Esta gradación de dimensiones se da dentro de la unidad básica del Catolicismo Romano).

¿Porqué una mayoría "renovadora"? Mayoría renovadora debe ser entendida, pues, de esta manera, cubriendo estas distintas interpretaciones de "renovación". Pero por qué habría de haber una mayoría que desea, de una manera u otra, una renovación? ¿No es el Catolicismo Romano por naturaleza conservador? ¿No ha rechazado a lo largo de los siglos, desde antes de la Reforma, todas las fuerzas de transformación? Esta última pregunta, que a menudo se hace, no es totalmente exacta pero sí en el sentido que hoy se piensa en una renovación más seria que las que han ocurrido en otras épocas en el Catolicismo Romano. De modo provisional yo creo que se puede ofrecer esta explicación.

Creo que quienes inclinaron la balanza en el Concilio en dirección

de una renovación (dirección que se acentúa aún más en la Segunda sesión) son los obispos de lo que podría llamar *áreas misioneras*: Africa, Asia y América Latina. El problema es para ellos el de las grandes masas de población que carecen de todo contacto con la iglesia o lo han perdido (como en nuestro continente). Ven esas grandes masas indiferentes u hostiles al Cristianismo, inclinadas hacia ideologías extremas y materialistas. Su problema es un problema urgente, un problema misionero: ¿Cómo alcanzar esas masas? ¿Cómo apelar a ellas? ¿Cómo interesarlas? ¿Cómo hablar un idioma y una terminología que entiendan? ¿Cómo penetrar en ellas que rechazan la iglesia y el sacerdote? Esas masas descristianizadas de América Latina o el rápido crecimiento de las religiones no-cristianas en Africa y Asia, eso es lo que urge a cientos de obispos.

Y es evidente que las ideas renovadoras —uso del idioma vernáculo, participación del laico, simplificación del culto y la disciplina, difusión de las Escrituras, actitud de libertad y amplitud, profunda preocupación social— responden mucho mejor a las necesidades misioneras que la tradicional actitud conservadora. Si ha de haber un despertar misionero, será bajo el signo de la renovación. Esto lo ven muy bien los obispos de estas regiones, aunque hayan sido preparados en una teología conservadora y aunque no estén muy al día de las corrientes teológicas más recientes. El contacto con la realidad los ha despertado. Y ahora, cuando buscan nuevas bases y nuevas formas para las nuevas necesidades, descubren en las corrientes teológicas renovadoras algo que responde a su necesidad. Y así, llevados por una urgencia misionera y social, se ven conducidos a estudiar y apreciar ideas más profundas de renovación. Me parece que esta es la interpretación del proceso, a la vez que el mayor signo de esperanza.

Por todo eso, no es de sorprenderse que estas ideas de renovación vayan cobrando cada vez mayor fuerza. El contacto entre los obispos durante el Concilio, las conferencias de los teólogos más destacados y avanzados, a las que muchos asistían, han sido un enorme altavoz de estas ideas. El Concilio —tal vez sin proponérselo— ha sido el más eficaz propulsor de las ideas de renovación: le ha dado una caja de resonancia universal en la Iglesia de Roma a las ideas que hasta ahora habían sido de un pequeño grupo en su seno. Al ser defendidas en el Concilio por personalidades de relieve mundial en el Catolicismo —un cardenal Bea, o Suenens, o Doepfner— y en algún sentido por el mismo papa, han adquirido un peso que antes no tenían. No es que triunfen de una vez para siempre, no que vayan a ser aprobadas íntegramente por el Concilio (seguramente los resultados concretos del

Concilio serán mucho más modestos), pero han alcanzado una fuerza tal que será muy difícil invertir el proceso.

No sabemos cuál será el resultado final de todo esto, no sabemos qué sentido tomará en último término este movimiento, pero lo evidente es que el Catolicismo Romano ha sido presa de un anhelo profundo y serio de renovación y que se encamina, aún con cierta inseguridad e imprecisión, pero con vigor de intención, en esa dirección.

BOGA MAR ADENTRO

Federico J. Huegel

Leímos en el Evangelio según San Lucas, el capítulo 5 que viendo el Señor Jesús dos barcos que estaban cerca de la orilla del lago, entró en uno, el cual era de Simón, y le rogó que lo desviase de tierra un poco; después sentándose, enseñaba desde el barco a las gentes. El historiador sagrado dice que como terminó de hablar, dijo a Simón:

Boga mar adentro y echad vuestras redes a pescar. Claro está que aún cuando cesara de hablar, desde el barco que era su cátedra, el Maestro no había terminado la lección; cesó de hablar para comenzar a obrar. De acuerdo con el estilo de Jesús, la lección tomó ya proporciones inconmensurables. La palabra dio lugar al hecho sorprendente, maravilloso, grande. El hecho lo ilustraba y dio a la palabra forma real y viva.

Simón contesta diciendo: Maestro, habiendo trabajado toda la noche nada hemos tomado, *mas en tu palabra echaré la red.* El resultado se ha dicho.

Mayor prueba de que la clase no había terminado hasta efectuar la acción de Jesús cuando se llenaron las redes de sus discípulos con peces, es el hecho de que el Maestro volviera a hablar dirigiéndose a Simón, para cerrar la lección por así decirlo, diciendo: No temas, desde ahora serás pescador de hombres.

Hemos estado diciendo que deberíamos bogar mar adentro en lo que atañe a la comunión de los santos, en lo que concierne a la persona bendita de nuestro Redentor y su lugar en la vida de la Iglesia, así como en la experiencia del creyente. Ahora diremos: Hay que bogar mar adentro en lo que se relaciona con el ministerio de la oración.

Que sea un ministerio, nadie lo puede dudar. Ha sido afirmado que éste es el más fructífero de todos. El Redentor lo dio a entender cuando dijo: La mies es mucha y los obreros pocos, *rogad* pues al Señor de la mies que envíe obreros a sus mies. No dijo organizad una Sociedad Misionera; abrid un Seminario, levantad fondos, nombrad un comité que se encargue del asunto; sino sencillamente *Orad.* Los Apóstoles lo dijeron en efecto cuando, surgió la necesidad de atender las mesas en vista de la multiplicación del número de creyentes, a lo que contestaron diciendo: Buscad siete varones los cuales pongamos

en esta obra, y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra.—Primero la oración.

Al revisar las Epístolas de Pablo quedamos pasmados por la amplitud, diremos la universalidad de las oraciones del apóstol. Parece ser su corazón tan grande y su amor tal, que todos los que hubieran creído en Cristo en cualquier lugar o en cualquier sector de la Iglesia, tenían un lugar en sus oraciones. No había necesidad de recomendar a Pablo que bogara mar adentro dejando las orillas en cuestión de sus intercesiones. Parece que no cesaba de dar Gracias a Dios por los Santos en Roma, en Efeso, en Corinto, en Colosa, y en todas partes. Cualquier problema de cualquier iglesia, en cualquier lugar, fuese de los suyos por decirlo así o de otras era para que Pablo doblara la rodilla y clamara al Padre de Nuestro Señor Jesucristo por sus hermanos.

¡Y qué grandeza, qué excelsitud, y qué visión, había en las oraciones del apóstol! Con que asombro se lee lo que decía a los efesios: "Doblo mis rodillas al Padre de Nuestro Señor Jesucristo, del cual es nombrado toda la parentela en los cielos y en la tierra. Para que os dé conforme a las riquezas de su gloria, el ser corroborados con potencia en el hombre interior por su Espíritu. Que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, para que arraigados y fundados en amor, podáis bien comprender con todos los santos, cuál sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o de lo que entendemos, por la potencia que obra en nosotros, a él sea gloria en la Iglesia por Cristo Jesús por todas las edades del siglo y de los siglos Amén". Y cuando vemos cómo Pablo cierra su Epístola exhortando a los efesios para que con él orasen por todos los santos, nuestro asombro no tiene límites y nos damos cuenta de cómo hemos quedado allí a la orilla del mar insondable de gracia y de fortaleza que está al alcance del creyente cuando se halla dispuesto a bogar mar adentro en el ministerio de la intercesión que no se limita al grupo local o denominacional o a su Patria, o al continente en el cual se encuentra sino que abarca a toda la Iglesia, y a todos los pueblos, y a todas las naciones.

He allí el mismo Redentor, con su Oración Pontifical en el aposento alto intercediendo por todos los que habían de creer en El, pidiendo al Padre que pudiesen estar con él y ver su gloria, guardándoles de todo mal. Oh Padre, —decía, ruego que todos sean una cosa como tú en mí, y yo en tí, que también ellos sean en nosotros una cosa para que el mundo crea que tú me has enviado.

Nunca hubo oración como la del Sumo Sacerdote de la Iglesia. Intercedía por todos los creyentes de todos los tiempos. Ninguno que a El le recibiera como su salvador fue olvidado.

El día que los hijos de Dios, boguen mar adentro en sus intercesiones, siguiendo el ejemplo de Jesús, orando por todos los santos sean de su denominación o de otras, sean de su color o de otros; sean de su pueblo o de otros, abarcando al mundo entero, ese día habrá un avivamiento como nunca lo ha habido en la historia de la Iglesia.

Helen Montgomery, en su libro "La Oración y las Misiones", señala el hecho de que todos los grandes avances de la Iglesia en el campo de las misiones cristianas han obedecido a una sola ley, la de la intercesión. Porque alguien ha entrado en el ministerio de la oración, la Iglesia ha orado al Padre de las luces. Cuenta el caso entre otros, allá en la India en que la Srita. Emery y una hermana en la fe, fueron a evangelizar cierto pueblo. Quedaron asombradas porque nunca habían visto tanta gente juntarse luego a escuchar el mensaje del evangelio como allí. Y fue su admiración en aumento al ver la manera de cómo esa gente escuchaba su palabra. Reinaba un silencio como del cielo. Era como si las palabras antes de salir de sus labios fuesen arrebatadas y devoradas. De repente la Srita. Emery se dirigió a su acompañante, una diaconisa, exclamando: creo que alguien está orando por nosotras. La respuesta fue: Es lo que yo también estaba pensando.

Tres semanas más tarde la Srita. Emery recibió una carta de una madre en Israel más allá de los mares en la cual decía: "Tal día, (y era el día exactamente de la gran bendición en el pueblo donde habían ido a predicar) estuve en mi recámara por 4 horas clamando a Dios por tí y por la obra allá en la India.

Todavía el Señor nos está diciendo; Clama a mí y yo te responderé y te enseñaré cosas grandes y dificultosas que tú no sabes. El está esperando que boguemos mar adentro en un profundo ministerio de intercesión clamando a El por las almas que perecen, por su Iglesia en su gran obra de evangelización y de edificación, para abrir los cielos y vaciar sobre su pueblo bendiciones hasta que sobreabunden.

LA CRITICA ANTI-CATOLICO-ROMANA; SU VALIDEZ Y SUS EXAGERACIONES

Theodore Hall Patrick

Se me ha pedido presentar esta tarde una conferencia y no un sermón, pero empiezo con una cita del Sermón del Monte. No es el texto para un sermón, mas quizá deba ser un recordatorio constante en esta conferencia acerca de la crítica anti-católico-romana. "No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir. Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu ojo? O ¿cómo dirás a tu hermano: Espera, echaré de tu ojo la mota, y he aquí la viga en tu ojo? ¡Hipócrita! echa primero la viga de tu ojo, y entonces mirarás en echar la mota del ojo de tu hermano".

Existe otro consejo que también quiero observar. Nunca debemos comparar lo mejor de nosotros con lo peor de ellos. La tentación es muy fuerte, pero se debe evitar a toda costa. A ver si podemos lograrlo.

Soy un tanto pesimista a la posibilidad de librarme fácilmente de esta famosa viga, pero confieso tres aspectos del trasfondo de la crítica que hacemos como Evangélicos —y dicen que la confesión es buena para el alma— Primero: hay un individualismo característico de las culturas Evangélicas. Conviene notar que este fenómeno tiene raíces tanto sociológicas como religiosas, y que no se puede identificar al individualismo con el cristianismo. Segundo: el tradicionalismo de los cuerpos Evangélicos, y hay que recordar que aún movimientos anti-tradicionalistas desarrollan rápidamente su propia tradición; pero, notemos en particular 3 aspectos de este tradicionalismo: 1º—la teología calvinista, no necesariamente pura en su integridad, pero en ciertos aspectos. 2º—un concepto sectarista de la Iglesia, derivada especialmente del impacto bautista; 3º—una interpretación muy particular de la Biblia. Finalmente, hago notar el tercer aspecto, —para mí el más peligroso— que es el que asume el catolicismo romano, y no es realmente cristiano. Por ello, justificamos nuestro trabajo en un país predominantemente católico romano e identificamos a los cristianos con los

evangélicos. Esta actitud fue muy característica de la Iglesia Católico-romana antes del advenimiento del actual espíritu liberal.

Antes de entrar directamente al asunto de la crítica a la Iglesia Católica Romana, quiero exponer mi modo de abordar el tema. Ya notamos que no es posible criticar sino sólo desde un punto de vista determinado. No existen normas absolutas para la crítica. Hasta en el caso de evaluar, su validez y exageraciones, sería imposible asumir una posición de destacamento olímpico. En segundo lugar, nuestra manera de considerar el asunto será tratar de exponer las críticas más comunes que hacen los Evangélicos en México; y luego las analizaremos para determinar si las críticas son correctas o exageradas; y por último, veremos si forman parte de un contexto más amplio que las explique.

Al exponer nuestras críticas a la Iglesia Católica Romana, voy a clasificarlas en cinco grupos. El carácter inadecuado de esta clasificación al fin será obvio, más espero que nos ayude en el estudio.

Clasifico el primer grupo bajo el rubro de: "El Culto y la Piedad." Se dice que los católico-romanos practican la idolatría. Emplean muchas imágenes y símbolos tanto en sus templos como en sus casas, y que les ofrecen gesticulaciones y veneración que difícilmente podría distinguirse de la idolatría. Ofrecen oraciones y veneración a los santos que sólo deben darse a Dios por mediación de Jesucristo. En particular, se rinde a Sta. María un culto que supera en mucho a lo que debe asociarse con un ser humano; y ese culto a la Sta. Virgen usurpa el honor y el lugar que corresponde a Jesucristo en el verdadero cristianismo. En resumen, el culto y la veneración de imágenes, símbolos, santos, y especialmente a Sta. María ocupan tanto a los católicos romanos que casi se ignoran a Dios y a Su Divino Hijo.

Se dice también que gran parte del culto popular católico-romano realmente es adoración pagana bajo la capa exterior y bastante superficial de culto católico; dentro de algunos templos, se nota la presencia de imágenes y de otros objetos de cultos paganos, y una mezcla compleja entre devociones de la tradición católica con las de tradiciones paganas. Los sociólogos llaman a este fenómeno "cristo-paganismo" y más o menos lo consideran como la religión de la mayor parte de los mexicanos, especialmente en el campo.

Sería difícil escapar a tales críticas. Sin embargo, debemos tratar de comprender algo el contexto de esas prácticas devocionales. Notemos 4 aspectos: 1º—una religión que incluye la doctrina de la encarnación de Dios y su entrada en el proceso histórico y natural no puede evitar completamente la veneración de lugares, cosas, y personas

sagradas. 2º—la doctrina de la comunión de los santos implica alguna comunicación entre ellos por la intercesión mutua (véase Santiago 5: 16b "la oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho"). También tenemos que reconocer el lugar que ocupan los apóstoles y los mártires en la Iglesia neotestamentaria (véase Hechos 8:2). 3º—hay una asunción casi universal entre los Católicos Romanos que las prácticas paganas no se deben destruir bruscamente sino se deben tolerar al lado de las católicas. La teoría es que éstas reemplazarán finalmente a aquéllas. 4º—y más importante, la Iglesia Católico-romana nunca ha enseñado que se pueden adorar las imágenes o los santos cristianos, cuándo menos, las imágenes y divinidades paganas. Según ellos, la *adoración* se ofrece sólo a Dios y la *veneración* se concede a los santos oficialmente reconocidos y a las imágenes bendecidas. Sta. María merece la hiperdulía o superveneración a causa de su lugar clave en el plan de redención. Finalmente, enseña que los santos no reciben nuestras *oraciones* sino nuestras *invocaciones* para que ellos oren por nosotros a Dios.

En resumen, de hecho hay mucha idolatría y paganismo entre personas consideradas como Católicos Romanos. No es solamente cosa de las gentes del campo. Cuando criticamos la doctrina *oficial* de la Iglesia Católico-Romana corremos un peligro en cuanto a estos asuntos. Si no reconocemos la comunidad de intercesión mutua de todos los fieles, vivos y muertos, es muy pobre nuestra doctrina de la Iglesia y del Reino de Dios. Si no reconocemos que existen lugares, personas y cosas de una santidad particular, corremos el riesgo de la secularización de toda la vida. Si nos percatamos sumariamente de las tradiciones indígenas o pre-cristianas y las menospreciamos, arriesgamos un asalto no sólo contra la religión de nuestros feligreses sino también contra su cultura y, aún, contra sus personas.

Así, en cuanto al culto y la devoción, la intensidad de nuestra crítica debe dirigirse a la laguna que hay entre la enseñanza oficial y las prácticas actuales; laguna tan grande que casi acusa indiferencia en el asunto. Contra este mal, y contra otros muchos, están luchando valerosamente el movimiento litúrgico, y el reavivamiento bíblico.

El segundo grupo de críticas lo clasifico bajo el tema de: "La Vida en La Iglesia" o "La Vida Cristiana". Se dice que la administración externa de los sacramentos es la única preocupación de los Católico-Romanos. Se bautiza a un niño; por tanto ya es cristiano. Es mejor aún, si se confirma, mejor si hace su primera comunión. Es mejor si se casa (cuando no se consagra a la vida célibe). Está muy bien, si asiste físicamente a las Misas, etc. Así que la vida cristiana consiste

esencialmente en la recepción, consciente o no, de algunos ritos y ceremonias externos. ¿Dónde se deja a la fe, la decisión personal, la relación personal e individual con Jesucristo? ¿No es el cristiano una persona que tiene relación muy especial, íntima, e individual con El? èUn cristiano no se hace por su apropiación del mensaje del evangelio? Por eso, se dice, los sacramentos substituyen a lo auténtico, a saber, el evangelio, y, aún más, el rito de los sacramentos se recita en un idioma desconocido. Se dice que es blasfemia llamar cristianos a esas multitudes bautizadas, que no conocen lo que llamamos nosotros "el evangelio".

Hasta el culto común de la Iglesia, se celebra con tanta forma, que el Espíritu está por fuerza apagado. ¿Cómo puede ser sincero un "amén" si se usa solamente en ocasiones específicamente designadas? ¿Y si una oración es hermosa y religiosamente válida, de todos modos, qué puede significar si es de otra persona, e. d., una oración escrita?

Así, en resumen, el problema es doble: en lugar de una experiencia y aceptación viva del evangelio encontramos una participación muda en unos actos sacramentales externos y formales y en un idioma incomprensible.

¿Cómo podemos valorar estas críticas? En 1er. lugar, debo confesar que soy miembro de una comunión que insiste en este énfasis de los sacramentos y usa una liturgia formal. También debemos notar que Lutero, Calvino, Cranmer y otros campeones de la Reforma enfatizaron bastante los sacrametnos, incluyendo el bautismo de los niños. En 2o. lugar, parece que estas críticas en el campo de "La Vida en la Iglesia" deben ser enfocadas en su aspecto negativo, a saber, que los Católico-Romanos no predican el Evangelio y no insisten que todos sus feligreses entren en una relación íntima, consciente, e individual con Jesús.

De hecho, esta crítica es válida. Trágicamente, si la mayor parte de los Católicos Romanos sienten una relación personal con alguien, probablemente es con Sta. María, la Madre, o algunos de los santos más populares. Pero debemos notar que nada hay en la doctrina, ni en la estructura de la Iglesia Católico-romana que le impida la enseñanza y la proclamación del Evangelio. Al contrario, ellos enseñan la suficiencia de la gracia divina, la plena redención por y en Jesucristo, la necesidad de fe en Cristo, y la confianza en las promesas divinas, en resumen, el evangelio.

Si en los templos Católico-romanos no se oye el evangelio proclamado, es una falta de práctica y no de doctrina. En este campo también, el movimiento litúrgico y el reavivamiento bíblico están desem-

peñando un papel magnífico. Por otro lado, debemos notar que los estudios en la teología bíblica y en la doctrina de los grandes reformadores evangélicos están convenciendo a muchos protestantes que se ha descuidado peligrosamente lo sacramental en la vida de la Iglesia. No debe haber ninguna contradicción entre los sacramentos y la proclamación fiel del evangelio; al contrario, cada uno necesita al otro para su propio perfeccionamiento.

Asociada con esta crítica sobre el sacramentalismo es la del clericalismo. Vamos a hablar del clericalismo político después. Ahora consideremos el principio jerárquico dentro de la Iglesia misma. Aquí no hay problema de datos acerca del asunto. La Iglesia Católico-romana practica y enseña la dominación completa por el clero en los asuntos eclesiásticos y el descenso gradual de la autoridad de arriba por medio del Papa y la jerarquía cometida a él.

Así, en teoría, las demarcaciones de la autoridad son eminentemente claras, y no hay problema para saber quien ocupa el último lugar, a saber, el laico.

No quiero tratar de justificar esta teoría, porque no la acepto. No obstante, debemos tomar en cuenta algunos datos. 1º—San Pablo nos muestra que los apóstoles gobernaron la Iglesia neotestamentaria. Así, si la jerarquía clerical se concibe como sucesora de los apóstoles, parece que debe gobernar la Iglesia en las edades posteriores. 2º—El principio de diferentes niveles de autoridad es una buena garantía contra la arbitrariedad de los oficiales menores. Un obispo puede proteger a un feligrés contra su cura, un arzobispo contra un obispo, etc. Es posible que *nuestra* solución al problema de la arbitrariedad, a saber, cambiar nuestra membresía, sea una solución muy inadecuada. 3º—Existe ya, un movimiento laico en la Iglesia Católica-romana que se hace más y más fuerte y que está dedicado a fines piadosos. Finalmente, debemos confesar que el caciquismo es un problema especial de las comuniones de política congregacional y que hay bastante clericalismo en todas las comuniones.

En resumen, en el campo de "La Vida en la Iglesia", debemos notar que el énfasis en los sacramentos y la teoría jerárquica de la política de la Iglesia no carecen enteramente de base Bíblica, y que el formalismo y el caciquismo pueden ser hallados en todos los grupos que se llaman cristianos. En el asunto de la proclamación del Evangelio, sólo nos queda orar fervorosamente por que sea predicado en todas partes y que nosotros seamos fieles en cuanto a nuestra responsabilidad en este asunto. No olvidando las palabras de San Pablo (Filipenses 1:18): "¿Qué pues? que no obstante, en todas maneras, o

por pretexto o por verdad, es anunciado Cristo; y en esto me huelgo, y aún me holgaré".

El tercer grupo de críticas contra el catolicismo romano lo clasifico dentro de: "Autoridad y Orientación Religiosa". Como en todas las clasificaciones, diferentes personas y grupos tienen sus críticas favoritas. Se dice que la Iglesia Católico-romana substituye la autoridad de la Biblia por la del papa. Se dice que los Católico-romanos no conocen la Biblia y aún prohiben la lectura de ella excepto bajo ciertas condiciones. Se dice por algunos estudiantes de la historia del pensamiento cristiano que la teología Católico-romana se basa en el sistema filosófico de Sto. Tomás, y, por lo tanto, de Aristóteles, lo que hace que la teología bíblica se pierda. Se dice que la Tradición es una fuente del dogma Católico-romano paralela a la Biblia. Se dice, finalmente, que la Iglesia Católico-romana es, en efecto, pelagianista en su doctrina del hombre y, especialmente, en su teología moral.

Podría resumirse esta clasificación de críticas en cuatro acusaciones de herejía: 1ª—elevar la tradición hasta ser una fuente del dogma cristiano, p. e., en las definiciones de la Concepción Inmaculada y la Asunción de la Sta. Virgen y, más directamente, en los decretos del Concilio de Trento. 2ª—restringir la lectura y el estudio de la Biblia, es decir, la libertad de la Palabra de Dios. 3ª—proponer la infalibilidad de una autoridad humana, la del Obispo de Roma. 4ª—enseñar la clase de pelagianismo, que mediante el fiel cumplimiento de algunos requisitos y disciplinas de la Iglesia puede efectuar su propia salvación.

Consideremos ahora estas herejías alegadas una por una. Hasta el mismo 2º Concilio Vaticano está considerando con mucho cuidado el punto de la relación entre la Biblia y la Tradición. Quizá nuestro conferencista principal no esté de acuerdo conmigo, mas me asombraría mucho si el decreto del Concilio en cuanto a este asunto asevera que la tradición es una fuente de la fe cristiana separada, o distinta de la Biblia.

En cuanto a la restricción en la lectura de la Biblia, notemos que la situación ha cambiado radicalmente y que hoy se enfatiza mucho la lectura de la Biblia en los hogares Católico-romanos. Quiero añadir que por mi parte, hasta la fecha no he encontrado una traducción evangélica de la Biblia que supere a las de Nacar y Colunga o de Bover y Cantera. Solamente la de Reina-Valera de 1909 se compara con éstas; ya tiene 54 años y se basa en textos que en la actualidad han sido superados en muchas formas.

El dogma de la infalibilidad del Papa, es claro que no podemos aceptarlo en ningún sentido. Sí debemos notar las restricciones estre-

chas de dicha infalibilidad y la imposibilidad, según se reconoce por los mismos Católico-romanos, de saber exactamente cuándo el Papa habla infaliblemente. Francamente, en el estudio que hice de sus decretos; me parece que las decisiones papales sólo exigen respeto y consideración seria y que no deben ser atacadas directamente. Es divertido ver cómo los teólogos rápidamente interpretan las nuevas encíclicas papales según sus propios y diversos puntos de vista.

Finalmente, el asunto del pelagianismo, debemos notar que nunca ha sido esa la doctrina oficial de la Iglesia Católico-romana. Es interesante saber que un teólogo católico-romano pudo sostener la tesis de que la doctrina de la justificación por la fe de Karl Barth, es realmente la católica. Nunca he oído que a Barth se le haya acusado de pelagianismo. De hecho, hay mucho neopelagianismo en la Iglesia Católico Romana, pero no es esa su doctrina oficial. Podríamos concluir con la observación reciente de que todo el movimiento conversionista —el corazón de muchos grupos evangélicos— es considerado peliagianista por los calvinistas franceses. Sin duda San Agustín todavía no ha destruído todo el pelagianismo del movimiento cristiano occidental.

En resumen, para mí, que la Iglesia Católica Romana no debe ser considerada herética, excepto en lo de la infalibilidad del Papa y la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora. Y, estas dos herejías pueden ser corregidas en una de dos maneras; ignorarlas de hecho o reinterpretarlas en forma adecuada. La amenaza de la definición de la infalibilidad papal fue que una vez enunciadas las herejías, nunca podrían ser corregidas. Sin embargo, la historia acaecida entre los dos Concilios Vaticanos ha mostrado que tal amenaza no se ha realizado todavía. El olvido y la reinterpretación parecen ser capaces de curarlo todo.

De hecho, hay mucha herejía en la Iglesia Católica-Romana, mas ¿existe algún grupo de evangélicos que no tenga, de hecho, herejía en sus filas?

El cuarto grupo de nuestras críticas lo he clasificado como "Doctrina Socio-Política". Aquí hay dos acusaciones principales y un corolario. Se dice que los católicos romanos constantemente tratan de infiltrarse en los centros de poder político para usarlos de acuerdo con sus propios fines. Se dice que ellos siempre se unen con los elementos más reaccionarios e impiden el progreso socio-económico-político de cualquier entidad política, en la que predominan. También se dice que la doctrina oficial de la Iglesia Católico-romana es que el estado debe sujetarse a la jerarquía puesto que lo espiritual es y debe ser superior a lo temporal.

En la historia de Occidente se evidencía mucho la verdad de estas acusaciones en el campo socio-político. La posición doctrinal que más se conoce en este asunto es que la libertad del ciudadano se limita por las demandas justas de la Iglesia y que la libertad religiosa sí es, en fin de cuentas, una herejía.

Me siento bastante limitado en esta discusión, porque siendo extranjero no he tenido nunca la experiencia personal de vivir en una cultura dominada por la Iglesia Católico-romana. Pero quiero hacer notar que en muchas partes del mundo la posición de los católico-romanos en este asunto ha cambiado radicalmente. Desde la famosa bula "Unam Sanctam" de Bonifacio VIII en 1303 y su fracaso, las demandas del desarrollo de la historia han limitado progresivamente las pretensiones políticas de los eclesiásticos. Sé que Ibero-América e Iberia misma están siempre sufriendo consecuencias por las ambiciones eclesiásticas y clericales en su política y en su sociedad y que en muchas partes ésta alianza indebida entre las autoridades eclesiásticas y la reacción socio-político-económica todavía existe. No obstante, tengo mucha confianza en que la situación puede cambiar como ya ha cambiado en algunas partes de Alemania, Francia, Bélgica, y aún en Italia. Deseo añadir algunos desafíos a nuestro sentido de superioridad en este asunto. Una pregunta ¿si tuviéramos predominancia, actuaríamos en forma diferente? Además tres hechos: 1.—en un condado en mi tierra natal, donde estuve encargado de una congregación, se elige para un puesto público con mucha dificultad al que no es bautista. 2.—en ese mismo condado es muy difícil obtener una plaza de maestro si no es metodista. 3.—Los puestos más reaccionarios en las cuestiones sociales del sur de los EE. UU. de América, son bendecidas con la aprobación de la mayoría de los grupos evangélicos. Debemos recordar aquí las palabras de San Pablo que se hallan en Romanos 2:21-22 "Tú pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a tí mismo? ¿Tú, que predicas que no se ha de hurtar, hurtas? ¿Tú, que dices que no se ha de adulterar, adulteras? ¿Tú, que abominas los ídolos, cometes sacrilegio?"

El quinto y último grupo de críticas lo clasifico bajo "Erudición y Educación". Se dice que la Iglesia Católica Romana fomenta un oscurantismo intelectual y que no tiene mucho interés en la educación popular. Esa crítica tuvo bastante validez en el siglo pasado y en las primeras décadas de este. Encíclicas como la "Humani Generis", la "Providentissimus Deus" y el "Index Errorum" parecían impedir definitivamente a los eruditos católico-romanos que adoptaran una relación positiva ante el pensamiento contemporáneo y especialmente con

la crítica histórica y la crítica literaria, en relación con los documentos de la fe cristiana.

El erudito más conocido de la Iglesia Católico Romana: Alfred Loisy, y el convertido más famoso: George Tyrrell, fueron condenados y finalmente excomulgados. Lo que se llamó el modernismo, pareció a las autoridades una capitulación completa a favor del racionalismo y la crítica del Renacimiento y de la Revolución Francesa.

Mas en lugar de usar un escalpelo se empleó una hacha. Así, la amenaza modernista provocó una reacción en esos círculos dando la impresión de que la honestidad intelectual carecía de todo derecho. En fin, la autoridad eclesiástica triunfó en su lucha contra la investigación libre, dando la impresión de que la verdad puede ser una amenaza a la doctrina oficial y que ésta debe ser preservada a toda costa.

Conviene hacer notar que la cuestión del modernismo fue una cosa dentro de la Iglesia Católica Romana (aunque algunos evangélicos usan el término para designar la investigación libre) y que sí tuvo un elemento realmente peligroso en un sentido mucho más fuerte que en el caso de los críticos radicales protestantes. Entre los protestantes siempre existió la idea de que después de toda crítica quedaría un residuo realmente seguro que la ciencia podría aislar como base de la fe. El modernismo católico-romano realmente creyó que después de la crítica no habría nada de base permanente y por lo tanto, sólo nos quedaría la *autoridad* de la fe. Así, el modernismo realmente tendía hacia un *fideismo* y oscurantismo puro. Recordamos aquí un dicho del famoso convertido, el Cardenal Manning "la apelación a la historia es una traición". Manning fue anti-modernista, mas es un dicho puramente oscurantista que se podría, al fin, aplicar a los modernistas.

He apelado a esta corta exposición histórica para mostrar que la lucha católico-romana contra el modernismo, aunque pareció oscurantista en extremo, resultó una apelación a la historia. Los Papas detuvieron por el momento la crítica literaria y en parte, la histórica, pero alentaron en su lugar los estudios lingüísticos y arqueológicos y pidieron lealtad. El resultado en la actualidad es que apenas puede establecerse distinción entre la erudición católico-romana y la protestante en los campos bíblicos e históricos.

Es interesante y paradójico que un decreto del mismo León XIII en su encíclica "Providentissimus Deus" (fue él quien restringió tanto a los críticos bíblicos pero a la vez alentó el estudio lingüístico y arqueológico) hizo tanto para animar el pensamiento católico-romano. León XIII ordenó un estudio cuidadoso y fiel de Santo Tomás y este

acto, aparentemente reaccionario, dio como resultado una profundidad en la filosofía católico-romana de modo que ahora encontramos entre los católico-romanos unos de los pensadores más influyentes y reconocidos en todo el mundo.

De hecho, hay bastante oscurantismo entre los católico-romanos, especialmente en Ibero-América y en el sur de Europa. Pero cuando veo en las librerías de México un montón de libros escritos por Jacques Maritain, Gabriel Marcel, Gilson, los padres Garígou Lagrange, Karl Adam, Hugo y Karl Ranner, Romano Guardini, Georges Tavard y Louis Bouyer, tengo mis dudas del oscurantismo predominante del pensamiento católico-romano en México y Latino-América. Aquí también encontramos una crítica de hecho válida, pero encontramos un contrapeso fuerte que puede cambiar la situación radicalmente. Entiendo que hay un número creciente de intelectuales católico-romanos entre los profesores de la Universidad Nacional Autónoma de México que ciertamente no es un centro de oscurantismo eclesiástico. ¿Es una señal del futuro? quién sabe, y, ¿dónde están los evangélicos? ¿Llegaremos a ser el último baluarte del oscurantismo?

En el asunto de la educación popular, debo confesar una falta de conocimientos de mi parte, mas parece que por lo general los países de tradición universal que no tiene paralelo en los países católico-romanos. Parece ser ese un hecho innegable. Se dice que el impulso evangélico hacia la alfabetización universal es la necesidad de leer las Santas Escrituras y de hacer una decisión personal en los asuntos de la fe; y se dice que los católico-romanos prefieren dejar a sus fieles en la ignorancia para garantizar su fidelidad ciega. Aquella conclusión parece lógica en parte, pero ésta me parece bastante injusta.

Creo yo que las diferencias entre culturas evangélicas y católico-romanas en este asunto se debe más a este factor, a saber, que las culturas evangélicas sí tienen una teología de educación universal y las católico-romanas carecen de ella. A la vez, debemos reconocer que en el mundo actual el impulso hacia la educación popular ha cambiado radicalmente; ahora es sobre todo, una cuestión económica. Tenemos un ejemplo muy interesante del Japón; es un país con un nivel de educación universal que nadie ha superado. Tenemos también la situación actual en la República Mexicana y en los Estados Unidos de Norteamérica, estos dos países insisten abiertamente en la necesidad *económica* de un nivel de educación popular más alto.

De hecho, los católicos romanos están haciendo actualmente un gran esfuerzo en el campo de la educación pública. Los móviles todavía

no son claros, por lo menos para mí ,pero en teoría, todavía no conozco una teología católico- romana de educación universal. No obstante, de hecho no podemos criticar fuertemente a los católico-romanos en este campo.

Estamos ya al final de nuestra conferencia. No he pretendido haber tratado acerca de todas las críticas que se oyen en contra de la Iglesia Católica Romana. En particular no hemos hablado de varias, tales como la avaricia e inmoralidad del clero, la indiferencia, el profesionalismo, o del gran número de feligreses nominales, verdaderos o no. No creo que esos sean pecados limitados sólo a los católicos romanos, en ningún sentido; es que su concepto no-sectario de la Iglesia les exige mayor tolerancia en la vida de la misma. Me siento también impedido para criticar a alguien de avaricia cuando yo recibo una magnífica renta garantizada. Finalmente, si alguna comunión evangélica en México tuviera que pastorear algo así como 20 millones de miembros, con recursos relativamente escasos, encontraría, creo yo, una crisis de disciplina interior realmente terrible. En resumen, me parece que esta clase de críticas no son realmente contra la Iglesia Católica Romana sino contra toda la raza humana.

Más seria es la crítica de la indiferencia en el campo moral. Se dice que los católicos romanos no reprenden la inmoralidad. Es muy difícil analizar esta clase de crítica, pero además del concepto no-sectario de la Iglesia Católica Romana antes mencionado, debemos reconocer que el justamente famoso moralismo de los evangélicos ha degenerado muchas veces en una preocupación acerca de asuntos morales realmente periféricos o de poca monta.

Sólo un ejemplo: allá en mi tierra en estos días, gran parte de los piadosos evangélicos se proclaman contra los males del alcohol, del tabaco y de los bailes mientras ven con hostilidad o quizá indiferencia o temor los esfuerzos de la minoría de negros para romper las cadenas de la injusticia social. Parece que hubiera varias clases de "indiferencia moral".

Para terminar, espero que ustedes no hayan recibido la impresión de que soy un abogado de la Iglesia Católica Romana y mucho menos fiscal de los evangélicos; mi deseo más profundo en la preparación de esta conferencia fue el de ser honrado y justo. Mas recordemos que la justicia se cumple en el amor, la caridad que es cumplimiento de la ley y el resumen de los mandamientos divinos, la liga de la paz y el nuevo mandamiento del Señor Jesús.

Reconozcamos que muchos líderes de la Iglesia Católica Romana están haciendo esfuerzos para conocernos más y apreciarnos mejor. Y si nosotros los evangélicos en el espíritu de la caridad, no podemos encontrar en *nuestros* corazones el *amor,* en este asunto, habremos de caer y merecido lo tendremos.

DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS TEOLOGICAS ENTRE EL PROTESTANTISMO Y EL CATOLISISMO ROMANO

José Míguez Bonino

La raíz del problema. El tema propuesto es, por supuesto, tan vasto, que no podemos esperar tratarlo en forma exhaustiva. Lo que se intenta hacer es una simple caracterización de los elementos básicos y las líneas de posible profundización del tema. Por otra parte, el problema de fondo puede, tal vez, caracterizarse —como lo ha hecho Barth— con sólo dos palabras: *y* y *solo*. La orientación básica del Protestantismo podría así caracterizarse por el acento colocado sobre el segundo término: *sólo Cristo* constituye el centro y la medida de nuestra fe y por consiguiente, *sólo la gracia* es la fuente de nuestra salvación, *sólo la fe* puede colocarnos en comunión con Dios, *sólo la Escritura* es nuestra norma de fe y conducta. La teología católica romana insiste en vincular y completar estos elementos con otros que representan el factor humano: Cristo *y* la Virgen María, o Cristo *y* su Vicario el Papa, la gracia *y* la naturaleza, la fe *y* los méritos humanos, la Escritura *y* la tradición.

Por supuesto, esta distinción esquemática debe ser estudiada en detalle y definida más cuidadosamente. Ni los católicos romanos pretenden negar la primacía —al menos en la teoría— del primer término de cada uno de estos pares, ni los protestantes la existencia y el valor relativo de algunos de los segundos términos. Sobre ello volveremos rápidamente más adelante. Pero debemos reconocer que las fórmulas *sólo* e *y* representan, no fórmulas dogmáticas precisas, pero sí direcciones divergentes, concepciones distintas, y como tales simbolizan adecuadamente la diferencia fundamental entre Catolicismo y Protestantismo.

LAS SEMEJANZAS

Semejanzas obvias: dogma en común. Una forma de concebir las posibles semejanzas entre Protestantismo y Catolicismo Romano es la de comparar las confesiones de fe, plataformas doctrinarias, creencias o dogmas definidos de ambas y enunciar las coincidencias y divergencias. Este método ha sido muy empleado desde la época de la Reforma

y particularmente en las discusiones teológicas de los siglos XVI y XVII y tiene cierto valor. Así constataríamos la posesión y confesión común del dogma trinitario como se definió en Nicea (un solo Dios en tres personas y una substancia), el dogma cristológico definido en Calcedonia (un solo Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre). Otras doctrinas, no definidas conciliarmente, son igualmente sostenidas en común: el nacimiento virginal, la vida sin pecado, la muerte redentora, la resurrección corporal, la ascensión a la diestra de Dios y la futura venida en gloria de Jesucristo; el carácter personal del Espíritu Santo ("soberano y vivificante, que ha hablado por medio de los profetas" como dice el credo niceno); la inspiración de las Escrituras, que, de parte católica, fue definida como plenaria en los Concilios de Trento y Vaticano I). Estas coincidencias dogmáticas —y otras muchas derivadas que podrían fácilmente enumerarse— son evidentes a todos y no necesitan mayor elaboración.

Un proceso en común. Pero hay una forma distinta de considerar las semejanzas, una forma más dinámica. En efecto, las iglesias no son simplemente instituciones estáticas con una constitución y un dogma definido; son organismos vivientes que viven en la historia y sufren y gozan la influencia de los procesos históricos de cambio, de renovación, de deterioro y de deformación. El Catolicismo Romano y el Protestantismo han vivido en el mismo mundo por cuatro siglos y han pasado por diversas etapas históricas que los han afectado de diversas maneras, acercándolos a veces, distanciándolos otras.

En ese sentido, merece tenerse especialmente en cuenta ciertos movimientos que en los últimos decenios han afectado a ambas comunidades. Resumiéndolo mucho, podríamos decir que en los últimos decenios ha habido en el Catolicismo Romano movimientos de renovación que son en cierto modo paralelos, aunque de modo distinto, a los que han tenido lugar en el Protestantismo. Una breve enumeración concretará lo que quiero decir: a) Renovación bíblica y teológica. Después de más de un siglo de investigación bíblica científica, un tanto disolvente desde el punto de vista teológico, el Protestantismo goza, desde hace aproximadamente unos cuarenta años, de una renovación bíblica, una revaloración de la autoridad, el mensaje, la unidad de la Biblia. El Catolicismo, por su parte, luego de largo tiempo de descuido de los estudios bíblicos, cuando no de verdadera sub-valoración de las Escrituras, despliega hoy un renovado interés en los estudios bíblicos y un deseo por transformar su teología substituyendo el método escolástico por un método bíblico.

b) Como consecuencia de lo anterior hay también una renovación

teológica, que en el Protestantismo se ha manifestado por una más seria adhesión, a la doctrina clásica de la Iglesia, una mayor responsabilidad ante la misma y en el Catolicismo, junto con el deseo de retornar a las fuentes (la Escritura y los Padres de los primeros siglos), por un vocabulario más actual, una preocupación por los problemas humanos concretos.

(En este sentido hay que mencionar especialmente el esfuerzo de lo que ha sido llamado —un tanto despectivamente— la "nueva teología" francesa y alemana por desprenderse de la rigidez escolástica, de la total dependencia de las formulaciones tomistas. Así como Tomás en el siglo XII utilizó la filosofía de su época —el aristotelismo— para expresar el mensaje cristiano, el teólogo CR de hoy puede y debe utilizar otros vocabularios filosóficos o científicos para trasmitir el mensaje permanente en un lenguaje contemporáneo. Merecen destacarse los esfuerzos de los teólogos Brouillard, Congar, De Lubac, Rahner, von Balthasar, muchas de cuyas obras ya son accesibles en español. En torno a estos movimientos se ha suscitado en el Catolicismo un vivo e interesantísimo debate. Cf. la encíclica *Humani Generis* de Pio XII).

c) Desde comienzos de siglo el Protestantismo ha sentido la seriedad del problema de nuestra división, particularmente impulsado por el movimiento misionero que os ha dado a todos conciencia del escándalo y obstáculo que nuestras divisiones representan en la evangelización de los no-creyentes. De esa manera ha surgido lo que se ha dado en llamar el "movimiento ecuménico", que no incluye solamente el Consejo Mundial de Iglesias sino muchos otros esfuerzos, completamente independientes de aquél, en escala local (Consejos nacionales de Iglesias), o continental (por ej., las Conferencias Evangélicas Latinoamericanas) o de diversos grupos, por coordinar los esfuerzos, alcanzar mayor compresión y colaboración y en algunos casos lograr cierta unión. A su vez, el Catolicismo Romano, que por siglos había tomado la posición de proclamarse la única Iglesia verdadera y limitarse a invitar a las demás confesiones cristianas a aceptar su afirmación y someterse a su autoridad, viene manifestando desde hace algunas décadas una preocupación por comprender a los demás cristianos, valorar positivamente sus puntos de vista, reconocer las razones de su separación y dialogar sobre los problemas que los separan (En la Segunda Sesión del Concilio Vaticano II más de dos semanas han sido dedicadas a la discusión de ese tema y se ha hecho evidente el esfuerzo de los teólogos católicos por encontrar una manera de abrir su punto de vista para permitir una conversación sincera y franca con los demás cristianos. El discurso de apertura del Concilio por el actual papa Pa-

blo VI incluía un reconocimiento de las culpas que en las divisiones pudieran corresponder a la Iglesia de Roma y un pedido de perdón por ellas).

d) Finalmente, tanto el Catolicismo Romano como el Protestantismo han experimentado en los últimos decenios una preocupación creciente por los problemas de nuestra sociedad y un esfuerzo por buscar en el Evangelio de Cristo respuestas a esos problemas, particularmente los problemas de la pobreza, de la injusticia, de la amenaza a la libertad, de la guerra y la paz. Prueba de ese interés son, por un lado, las recientes encíclicas papales y, por otro, la numerosa literatura evangélica sobre ese tema (En nuestro continente véase el folleto "Encuentro y Desafío" de la Conferencia de Huampaní, Perú, 1961).

Estos movimientos paralelos no pueden menos que tocarse en algunos puntos, influirse mutuamente y crear posibilidades de diálogo. Tal cosa, efectivamente, ha ocurrido, particularmente cuando los sufrimientos y la crisis de la última guerra mundial crearon —paradojicamente— las condiciones de un encuentro más profundo: en las cárceles, en los campos de concentración, en la resistencia contra el racismo nazi, en mil otros modos, católicos y protestantes hubieron de encontrarse y descubrirse mutuamente con intereses, preocupaciones y problemas semejantes. Todo este proceso es la presuposición sin la cual no puede entenderse lo que ocurre hoy en la Iglesia Católica Romana.

LAS DIFERENCIAS

Diferencias en las semejanzas. No debemos, sin embargo, suponer que las semejanzas que hemos mencionado son totalmente claras, inequívocas. La doctrina, la piedad y la práctica de una iglesia constituyen una unidad y cuando la diferencia de base es tan profunda como la que separa al Protestantismo del Catolicismo, ella influye en todos los aspectos, de modo que aún las semejanzas están afectadas por las diferencias y viceversa. Ilustremos un poco esta afirmación a base de lo que antes hemos dicho:

(1) Al recitar el Credo de los Apóstoles, católicos y protestantes decimos: "Creo... la santa Iglesia Católica (universal), la comunión de los santos..."; o en el Credo Niceno: "Creo... una Iglesia santa, católica (universal) y apostólica..." He aquí una semejanza de confesión de fe y aún de fórmula dogmática. Mas aún, nadie puede negar que, en la renovación bíblica y teológica, tanto el Protestantismo

como el Catolicismo han re-descubierto la importancia de la Iglesia: el cristianismo no es cuestión de individuos aislados, sino de una comunidad de fe y vida, a la que Jesucristo ha confiado una misión hasta el fin de los tiempos. La teología —tanto católica como protestante— se ha ocupado de los problemas referentes a la doctrina de la Iglesia: ¿Qué es la Iglesia? ¿Cuál es su lugar en el propósito de Dios? ¿Qué relación hay entre la Iglesia y Jesucristo? y muchas otras.

No se puede negar que en esta búsqueda han surgido muchas coincidencias: ¿Cómo podría ser de otro modo dada la importancia concedida a la Biblia? Pero pronto se advierte una diferencia fundamental en la concepción misma de la Iglesia. Para el protestante la Iglesia es básicamente la comunión de los creyentes, de aquéllos que han sido elegidos y llamados en Cristo y han respondido por la fe a ese llamado, aquéllos que han sido congregados por el Espíritu Santo para formar un pueblo de Dios, un lugar donde la Palabra de Dios sea anunciada correctamente y las ordenanzas instituídas por Cristo (el bautismo y la Santa Cena) sean debidamente celebradas, un pueblo sacerdotal donde todos están básicamente en la misma situación. Por supuesto, el protestante reconoce (en distinta medida y de diversas maneras) una organización de la Iglesia, diversidad de dones y ministerios, una cierta estructura, pero de su concepción de la Iglesia es el llamado divino y la comunión que él crea. El Catolicismo Romano, en cambio, al menos en sus formas más conocidas, define primordialmente la Iglesia como una sociedad visible, con una estructura básica inmutable, que culmina en el Papa, que sería, por institución de Cristo mismo, el sucesor de Pedro, cabeza visible de la Iglesia, centro de la unidad de la misma autoridad dogmática última e inapelable. Por supuesto, el católico no niega los otros elementos: la iglesia como comunión (Incluso ciertos teólogos actuales buscan restituir al centro de la eclesiología esta idea de comunión. Cf., el reciente libro del dominico francés J. Hamer: "L'Eglise comme communion"). Pero esta estructura, este orden jerárquico, esta sucesión histórica son los elementos decisivos para determinar la legitimidad de la Iglesia (Esto se advierte aún en un documento tan "abierto" como el discutido recientemente en el Concilio sobre "Ecumenismo", que sin embargo, no puede evitar de juzgar a las distintas iglesias no-católicas según se acerquen o no a esta estructura básica del Catolicismo Romano).

Pero podríamos ir aún más lejos y descubriríamos muy pronto que la diferencia básica que hemos indicado al principio con los términos *sólo* e *y* también se echa de ver aquí. El Protestante reconoce en la Iglesia una obra de Dios, fundada por Jesucristo, donde el Espíritu

Santo habita y actúa. Pero no puede olvidar que es también una comunidad humana, pecadora, muchas veces infiel, que necesita reformarse, corregirse, arrepentirse constantemente. Por eso mantiene siempre claramente la diferencia entre Cristo el Señor, el único soberano. que juzga y gobierna (mediante su Palabra y su Espíritu) y la Iglesia. El Catolicismo, en cambio, si no niega del todo estas cosas, concibe más bien la Iglesia casi como una continuación de la misma persona de Cristo, como una "prolongación de la encarnación" como se dice más de una vez. Siguiendo una frase de Agustín, los teólogos católicos (incluso el papa en el discurso del 29 de septiembre) hablan del "totus Christus", la totalidad de Cristo que sería formada por la Cabeza (Jesucristo) y el cuerpo (la Iglesia Católica Romana). Esta confusión, esta identificación que parece divinizar a la Iglesia le resulta al protestante uno de esos famosos "y" que comprometen la revelación divina, una exaltación de la criatura al lugar que sólo a Dios corresponde, en suma, una especie de "idolatría".

(2) Esta misma diferencia básica se puede ilustrar —y trataremos de hacerlo brevemente— con respecto al problema de la unidad. Como hemos dicho, unos y otros hemos sentido en los últimos decenios con mayor fuerza la gravedad de nuestras divisiones y el hecho que la doctrina bíblica considera la unidad de los cristianos como el propósito indiscutible de Cristo ("¿Está Cristo dividido?" 1 Cor. 1/13). Pero tan pronto como se trata de definir lo que significa la unidad, la diferencia se hace manifiesta. La unidad es primeramente para el protestante la unidad del Espíritu Santo, la unidad que crea la presencia y la operación del mismo Señor Jesucristo entre aquellos que lo confiesan y le siguen. Esa unidad se manifiesta primeramente en el nivel local: en la profesión de fe, en la participación en la Cena, en el servicio mutuo de los creyentes. La unidad de organización, de estructura. puede tener importancia —y en ciertos casos la tiene— pero está subordinada. Ese énfasis primeramente espiritual y local puede verse claramente en la definición de "la unidad que buscamos" que se formuló en la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias de Nueva Delhi (1961): "La unidad... se hace visible cuando, *en un mismo lugar,* todos los que han sido bautizados en Jesucristo y lo confiesan como Señor y Salvador, con conducidos por el Espíritu Santo a formar una comunidad plenamente consagrada, que confiesa la misma fe apostólica, predica el mismo evangelio, parte el mismo pan y se une en oración común y vive una vida comunitaria que se manifiesta en el testimonio y el servicio de todos y cuando, además, estos se hallan

en comunión con el conjunto de la comunidad cristiana en todos los lugares y en todos los tiempos..."

En esta declaración (y es bien recordarlo frente a afirmaciones irresponsables que frecuentemente se han hecho en América Latina) está totalmente ausente la idea de una Superiglesia, de una organización universal, de una estructura única y centralizada. La unidad es una realidad espiritual que se expresa primeramente en el plano local y en la solidaridad con los demás creyentes e iglesias del mundo. Para el Catolicismo Romano, en cambio, el centro de la unidad es la estructura: la sede de Pedro (a saber, el papado) y la estructura episcopal que se articula en el papa. La unidad se articula para el católico de arriba hacia abajo, a partir de la jerarquía y tiene un aspecto institucional fundamental. No se ignora, por supuesto, los otros elementos, pero indudablemente quedan subordinados al primero. Todos buscamos la unidad pero pronto se advierte que son dos unidades radicalmente distintas.

Fácil sería pasar revista a otros elementos comunes, incluso la cristología, la doctrina de las últimas cosas, y de inmediato surgirían las diferencias aún en los elementos de semejanza. Pero debemos ahora meternos un poco en las doctrinas específicamente controversiales.

Doctrinas divergentes. Cualquier libro de controversia o manual de Confesiones comparadas nos dará una lista de las doctrinas discutidas entre Protestantes y Católicos. Sin pretender entrar en una exposición detallada de las mismas, podríamos decir que se pueden clasificar en tres grupos: (1) peculiaridades doctrinales católicas romanas que el Protestantismo ha rechazado pero que no han sido definidas dogmáticamente por el Catolicismo o lo han sido en forma tal que con relativa facilidad pueden ser reinterpretadas en forma tal que no constituyan una escándalo. Yo incluiría en esa categoría la veneración de imágenes, la doctrina del limbo, la veneración de los santos, el purgatorio, el celibato del clero. Puede parecer curioso que mencione algunas de las cosas que más han figurado en nuestra polémica en Latinoamérica y que parezca que les resta importancia. Yo creo que esa polémica era en buena parte justificada y necesaria, porque el Catolicismo Latinoamericano había hecho —y aún lo hace en alguna medida— de esas doctrinas el corazón de la piedad y la religiosidad católica. En ellas se manifestaban los elementos que consideramos más intolerables y peligrosos del Catolicismo, y era necesario señalarlo. Pero creo que estas doctrinas nos ocuparán cada vez menos: (a) Porque en muchos casos no es tanto la doctrina como la práctica supersticiosa y exagerada lo chocante, si la veneración de imágenes se limi-

tara a tener un cuadro en casa que resulta, como a veces lo decimos, "inspirador", no habríamos hecho tanto problema por ello. b) En otros casos se trata de simples ordenanzas eclesiásticas católicas que pueden ser cambiadas, por ejemplo, el celibato del clero podría eliminarse sin cambiar ningún dogma. (c) En otros casos, las doctrinas no han sido definidas del todo y pueden ser reinterpretadas teológicamente en forma más aceptable —por ej., el purgatorio puede ser casi totalmente transformado en la afirmación que los creyentes salvos en Cristo continuarán en la vida venidera una constante vida de creciente perfección a la semejanza de Cristo, conformados cada vez a su imagen. Es evidente que aún aquí hay elementos dudosos— pero no han faltado ni faltan "padres del Protestantismo" que han sostenido una idea semejante. (d) Otras doctrinas realmente no han sido definidas y son lo que los católicos llaman "questiones disputatae" que un católico puede no aceptar sin arriesgar su salvación— por ej., el limbo.

(2) Están, en segundo lugar, doctrinas básicas en que divergimos, pero en las que hay algún elemento en común y en las que, por lo tanto, una investigación más cuidadosa puede reducir el área de divergencia. Voy a ilustrar esto con dos casos: (a) La Escritura y la tradición. El Catolicismo ha definido (en Trento y el Vaticano I) que la revelación de Dios en Cristo nos ha sido trasmitida por "las Escrituras y las tradiciones no escritas". El Protestantismo ha afirmado siempre que la "sola Escritura" es nuestra base de fe y conducta. La oposición es evidente. Pero conviene colocarla en sus justos términos. Muchos teólogos católicos sostienen hoy que la Escritura es la única norma original y que contiene *toda* la verdad del Evangelio, mientras que la tradición sirve para explicar, no para completar la Escritura (hemos visto esta posición más en detalle en la conferencia de ayer). Por otra parte, el protestante tiene conciencia que él también lee la Biblia a la luz de lo que ha aprendido, de lo que ha escuchado, de la tradición de su iglesia. Ninguno de nosotros puede leer la Escritura como si estuviéramos en el primer siglo, simplemente porque no lo estamos, y creemos que así como debemos escuchar a nuestros hermanos en Cristo en el día de hoy que nos ayudan a comprender la Escritura (de allí la predicación doctrinal, el estudio bíblico en común) también debemos escuchar a quienes nos han precedido, así se llamen Agustín, Lutero o Wesley. Yo no quiero sugerir que el problema ha desaparecido. Resta la pregunta básica: ¿Puede la Escritura corregir, redargüir, reformar la tradición de la Iglesia? El Protestante debe responder inequívocamente: *Sí;* el católico, con igual seguridad: *No.* Estas respuestas reflejan lo que hemos dicho anteriormente en cuanto a la relación de

Cristo y la Iglesia. Es importante mantener la distinción fundamental, pero hay que cuidarse de simplificaciones y oposiciones falsas como si el Catolicismo no reconociera la Escritura o el Protestantismo no supiese que existe una tradición.

b) Un segundo ejemplo es la doctrina de la justificación, que los Reformadores han llamado "el artículo por el cual la Iglesia está en pie o cae". El Protestantismo afirma la justificación "por la sola fe"; el Catolicismo sostiene la necesidad de "fe y obras". No se puede, sin embargo, desconocer que en la controversia multisecular unos y otros hemos deformado la posición del adversario para combatirla más fácilmente. Así el católico ha hablado a menudo como si el protestante creyera que no hay ninguna relación entre fe y obras, entre justificación y santificación, como si no le importara la vida cristiana y estuviera dispuesto a aceptar cualquier inmoralidad "con tal que se tenga fe" sin preguntarse qué es realmente la fe para el evangélico. Este, a su vez, ha presentado la posición del Catolicismo como una simple salvación por las obras, un desprecio de los méritos de Cristo. Estas tergiversaciones no hacen bien a nadie. El dogma católico afirma que aún las buenas obras tienen su origen en la gracia de Dios, y el protestante llama fe a la firme confianza en Jesucristo que nos libra de la culpa y nos libera no *de* las buenas obras, sino *para poder hacer* buenas obras. Nuevamente, quedan aquí contradicciones básicas; ¿Por qué insiste el católico a hablar de "méritos" (aunque sea "de congruo") de estas obras buenas? ¿No queda en el Catolicismo la justificación finalmente comprometida con un carácter provisorio, como si Dios no nos recibiera del todo hasta que hemos "probado" cierta dignidad para ser llamados hijos? También aquí es necesario reconocer la diferencia, pero colocarla en los términos correspondientes y cuidarse de injustas acusaciones.

(3) *Los focos de la disidencia.* Están, finalmente, aquellas doctrinas que constituyen los focos candentes de la divergencia, elementos tan diametralmente opuestos que resulta difícil concebir incluso la posibilidad de un diálogo fecundo al respecto, lo cual no nos exime de la obligación de intentarlo. Bastará mencionar brevemente dos de estos "focos". (He utilizado ex-profeso el término "foco", porque en realidad es en estas doctrinas donde se concentran y se muestran las divergencias básicas que en forma menos clara se hallan también en otras doctrinas).

(a) *El primado papal.* Es bueno saber exactamente qué es lo que está en disputa. No se trata del primado de Pedro entre los apóstoles. Hasta qué punto Pedro tuvo una función única y directiva entre los

apóstoles es un tema de investigación bíblica acerca del cual distintos autores protestantes llegan a conclusiones distintas. No se trata tampoco de la santidad o pecaminosidad de los papas, el católico puede denunciar vehementemente la inmoralidad de ciertos papas sin soñar en negar el dogma católico. No se trata, finalmente, de que todas las opiniones papales sean objeto de fe, un católico puede opinar distinto del papa en muchos asuntos sin poner en peligro su salvación. Se trata de dos cosas: (i) Si Cristo instituyó una *sucesión* del primado de Pedro, que debía perpetuarse en la Iglesia, como cabeza visible de la misma y si esa sucesión corresponde al obispo de Roma. Para el católico este es un dogma definido por la Iglesia (Concilio Vaticano I de 1870) que no puede ser negado sin caer en herejía. El protestante, por razones bíblicas, teológicas e históricas, se opone totalmente a esta afirmación. (ii) Que el papa, cuando define en ejercicio de su potestad problemas de fe y de disciplina es infalible de por si (y no en cuanto pudiera representar a la Iglesia o por aprobación de ésta) y sus decisiones son irreformables. Nuevamente esto es un dogma para el católico, y prácticamente una herejía para el protestante. Con el mayor repesto y amor fraternal, pero con la mayor firmeza no podemos menos que decir resueltamente que, según nuestra comprensión: no pertenece a la naturaleza del Evangelio, ni al testimonio bíblico el que la Iglesia tenga una cabeza visible que pueda resolver en forma infalible, de una vez para siempre, lo que el creyente debe de confesar. Nos hallamos aquí, evidentemente, ante una diferencia que es más que de dogma, es de convicción espiritual fundamental, de orientación básica. Lo que para unos es el más maravilloso don que Cristo hizo a la Iglesia (un magisterio permanente e infalible) es para los otros la mayor desviación del Evangelio, una verdadera negación de la soberanía de Cristo en su iglesia.

(b) *La mariología.* También aquí hay que respetar las proporciones. No se trata de discutir si María tiene un lugar en el Evangelio, si es digna de nuestro respeto y admiración. De eso no hay duda: ella es, según los evangelios, la Bienaventurada, la agraciada por Dios, aquélla a quien Dios miró con benevolencia y escogió como instrumento en la obra única de la Encarnación; la que respondió con fe y confianza al llamado divino, aquella a quien todas las generaciones llamarán "bienaventurada". Ningún evangélico que acepte el testimonio bíblico puede negar esto. María forma parte del pueblo de Jesucristo, de la Iglesia y ocupa un lugar que Dios le ha señalado y que es único en él. Pero sobre esto la Iglesia Católica Romana ha creado una serie de dogmas en los que María parece escapar al lugar que le corresponde como

parte del pueblo de Dios y asumir un lugar por encima de lo humano. Sin entrar a discutir el primer dogma ("María madre de Dios", formulado en Efeso en 431), cuya formulación es discutible y cuyos efectos —cualquiera fuera la intención— han sido desastrosos, hay otra serie de dogmas, particularmente los dos últimos: "la inmaculada concepción" y "la asunción de María" que, también por razones bíblicas, teológicas e históricas, nos vemos obligados a rechazar con toda energía. No es cuestión de entrar aquí al fondo del asunto, pero sí es evidente que estos dogmas nos resultan intolerables tanto por su contenido como por ser un ejemplo típico del dogma que escapa a todo control bíblico, y aún a la tradición más antigua. No es solamente que le falten textos bíblicos para apoyarlos: es más, nos parecen contrarios a todo el mensaje bíblico, nos parecen distraer la atención y la piedad de Jesucristo para centrarlos en una criatura humana.

Una última observación. Cuando discutimos este tema, debemos recorrer un camino estrecho, flanqueado por dos traicioneros precipicios. Por una parte nos asedia la tentación de multiplicar las diferencias, de aumentarlas y de exagerarlas, como si así justificáramos mejor las divisiones (esto nos ocurre aún entre iglesias evangélicas, cuánto más en relación con Roma). Tal procedimiento no es ni honesto ni prudente y no puede menos que llevarnos a una actitud de hostilidad, de rencor que debilita y entorpece nuestro propio testimonio. Por otra parte, está la tendencia a disimular, disminuir o sub-valorar las diferencias en aras de una pretendida tolerancia o ecumenismo. Tal actitud es tan deshonesta y peligrosa como la anterior. Hay cosas frente a las cuales sólo se puede decir (como le decía un sacerdote a un colega mío) "Si Ud. está en la verdad yo estoy en el error y si yo estoy en la verdad, Ud. está en el error." La verdad del Evangelio no es nuestra para que podamos rebajarla, disminuirla o regatear con ella. Es la verdad de Jesucristo y tenemos la obligación de respetarla tal como nuestra conciencia guiada por las Escrituras nos lo señala. Pero podemos y debemos hacerlo con respeto, con amor, con honestidad y con comprensión.

BOGA MAR ADENTRO

Federico J. Huegel

En el mensaje devocional de esta tarde no voy a detenerme en el aspecto simbólico de la escena que San Lucas relata en el cap. 5 de su evangelio donde tenemos al Señor Jesús ordenando a sus discípulos que habían trabajado toda la noche sin tomar ni un pececillo, que bogaran mar adentro para echar sus redes en las aguas profundas del mar. Creo que basta lo que se ha dicho de la lección que el Maestro deseaba enseñar a los suyos.

Pero hay una aplicación más que me parece debe hacerse del significado de aquellas redes llenas de peces que se rompían. Hemos dicho que debieramos bogar mar adentro en lo que atañe a la comunión de los santos lo que concierne la persona bendita de nuestro redentor y la plenitud que hay en él para el creyente. Así como lo que puede significar un ministerio amplio de intercesión; y ahora vamos a decir que hay la imperiosa necesidad de bogar mar adentro en lo que se refiere a la obra redentora de Cristo consumada en la cruze del calvario. La Iglesia evangélica en todos sus sectores y en todo el mundo ha quedado en la orilla del vasto océano de tesoros divinos que hay en esa obra maestra de Dios que un Teólogo ha llamado "La Hora Suprema" de toda la historia moral de la deidad. En el cielo hay millones de redimidos que hacen eterna memoria de ella, cantando y diciendo: Digno eres Oh Cordero de Dios porque tú fuiste inmolado y de todo linaje y lengua y pueblo y nación nos has redimido para Dios con tu sangre. Todos los caminos de verdad bíblica convergen en ella. La misma creación de cien millones de universos (como hoy día suelen hablar los astrónomos de lo que se llamaba la creación) queda completamente eclipsada por la Cruz de Cristo donde Dios consumó La Nueva Creación. El hombre nuevo libre de culpa y del orgullo que le había pervertido y que le había convertido en un títere del diablo.

Repito, la Iglesia ha estado por siglos en las orillas del mar. Parece que no va más allá de la expiación. Claro está, la remisión de los pecados por medio de la sangre de Cristo y la justificación en lo cual la Iglesia Protestante se funda, afirmando que es por la fe, es algo tan glorioso que por mucho que se enfatice no hay peligro de exagerar o

de que haya falta de ecuanimidad. El cristiano debe gloriarse en la Cruz de Cristo y no en otra cosa como decía Pablo. Pero hay que bogar mar adentro por decirlo así con el fin de echar nuestras redes allí. En las profundidades del Calvario, hay Tesoros no diré aún más grandes por que nada puede superar la gloria del perdón y la justificación, pero sí infinitamente preciosos y de gran estima. Tesoros sin-los cuales los creyentes no pueden llegar a la estatura del varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo.

No habrá tiempo para hacer más que señalar en forma ligera esas riquezas que esperan a aquellos que esten dispuestos a dejar la orilla para bogar mar adentro en lo que atañe a la obra redentora del Hijo de Dios consumada en el Calvario.

En primer lugar lo que encontramos en Romanos cap. 6. El Apóstol nos dice que el Redentor no sólo llevó en su cuerpo sobre el madero nuestros pecados sino que nos llevó a nosotros mismos para que con él muriésemos al pecado, y con él resucitásemos para andar en novedad de vida "El viejo hombre, afirma Pablo (y su voz es la voz de Dios al respecto) juntamente con Cristo fue crucificado, para que el cuerpo de pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos al pecado." El movimiento evangélico no se caracteriza por una vida de victoria y de plenitud en Cristo, sino más bien por asperezas, rivalidades, divisiones y carnalidades. Sois carnales decía Pablo a los corintios y andais como hombres, porque decís: Yo de Pablo y yo de Apolos. Esas rivalidades jamás desaparecerán mientras no prediquemos con el mismo fervor las verdades de Romanos cap 6., que las de Romanos cap. 5. "Con Cristo estoy juntamente Crucificado, decía el Apóstol, y vivo, no ya yo, mas Cristo vive en mí", y esto decía no para señalar una peculiaridad de su fe, de su experiencia personal, sino como portavoz de la experiencia cristiana en general.

En segundo lugar la fecundidad en la vida cristiana; Jesús espera que los suyos lleven mucho fruto; fruto en el cual el Padre es glorificado como se lee en Juan cap. 15. Nunca será posible tenerlo mientras no se realice en el creyente la unión mística con Cristo de donde esos frutos pueden emanar. Esa Unión con Cristo significa una participación de su Cruz. Así lo dijo el Redentor cuando aquellos griegos se acercaron a El con deseos de verlo. "Querríamos ver a Jesús", le dijeron a Felipe. Pero el Señor no se presentó. Produjo la demanda de los griegos una crisis en su ánimo. Exclamó diciendo, Padre, sálvame de esta hora, para luego corregirse, agregando: No, por esto he venido. ¿Qué le hizo pensar en la Cruz? ¡Ah porque era necesario! Antes de que esos griegos pudieran verlo en la plenitud de su carácter redentor

(y no sólo esos griegos, sino el mundo entero) era necesario llegar a la Cruz? Dejemos que él mismo conteste la pregunta.

"De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva." Y luego para que sus discípulos pudieran entender que ellos se encontraban en el mismo caso bajo la misma necesidad y que sobre ellos obraba la mismísima ley, les dice:

"El que ama su vida la perderá. y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve sígame: Y donde yo estuviere allí también estará mi servidor.

Pero hay un tercer aspecto del Calvario, donde se encuentra aquello para lo cual Juan nos dice, en su primera epístola: el Hijo de Dios apareció. La voy a leer como está en primera de Juan 3:8. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Y ¿cómo y dónde se consumó esto? En la Epístola a los Hebreos, leemos que por la muerte, el Redentor destruyó a aquel que tenía el imperio de la muerte. Por la Cruz hirió la cabeza de la serpiente antigua, el diablo. Allí es donde anuló en forma legal sus derechos, derechos que el pecado del hombre le había otorgado quitando su culpa y su condenación, como lo hizo, en la cruz.

La necesidad más imperiosa de estos tiempos tan peligrosos en que vivimos; tiempos de gran opresión Satánica (parece que el enemigo sabiendo que su tiempo es corto) como dice en Apocalipsis cap. 12. "Ha descendido a vosotros con grande ira" es un retorno al Calvario donde el creyente encuentra armas no carnales sino poderosas en Dios para la destrucción de las fortalezas del diablo. Sólo aquellos que están identificados con el Hijo de Dios crucificado y resucitado pueden resistir y vencer a aquel que engaña a todo el mundo. "Le Vencieron, dice Juan en Apocalipsis, cap. 12, por la Sangre de Cordero, por la palabra de su testimonio, y no amaron sus vidas hasta la muerte. Así sea Amén.

¿COMO PUEDEN SER LAS RELACIONES CATOLICO PROTESTANTES EN MEXICO?

Jorge Lara Braud

Yo preferiría poner el título de esta conferencia entre signos de interrogación, ¿Cómo pueden ser las relaciones Católico-Protestantes en México?" No pretenderé en esta tarde examinar la posibilidad de estas relaciones fuera de nuestro medio ambiente. Con dificultad podemos hablar del nuestro propio. Para mí que: donde quiera que exista la posibilidad, por mínima que esta sea, de establecer entre los hombres la concordia, de vindicar la verdad de Jesucristo y exhibir el amor de nuestro Salvador, el cristiano debe hacerse presente.

¿Cuáles serían los móviles? ¿Cuál es la justificación, que tiene el cristiano para hacer acto de presencia en estas relaciones? Creo que rápidamente podemos repasar algunos.

En primer lugar el segundo gran mandamiento de Jesús lo demanda: "Ama a tu Prójimo como a tí mismo". El cristiano se inspira por la promesa de la bienaventuranza: "Los pacificadores serán llamados Hijos de Dios"; se guía por ese amor del cual habla tan elocuentemente San Pablo "Que no se huelga de la injusticia, mas se huelga de la verdad". Ese amor que todo lo sufre, que todo lo cree, que todo lo espera y que todo lo soporta. El cristiano, al entrar en estas relaciones se ampara en la libertad por la cual Jesucristo lo ha hecho libre, y que le permite —otra vez en el lenguaje de San Pablo— examinarlo todo y retener lo bueno. Y si es buen protestante, puede también ampararse bajo la convicción de que ya vive bajo el perdón de los pecados de tal manera que aún su error humano bien intencionado puede ser usado por Dios para fines creadores.

Esta posibilidad de establecer concordia, de vindicar la verdad de Jesucristo, de exhibir el amor de nuestro Salvador, entre católicos y protestantes, surge realmente en nuestra Patria apenas en estos días.

¿Qué clase de relaciones son aquellas que podrían permitirnos metas tan altas? Francamente no lo sabemos. Pretender que lo sabemos sería vanidad. El espíritu conciliador que surge entre algunos sectores del catolicismo en México nos toma por sorpresa; porque el trato

que hasta hoy hemos recibido del catolicismo en nuestra patria como evangélicos, se ha caracterizado, al contrario, por el vituperio, la mofa, el desprecio, la calumnia y la persecución. Por más cristianos que quisiéramos ser ante la posibilidad de un acercamiento católico-protestante, hemos de confesar que nos sentimos confusos, escépticos y sencillamente impreparados.

Sin embargo, lo innegable es que ante nosotros se abre una posibilidad, repentina pero real, para establecer concordia, vindicar la verdad de Jesucristo y exhibir su amor. Lo que como cristianos evangélicos no podemos hacer es pasar por alto esta posibilidad. Y como evangélicos, seguros de nuestra fe, no tendremos miedo de hacerla vehículo de nuestro testimonio, de nuestra comunicación. Si como evangélicos creyéramos sinceramente que hay equivocaciones acerca del Evangelio en la Iglesia Católica Romana, sería egoismo de nuestra parte no compartir con ella el concepto de la verdad de Jesucristo, según nosotros la hemos concebido. Mas aún, como evangélicos que exaltamos el poder transformador de la Palabra de Dios, tenemos confianza en que, su redescubrimiento en medio de la vida congregacional y devocional de la Iglesia Católica Romana, efectuará una transformación incalculable que reducirá la inmensa distancia que hasta hoy nos ha separado.

Lo más palpitante en todo este asunto, es que el nuevo enfoque que hay en él, es el nombre de Jesucristo; diciendo que es él la cabeza del cristianismo, y a su derredor que somos invitados a conversar.

Si el interés de todo este acercamiento fuera puramente humano para acabar con nuestras rencillas mutuas, merecería naturalmente atención cristiana; pero en el plano de nuestra escala de prioridades tal vez lo relegaríamos a un lugar secundario. Sin embargo, el motivo es otro, más inmediato, más urgente, más prometedor; acercar ambos bandos a Jesucristo, encontrar en él tema de nuestros diálogos. Lo que podemos aprender por la eperiencia de católicos y protestantes que se han ocupado de estos asuntos, en países como Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, y los mismos Estados Unidos de Norteamérica, es precisamente esto, que Cristo, las Escrituras y la Oración han sido meta y punto de partida. Pero nosotros tenemos que ser realistas; en nuestra patria no podemos quizá, ni debamos, reproducir en duplicado lo que se ha hecho con estas relaciones católico-protestantes en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica. Aunque tenemos mucho que aprender de estas experiencias, la atmósfera en aquellos países es otra; ambos bandos han tenido allí suficiente tiempo para sobreponerse a sus trágicas hostilidades del pasado.

Por otro lado, numéricamente hablando, no son desiguales con exageración, y los años les han permitido vivir en saludable contraste, en observación mutua, en fructífera, franca y amistosa rivalidad. En Latinoamérica, tanto el Protestantismo como el Catolicismo designan entidades empíricas bastante diferentes en sus equivalentes a las de Europa y los Estados Unidos. Nuestro Protestantismo no es primordialmente producto de la Reforma del siglo XVI; este Protestantismo nuestro, es un movimiento que ya nos vino en su atuendo denominacional, que llegó del extranjero con tendencias sectarias, enmarcado en un individualismo drástico y un testimonio dividido, y nosotros en esta tarde somos confirmación de estas verdades. Los que aquí nos hallamos representamos no menos de 30 grupos evangélicos.

Por otra parte, el catolicismo nuestro es un sincretismo del paganismo politeísta del indio americano, y del catolicismo rígido reaccionario, secularizado de la contra-reforma de España y Portugal. Hemos dicho, hermanos, que como cristianos evangélicos no podemos abstenernos de participar en cualquier relación a la que se nos invite en el nombre de Jesucristo, y sobre el terreno de las Santas Escrituras. Por otra parte, confesamos que no sabemos todavía cómo abordar esta nueva posibilidad. Sin duda lo que más debe preocuparnos por el momento, es hacer entre nosotros mismos como evangélicos, una preparación tal que sea digna de la magnitud de la oportunidad; y creo que el primer paso para hacerla apropiada, a efecto de aprovechar al máximo esta gran oportunidad, es reconocer los impedimentos que inevitablemente encontramos al considerar cualquier forma de relación entre católico romanos y protestantes.

Señalamos de inmediato el primer impedimento: es *nuestra propia división como protestantes*. Estimados hermanos, ¿No les parece un tanto audaz hablar de relaciones católico-protestantes en México, cuando difícilmente nosotros nos conocemos? Es imperioso saber entre nosotros mismos quiénes somos. Si hemos de entablar pláticas formales con otros, necesitamos comenzar el diálogo entre nosotros.

Se hace imperativo un estudio nuevo, profundo y honrado, de nuestras propias fuentes históricas; me refiero naturalmente a la Reforma Protestante del Siglo XVI, la que nos hizo Protestantes.

Ese gran movimiento del espíritu de Dios, que se basó en el redescubrimiento de la Biblia y del contenido de su mensaje de Juicio y de Gracia, debe ser el foco de nuestra identidad. Reconocemos que tal identidad no elimina posturas confesionales diferentes, propias, pero sí permite la proclamación de las afirmaciones teológicas alrededor de las cuales podemos encontrar nuestra indisoluble unidad como cris-

tianos evangélicos. Nuestras divisiones actuales en parte resultan de haber leído a Lutero a través de luteranos, a Calvino a través de los calvinistas, a Wesley a través de metodistas. Hasta hace poco las obras originales de estos hombres eran casi desconocidas en español. Nos fue necesario estudiarlas por medio de intérpretes o en lenguas que con mucha dificultad aprendimos o que creíamos haber aprendido.

Lo importante es que la riqueza, la espontaneidad, la amplitud, el criterio de estos hombres nos han llegado diluídos y hasta un poco transtornados. Para poder entablar diálogos acerca de la Fe cristiana, de las Sagradas Escrituras, la justificación por la Fe, la Soberanía de Dios en el mundo y en la Iglesia, hemos menester a esos reformadores Protestantes, como indispensables mentores, sabiendo que la cosmovisión de Fe, y de Gracia que ellos nos legaron puede darnos la libertad de criticarlos a ellos mismos por sus excesos polémicos. Sin esos reformadores, sin la Reforma Protestante, no sabemos cuál es la médula del Protestantismo; sin ellos, no tenemos undad; sin ellos perpetuamos la fermentación del protestantismo, y sin ellos no puede haber tal cosa como diálogo católico-protestante.

El segundo impedimento digámoslo con absoluta franqueza: *Es el justificado recelo y resentimiento que llevamos en el corazón como evangélicos de México contra el catolicismo mexicano en general.* No podemos, ni debemos esconder el hecho de la persecución, memoria traumática en el alma del protestante. Nosotros los jóvenes de reciente ingreso al protestantismo, seríamos ingratos e infieles a los próceres del protestantismo mexicano si entablaramos relaciones católico-protestantes haciendo caso omiso de la sangre que ellos derramaron para que nosotros conociésemos la misma fe que les hizo gigantes del evangelio. Cualquier acercamiento que se inicie del catolicismo hacia nosotros, viene con el respeto del Pueblo Católico en reconocimiento de que ya no somos una minoría insignificante y lastimera de apariencia débil y fanática.

El aspecto actual nuestro, que merece el respeto tanto de católicos como de no católicos, es fruto de quienes dieron su vida por nosotros. Que nos perdonen los católicos si titubeamos ante su actitud conciliadora de hoy; creemos que es de buena fe. Pero llevamos memorias dolorosas, propias y heredadas, que venceremos con una dosis mayor del perdón que nos enseña el Evangelio, y con la ayuda de ellas, es decir, con alguna u otra admisión del error que su Iglesia cometió durante tantos años al permitir o fomentar la persecución.

Estas cosas que los protestantes señalamos como dolorosas, no son

fragmentos de la imaginación, ni resultado de una personalidad religiosa paranoica.

Estoy cierto que entre los aquí reunidos hay varios que literalmente llevan en sus espaldas las huellas de la persecución contra el protestantismo. Pero tal vez nos fuera más fácil, para sobreponernos a esa memoria trágica de la presecución, si en justicia reconocieramos que la Iglesia Católica-Romana no tiene el monopolio de la persecución.

Entre los peores padecimientos que el pueblo católico-romano experimentó en el país al Norte los últimos 300 años fueron los impuestos por protestantes. En las primeras colonias desde Massachussetts hasta Georgia, los católicos fueron proscritos, con la excepción del Estado de Maryland.

Desde el año de 1607, fecha de la primera colonia, hasta principios del siglo XX, el católico de los Estados Unidos mostraba una psicología de persecución, de represión, de ghetto, muy parecida a la de el protestante de alguno de nuestros países en Latinoamérica.

Permítanme documentar lo dicho en 1834: una chusma (porque no se le puede llamar de otra manera) protestante, quemó el convento de las hermanas Ursulinas. En 1844, 10 años después, hubo un terrible brote anti-católico en Filadelfia: tres días de caos completo. 13 personas resultaron muertas, y veintenas heridas cuando los protestantes quemaron dos Iglesias Católicas, un Seminario y cuadras enteras de lugares católicos. Un año después, en 1855, fueron asesinados cerca de 100 católicos en Louisville, Kentucky y muchas de sus casas reducidas a cenizas, en lo que vino a llamarse más tarde "El lunes sangriento de 1853".

Los católicos han sido el blanco favorito de Ku Klux Klan y de inumerables políticos protestantes. Un partido poderoso llamado los "Sábelo nada" hizo intolerable la vida de los católicos en los últimos 25 años del siglo XIX, pues tenía como una de sus miras principales eliminar al elemento católico de la vida nacional. Sería muy difícil para nosotros, decir, dándonos golpes de pecho: "gracias Señor, que no somos como ellos". Quienes hicieron la persecución de los católicos en los Estados Unidos, provenían de toda la gama de las denominaciones protestantes.

El fenómeno de la persecución religiosa no es peculiarmente católico; es fundamentalmente humano. El sucesor de Calvino en Ginebra decía que la libertad religiosa era tanto como admitir que cada hombre tiene el derecho a escoger la forma que más le conviene para irse al infierno, y eso no podía permitirse. No cabe duda que la persecución religiosa es sin duda reflejo de la inseguridad y del pecado humano,

tan posible según lo hemos visto históricamente, para protestantes, como para católicos, o cualquier otro grupo religioso mayoritario, que no quiera aprender la lección de la historia, ni mucho menos la lección del amor del perdón de Jesucristo.

Ayer el Dr. Partrick en su conferencia señalaba muy someramente que el conflicto racial en el Sur de los Estados Unidos es casi 100% un asunto evangélico intramuros; presbiterianos, episcopales, luteranos, bautistas, pentecostales, metodistas, discípulos de Cristo, etc.; en fin, toda la gama protestante blanca está contra toda la gama protestante negra.

En esto también sería muy difícil decirle a Dios "Gracias Señor porque no somos como nuestros hermanos"...

El tercer impedimento que encontraremos sin duda es *la meta que a la larga persigue la Iglesia Católica Romana*: el retorno de nosotros los "hermanos separados" al seno de la Iglesia Católica-Romana. Como protestantes, si estamos conscientes del valor de nuestras convicciones, tal pretensión (porque lo es) nos causa impaciencia e irritación.

Sin embargo, hay otra manera de entender esto. Era menester que desde el comienzo se mostrara el verdadero móvil y si algo benéfico había de resultar de estas relaciones católico-protestantes, sería porque desde el principio quedarían definidas las posturas respectivas. Así cualquier ataque de nuestros propios hermanos, sería injustificado cuando nosotros participemos en estas relaciones diciendo que nuestra ignorancia nos ha conducido a la claudicación; a las componendas y al apaciguamiento. Los católicos o protestantes que ya han participado en diálogos de estudio y acercamiento lo han hecho conscientes de que teológicamente el principio eclesiológico católico es diametralmente irreconciliable con el protestante. Pero la meta que han perseguido, y alcanzado hasta cierto punto, no ha sido una meta eclesiológica, sino una reconciliación de espíritu alrededor de Jesucristo, lo cual ha depurado el ambiente de odio, de prejuicio y de rivalidades innecesarias, lo que les ha permitido desarrollar sus respectivas tareas de una manera mucho más efectiva y positiva.

Hemos analizado ya tres impedimentos. El impedimento de nuestra división católico-protestante, el impedimento de no poder de la noche a la mañana sobreponernos a la memoria de la persecución; y el impedimento de la pretensión de la Iglesia Católico-Romana de que retornemos nosotros, sus hermanos separados, al seno de la Santa Madre Iglesia.

Podríamos ahora aprender algo de la manera en que nos hemos visto mutuamente, como católicos y protestantes en México hasta el

día de hoy. Y principalmente podemos aprender la lección histórica de lo que ya no debemos hacer, porque somos cristianos, porque estamos llamados, como mínima responsabilidad, a exhibir un carácter de perdón y de amor.

En primer lugar, una característica de las relaciones habidas entre católicos y protestantes, en el pasado, ha sido la más obvia; de hostilidad declarada. Porque naturalmente ha sido llevada a cabo con mayor éxito por el grupo mayoritario. En este renglón hemos sufrido más nosotros. La hostilidad ha llegado a tal extremo de negarnos mutuamente el título cristiano. Cuando entre evangélicos hablamos de cristianos, damos por hecho, sin duda, que estamos hablando de nosotros mismos. Cuando los católicos usaron el término cristiano en México hasta hoy, antes de seguir las corrientes de reformistas, han significado por ello al grupo católico-romano.

Segundo: otra de las características de nuestra relación católico-protestante en México ha sido de una polémica opresiva, pero en última instancia, esta clase de polémica, en tanto que como evangélicos no somos un número considerable, ha sido primordialmente actividad nuestra, para dar razón al pueblo mexicano de por qué no podemos pertenecer al grupo mayoritario.

Hermanos míos, todavía recordamos aquella actitud nacionalista que hasta hace 10 o 15 años escuchábamos con mucha frecuencia: "El que es católico es mexicano, y el que es mexicano es católico", todo el que no sea católico representa un movimiento exótico y en última instancia subversivo. Si esta no ha sido explícitamente una acusación, esa es precisamente la insinuación.

Una vez que el número de los protestantes fue mayor, se incrementó la actividad polémica del catolicismo hacia nosotros. Véase por ejemplo, que en casi todas sus Iglesias en nuestra patria a la entrada hay una colección de folletos anti-protestantes. Ayer nada menos para documentarme mejor y no exagerar, entré en 14 iglesias católicas en la tarde, y en todas ellas encontré estos folletos de la E.V.C. con toda clase de verdades a medias e informaciones tendenciosas. Para lograr buenas relaciones católico protestantes, por más buena fe que ya exista, la Iglesia Católica tendría que eliminar esos folletos, y evitar que el pueblo siga envenenándose con ellos.

Por nuestra parte, hemos de reconocer que, por múltiples razones, muy pocos de nosotros rara vez hemos tenido la oportunidad de leer buena teología católica-romana, y por tanto la inmensa mayoría de nuestras convicciones teológicas con respecto al catolicismo han sido

formuladas sobre base de documentos que los buenos teólogos católicos catalogarían como espurios.

Tercero: Otra característica ha sido la indiferencia intencional. Uno al otro nos hemos dicho que es tan patente la equivocación del otro bando, que no amerita mayor reflexión. ¿Qué puede esperarse, dicen los católicos del protestantismo, con la clase de precursores que tiene? Lutero, una personalidad patológica con problemas de incontinencia sexual; Calvino, con un Dios que odia a la mayor parte de la humanidad y por eso la lanza al infierno; Knox, un rufián y lépero que ni siquiera tiene respeto para una dama, la Reina María de Escocia; Enrique VIII, un sensualista descomunal.

Los protestantes, por otra parte, hemos dicho ¿Qué puede esperarse de la Iglesia Católica cuando no tiene, ni permite tener la Biblia, cuyos jerarcas se muestran voraces por el poder y el dominio espiritual y secular, y sus sacerdotes son en su mayoría inmortales? Creemos tener razón al descubrir que en Latinoamérica esa Iglesia fue hasta épocas recientes parte del triunvirato que tuvo subyugado a nuestros pueblos en convivencia con aristócratas y el ejército. Véase la reacción violenta de la revolución mexicana en la constitución de 1917: la constitución más anti-clerical del mundo moderno. Hemos llegado a la conclusión de que mutuamente somos tan malos, que no sería fértil que perdiera el tiempo, examinando el uno al otro.

Cuarto: Después vino otra característica un poco más positiva, esta es la característica de la fácil tolerancia. Aunque ésta surgió entre quienes consideran que los asuntos teológicos son vanidades por las cuales los teólogos justifican su existencia. Para ellos lo importante era una labor humanitaria entre los hombres, especialmente la de acabar con las diferencias católicas-protestantes. Lo improtante dice este grupo, es subrayar lo que tenemos en común: El Padre Nuestro. Los Credos de la Antigüedad y, por encima de todas las cosas, el Nombre de Jesucristo. Esto por supuesto es pasar por alto la realidad, porque aún las afirmaciones que hacemos en común distan mucho de arrojar las mismas interpretaciones y porque los problemas escabrosos que surgen de las diferencias doctrinales, tarde o temprano se constituirán precisamente en el obstáculo para una verdadera comprensión del problema que nos ocupa, aunque católicos y protestantes seguiremos viviendo codo a codo, como parte de una misma colectividad nacional. Esta falsa tolerancia sencillamente es una cobardía, porque pasa por alto los verdaderos impedimentos.

En quinto lugar tenemos la característica de la conversión intencional. Nada más que en este sentido la Iglesia Católica Romana no

se ha preocupado demasiado para convertirnos a nosotros; la actividad de conversión ha sido declarada de nuestra parte hacia ellos. La Iglesia Católica se ha mostrado impaciente por lo que ella cataloga como proselitismo. Si efectivamente fuéramos cristianos, ¿por qué infundir suspicacias y desconfianzas entre el pueblo de este gran Continente Latinoamericano? que según ellos en más del 90% ya es cristiano por ser católico-romano. En la actualidad la misma Iglesia Católica se avergüenza de esgrimir ese argumento.

Hay una minoría de teólogos católicos en Francia, en Alemania, en Estados Unidos, en Holanda, en Bélgica, que al conocer el catolicismo de nuestros pueblos en Latinoamérica sencillamente admiten que este no es un catolicismo normativo como el que ellos conocen en Europa, sino que es un catolicismo mitad paganismo y mitad cristianismo, y en última instancia es el paganismo que en muchas ocasiones se lleva las palmas. Por lo tanto, nosotros como protestantes, no podemos dar disculpas por nuestro afán de convertir a los nominalmente católicos romanos. Eso sí, debemos insistir en que nuestra actividad ha sido principalmente entre aquellos que abiertamente vivían en la aberración de su fe. ¡Qué saludable fuera para el protestantismo mexicano, si el catolicismo denodadamente quisiera convertir a los nuestros, por que así los protestantes indiferentes tendrían que tomar postura. Y hermanos míos el indiferentismo tampoco es monopolio católico romano. En los países donde predominan los protestantes ya se hace imperioso el trabajo misionero. Las Iglesias jóvenes protestantes harían una incomiable labor si mandaran misioneros a las iglesias Madres.

Para poder entablar un diálogo católico-protestante debemos señalar condiciones indispensables. Por mucha que sea nuestra amplitud de criterio y de corazón, hay sin embargo, tanto trabajo, y es tal la prioridad de otros intereses, que no deberíamos participar en diálogos estériles. Por lo menos hay seis condiciones indispensables, que no son originales mías; confieso que las he copiado de un calvinista de los Estados Unidos de Norteamérica quien entró a participar en estos asuntos católicos-protestantes con el más grande de los escepticismos sin haber vencido totalmente su escepticismo, sí ha encontrado muy saludable esta confrontación para su propia fe.

En primer lugar, para que exista la posibilidad de un diálogo fructífero entre católicos y protestantes, cada bando debe creer que el otro habla de buena fe; es decir, que esto no es un espionaje del uno contra el otro. Si el protestante va a platicar con estos señores católicos para enterarse de cómo viven allá en lo particular, de cómo anda la polí-

tica del Vaticano —si ese es nuestro interés— perderemos el tiempo. Si juzgamos a toda la Iglesia Católica, especialmente a este grupo reformista como hipócrita, creo que como evangélicos de conciencia, reconocemos que se comete un gran pecado, por que no podemos juzgar de manera tan generalizada e irresponsable, por que hay incontables gentes de la Iglesia Católica-Romana de buena fe. Tener que hacer esta aclaración es en sí mismo reflejo de nuestro prejuicio protestante.

Estimo valioso instar a los hermanos evangélicos a que leamos libros como los señalados en la excelente bibliografía presentada por el Dr. Partrick, para conocer a teólogos católicos de vanguardia como Tavard, Boyer, Rahner, Urs von Balthasar, Küng, que son la vanguardia de la teología reformista católico-romana y que en la mayoría de sus escritos reflejan su amor por Jesucristo y por todos los cristianos. Mas no por ello debemos pensar que la esperanza reside en que cada vez ellos se tornen más evangélicos; eso lo desearíamos porque es natural. No, lo interesante es que estos teólogos está hurgando en su misma tradición anterior a la reforma, tradición de la cual Lutero y Calvino vinieron a enriquecer su propia teología. Es absolutamente inconcebible para alguien que lea la historia, de la Iglesia y de la Teología, que un protestante que vive en el siglo XX haga ese salto mortal de hoy hacia el siglo XVI y luego un segundo salto mortal hacia el siglo I como que si no hubiera habido Iglesia en los intervalos. Lutero y Calvino estarían revolviéndose en sus tumbas si se pensara que de ellos aprendimos tal manera de ver la historia cristiana. Si somos protestantes de buena fe, reconoceremos que estas manifestaciones reformistas, bíblicas y "evangélicas" que hoy se redescubren en la Iglesia Católica, son parte integral de lo mejor de su tradición teológica.

En segundo lugar: cada bando debe tener una comprensión clara de su propia fe, de no ser así, la conclusión resultante sería peor que la actual, de aquí la necesidad urgente para nosotros los protestantes de redescubrir las fuentes primarias de nuestra identidad protestante. Se impone un estudio conscienzudo de la reforma.

En tercer lugar, cada bando debe luchar por una comprensión clara de la fe del otro. Esto significa por lo menos dos cosas, estar dispuesto a interpretar la fe del otro a la luz de su mejor presentación, no a la luz de los folletos de las iglesias. Nosotros como protestantes exigiríamos que no se tomara la teología de un charlatán, de un desviado, de un hereje, que por no ser católico, desgraciadamente nosotros tengamos que cargar con la reputación de que es protestante. Ese asunto de que cada bando debe luchar por una comprensión clara de la fe

del otro, también entraña estar dispuesto de buena fe a modificar nuestro concepto de la fe del otro. Este tipo de relación, católico-protestante, nos llevaría a hacer posible el sacrificio de algunas de nuesrtas más preciadas caricaturas. En cuarto lugar: cada bando debe asumir en humildad y penitencia, la responsabilidad de lo que su grupo haya hecho o siga haciendo para engendrar y perpetuar la incomprensión entre los que profesan el nombre de Cristo.

En quinto lugar: cada bando debe con toda franqueza señalar los problemas que nos han distanciado, como también los factores conducentes a un acercamiento. Sería pueril, falsa tolerancia, falso amor por parte de los protestantes en México, entablar contactos católicos-protestantes y sencillamente dejar a un lado el hecho de la persecución; como también sería una claudicación de la verdad que los católicos en falso amor quisieran ganarnos con esta clase de tolerancia que dice: "que bien está que el protestantismo tenga tal respeto por el individuo, que se permita que en México haya más de un centenar de sectas protestantes". Eso si sería tan fácil como hacer de un vicio una virtud.

Por último, cada bando, debe reconocer que todo lo que se haga en todos estos diálogos, debe ofrecerse a Dios en espíritu de confianza. En la actualidad para nosotros en México, todo esto está plagado de imposibilidades. Lo que debe infundirnos confianza como protestantes es la convicción de que cuando los hombres se ponen bajo la influencia de La Palabra de Dios, no hay límites en cuanto a lo que el espíritu Santo puede realizar. Todos los grandes movimientos de la reforma y de renovación en la historia de la Iglesia, han surgido del redescubrimiento de las Santas Escrituras. Sencillamente está fuera de nuestro poder o imaginación, predecir qué situación pueda crear esta renovación bíblica dentro de la Iglesia Católica y dentro de la Iglesia Evangélica.

En resumen hermanos se me ha pedido hablar sobre posibles relaciones católicoprotestantes. Yo diría: Hagamos más que aguardar con esperanza. Hagamos uso de la libertad con la cual Cristo nos ha hecho libres para acudir al llamado de conciliación doquier se pronuncie sinceramente el nombre de nuestro Salvador y se exalten las Santas Escrituras. Como absoluto mínimo debemos comenzar conversaciones católico-protestantes encaminadas a conocernos mejor y a destruir prejuicios y rencores del pasado. El Espíritu de Dios puede guiarnos por sendas de justicia que jamás antes habíamos sospechado. Agradezcámosle a Dios que estas oportunidades nos obligan a definirnos más claramente en cuanto a nuestra fe y nuestro testimonio respectivo. Para

nosotros los evangélicos esto bien puede significar el recobro de un sentido más genuino de unidad, al darnos cuenta que hemos permitido que cosas marginales nos dividan. Por otra parte, debemos reconocer con acción de gracias que Dios está dando un nuevo y potente soplo de vida a la Iglesia Católico-romana, permitiéndole recobrar los elementos más bíblicos de su tradición teológica. Los resultados ya se dejan sentir, en México. En un tiempo relativamente corto casi cien años de lucha polémica entre católicos y protestantes se tornan hoy en una oportunidad de acercamiento y comprensión. Sería menospreciar esta dádiva de Dios si optáramos por conservar los rígidos patrones del pasado. El que es para ambos Príncipe de Paz, es también para ambos El que hace todas las cosas nuevas. Si ha de haber relaciones católico-protestantes, El debe ser nuestro centro, meta y contexto.

IMPLICACIONES DEL SEGUNDO CONCILIO VATICANO PARA LA VIDA RELIGIOSA DE NUESTROS TIEMPOS, PARTICULARMENTE EN AMERICA LATINA

José Míguez Bonino

(En esta sesión la mayor parte del tiempo fue ocupada por una serie de preguntas formuladas por escrito por el auditorio, que presentamos en página aparte. La conferencia propiamente dicha se limitó, por consiguiente, a una breve serie de reflexiones en torno al tema anunciado.)

Una constante batalla. Dicen que le contaban al papa Juan XXIII el mensaje que un obispo ortodoxo le había dejado respecto del Concilio: "El Concilio será una cosa muy buena, pero Satanás le va a hacer gran guerra." Y el papa habría contestado: "¿Y qué quiere Ud., que cuando ocurre una cosa tan grande en la iglesia el diablo se vaya de vacaciones?". Me parece una interpretación significativa, profunda, y evangélica, no sólo de este episodio particular sino de toda la historia de la Iglesia de Cristo. La historia de la Iglesia es un drama, un constante combate entre el Espíritu Santo y el poder de Satanás. Nada hay en la Iglesia —predicación, enseñanza, culto— que Satanás no intente utilizar para desviar a los hombres de Jesucristo. En cada cosa que ocurre en la iglesia se renueva esta batalla. Corresponde a los cristianos reconocer este hecho y perseverar en oración: "No nos dejes caer en tentación; líbranos del Malo" (así probablemente corresponde traducir el Padrenuestro).

He insistido en este aspecto porque creo que corresponde tenerlo muy especialmente en cuenta al considerar las consecuencias del Segundo Concilio Vaticano y la condición por él creada. No hay duda que el Espíritu Santo está obrando poderosamente para abrirse paso en las iglesias evangélicas y en la Católica Romana, por traerlas a una purificación, a una nueva obediencia. Pero también Satanás está obrando activamente, tratando de crear nuevos escándalos, nuevas desviaciones, precisamente utilizando las mismas circunstancias. A la luz de esta interpretación básica podemos señalar algunos de los peligros y oportunidades que la nueva situación trae aparejados. Las predicciones son siempre peligrosas puede ser que estas cosas no se materialicen

en el futuro. En realidad, no tenemos que preocuparnos demasiado por el futuro: está en manos de Dios, y El sabe cómo ha de conducirlo. Nuestra preocupación debe ser la de ser fieles hoy. Pero esa fidelidad puede ser más inteligente si percibimos algunos de los peligros y las oportunidades que se nos presentan. Comenzaremos por los primeros, para concluir en la nota más positiva (En la conferencia original el orden fue inverso, pero me ha parecido necesario invertirlo.)

El peligro de la complacencia. Por más de un siglo en América Latina los evangélicos hemos vivido en forma precaria y a veces peligrosa. Ser evangélico significaba serias desventajas sociales, económicas a veces, conflictos familiares, incluso peligro personal en algunos lugares y momentos. Hoy las cosas tienden a cambiar, y posiblemente cambiarán más en el futuro. Seremos reconocidos, aceptados, incluso distinguidos. Ya comienza a ocurrir: se pide la presencia del pastor en actos cívicos, la prensa se interesa por su opinión; los evangélicos son llamados a intervenir en diversas comisiones y organismos públicos. Los folletos insultantes irán desapareciendo: ya no seremos más los "herejes" "traidores" sino se nos reconocerá como cristianos y a nuestras comunidades como iglesias. Fácilmente podemos sentirnos complacidos: "Hemos llegado, tenemos nuestro lugar en la sociedad, no tenemos que combatir más. Ahora podemos dedicarnos a vivir tranquilamente."

Si nuestro combate era un combate contra el Catolicismo Romano, si lo que nos sostenía y nos animaba era la controversia y la oposición, entonces el asunto se ha acabado. No tenemos más nada que hacer (Y es inútil que algunos hermanos sigan poniendo cara fea y lanzando gritos de combate que no impresionan a nadie, porque *ese* combate no existe.) Pero si nuestra batalla era "la buena batalla de la fe", si lo que nos movía y nos mueve es el amor de Jesucristo y la compasión por los millones de hombres que, en nuestro continente, no conocen el gozo, el perdón, la paz y el servicio del Evangelio, entonces nuestro combate no ha terminado y no terminará hasta que el Señor venga a recoger su Iglesia y establecer definitivamente su Reino. Creo que debemos decir más: Dios mismo nos está liberando de la tentación de confundir evangelización y anti-catolicismo. Si caemos en la compracencia, será una prueba de que nuestro celo era carnal y humano.

¿Un renacimiento del Catolicismo Romano? No hay duda que el Catolicismo está alcanzando una nueva popularidad, que despierta un nuevo interés, que se revitaliza. Señalaré más adelante el valor positivo de esto. Pero no podemos ignorar que también hay aquí un peligro, que el diablo no ha de descuidar. Si, como consecuencia de este nuevo interés, la Iglesia Católica alcanza un mayor prestigio, la posibilidad de

mayor reconocimiento y poder político: ¿podrá resistir la tentación de emplear el poder para su propia ventaja y para dificultar la obra de los demás? Yo no estoy seguro que podría resistirla, como no estoy seguro que la resistiríamos nosotros los evangélicos. ¿Qué es lo que haríamos nosotros si mañana tuviéramos todo el poder político y económico del país en nuestras manos? ¿Podemos, con toda confianza, delante de Dios, asegurar que resistiríamos esas tentaciones? Quisiera creer que sí, pero no estoy seguro. La situación es aún más dudosa con respecto al Catolicismo Romano que tiene, en ese sentido, particularmente en nuestros países, una trayectoria trágica. En cierto modo se libra aquí una carrera entre el Espíritu de Dios que trata de transformar el corazón y las mentes de los hombres y la tentación del poder y la gloria que Satanás presentó al Señor hace mucho en el desierto y que las iglesias —¡ay!— más de una vez han acogido.

En este punto, junto con una actitud fraternal, abierta debemos mantener también una actitud prudente, vigilante. Hay dentro del Catolicismo fuerzas que trabajan en pro de un amplio reconocimiento de la libertad religiosa (un proyecto sobre este tema está a consideración del Concilio,) de una separación (no necesariamente un divorcio) entre la Iglesia y el estado, de un abandono del poder económico y político. Debemos estimular y apoyar esas fuerzas. Y debemos vigilar para que otras fuerzas católicas —que siguen soñando con la implantación de una teocracia donde la Iglesia controla toda la vida— no aprovechen el nuevo prestigio del Catolicismo para crear nuevas situaciones de intolerancia, prepotencia e injusticia. ¡Pero cuidado con nuestras motivaciones! ¡Satanás no se olvida de nosotros! ¡No sea que estemos más preocupados por nuestra propia seguridad que por el verdadero bienestar del pueblo! ¡No sea que nos opongamos al poder secular porque lo tienen ellos y no nosotros!

"¡Todas las religiones son iguales!" Un eventual compañero de viaje me decía, mientras volvía de Roma el año pasado: "Ah, que bien, por fin se van a unir todas las religiones. Yo siempre dije eso. Porque, en el fondo, todas las religiones son iguales, todas enseñan lo mismo!" ¡Difícilmente podrían reunirse más errores, inexactitudes y superficialidades en una sola frase! Pero tenemos que reconocer que estas ideas están ampliamente difundidas en nuestros pueblos, y que el nuevo clima de comprensión y fraternidad puede, en manos de Satanás, estimular este espíritu de indiferentismo y superficialidad.

La opinión pública fácilmente se hace la idea que Catolicismo y Protestantismo están a un paso de una unidad. Ciertas declaraciones optimistas y un tanto irresponsables de algunos católicos y protestantes

(afortunadamente muy pocos, y poco representativos) han alimentado ese error. Esa actitud no puede sino resultar perjudicial. Por una parte, producirá una reacción de desilusión y cinismo al ver que esas esperanzas no se concretan. Por otra parte, estimulan una superficialidad que se desinteresa por los problemas más serios para considerar que la unidad es cuestión de "negociaciones" y "concesiones" y no, como en realidad es, una cuestión de fidelidad a la verdad. Finalmente, puede hacer una indebida presión sobre todas las iglesias, acusando de "fanatismo" o "intransigencia" la renuencia a comprometer asuntos en los que la verdad está en juego. Tanto los dirigentes responsables de las Iglesias Evangélicas como de la Iglesia Católica Romana —particularmente el mismo papa Pablo VI— han sido sumamente realistas, reconociendo que la separación es grave y, a vistas humanas, irreductible. La conciencia de esta gravedad da al diálogo interconfesional su contexto real.

Por otra parte, también es importante que nuestro pueblo tenga conciencia de estos hechos. No es amor, no es verdadero ecumenismo, no es respeto por los demás el procurar disminuir o presentar de tal manera nuestra doctrina que pueda alcanzarse un "acuerdo verbal" mientras que los problemas de fondo quedan intactos. No es el indiferentismo por la verdad ni el sentimentalismo lo que nos ha de acercar. "Nosotros debemos a nuestra doctrina, que creemos divinamente revelada" —decía hace poco Pablo VI— "la más absoluta fidelidad." Esta afirmación representa una sana posición. Pero esto no significa necesariamente estancamiento. Para los evangélicos, en particular, la fidelidad a la doctrina no significa inmovilidad, sino una constante consulta de las Sagradas Escrituras, una constante revisión y corrección. Lo que los evangélicos buscamos no es que los católicos acepten "nuestra" doctrina, ni "negociar" un acuerdo con la suya, sino colocarnos cada vez más fielmente bajo la verdad del Señor, que mediante su Espíritu Santo nos guía —según su promesa— "a toda verdad." Tenemos que pedir a Dios que no permita que Satanás transforme nuestro amor fraternal en sentimentalismo que todo lo admite y acepta, o que transforme nuestra fidelidad a la verdad en fanatismo y hostilidad.

Un nuevo interés por el Evangelio. Pero si no faltan los peligros, mayores son las oportunidades de la nueva situación. La mayor, la más importante, es que se va despertando en nuestro pueblo un nuevo interés por lo que ellos llaman "la religión." No hay ninguna duda que las noticias de que algo nuevo, en algún sentido revolucionario está ocurriendo en el Catolicismo ha despertado una cierta curiosidad en masas de población mayormente indiferentes o cínicas. Quienquiera que

converse con la gente, lea los periódicos, vaya al mercado o tenga hijos en la escuela pública no puede dejar de notar eso. Uno se ve constantemente casi "forzado", obligado a hablar del Evangelio: "¿Qué le parece el Concilio?", "¿Se van a unir las iglesias?" "¿Vio lo que dijeron en el Concilio?"

Esta es una nueva oportunidad. Se trata nada más que de una curiosidad superficial en muchos casos. Pero la caparazón de indiferentismo se resquebraja un poco, y eso es ya mucho. Corresponde utilizar esta oportunidad. ¡Pero estemos atentos! Utilizar la oportunidad no significa campaña proselitista, no significa aprovechar "las municiones que los católicos nos dan" para combatirlos mejor. Significa oportunidad para hablar de Cristo, para hacer resonar el llamado a la fe viva en El, significa "redimir el tiempo" ¡y no se lo redime en controversias escolásticas o en acusaciones mutuas! Si ahora los diarios están dispuestos a publicar nuestros artículos, si la radio y la televisión nos abren nuevas oportunidades, ¡ojalá que cada palabra que escribamos y pronunciemos lleve la señal inconfundible del testimonio sincero, honesto, limpio de la fe en Jesucristo, nuestro Señor y Salvador!

Revitalización de la Iglesia Católica Romana. Corresponde añadir más. En nuestro continente, con sus 200 millones de habitantes, que al final del siglo serán 600 —de los cuales un 75% al menos viven en una práctica indiferencia religiosa— es evidente que decenas de millones jamás conocerán otro evangelio que el que el Catolicismo les anuncie. Se trata de una simple cuestión de números, de comprobación histórica. En el Catolicismo tradicional, estas masas estaban limitadas a escuchar los reclamos de una piedad centrada en María y los santos, ayuda de material bíblico, un culto en idioma desconocido. ¿Cómo asombrarse de la ignorancia religiosa de nuestro pueblo. De ahora en adelante, en cambio, gracias a la renovación que se está operando en el seno del Catolicismo, gracias en buena parte al Concilio, estas masas recibirán la Biblia, escucharán su lectura en los templos, serán invitados a cantar himnos de alabanza, escucharán que Cristo es el Señor y Salvador y serán invitados a poner su fe en él. No será la plenitud del Evangelio como nosotros lo entendemos —¿pero qué evangélico sincero puede no alegrarse de que la Biblia sea distribuída por millares a nuestro pueblo, aunque sea con notas católicas? ¿Dónde está, si no, nuestra mentada confianza en el poder de la Palabra de Dios?

Una palabra más, que espero que los hermanos católicos que puedan leer estas líneas no malentiendan. El movimiento de renovación actualmente en crecimiento dentro del Catolicismo Romano va planteando a la propia Iglesia, desde dentro, algunas de las preguntas que

el Protestantismo le ha planteado desde la Reforma, aunque muchas veces en forma puramente polémica. Esas preguntas se resumen básicamente en una: ¿Cómo puede justificarse, desde el punto de vista bíblico, el desarrollo dogmático que ha seguido el Catolicismo, muy particularmente en los últimos siglos? ¿Cómo pueden corresponder al mensaje bíblico los dogmas sobre el papa, sobre la Virgen María, etc.? Si la Reforma del siglo XVI señaló exactamente problemas doctrinarios de fondo —como firmemente lo creo— entonces es lógico que la profundización bíblica actualmente en curso en el Catolicismo plantee cada vez con mayor urgencia y agudeza estos mismos problemas. No faltarán quienes digan que el Catolicismo no puede reformar su estructura. No hay que olvidar que la reforma de la Iglesia no es obra de hombres sino de Dios, y nosotros no somos quienes podamos permitirnos decir qué es lo que Dios puede o no puede hacer. Nos corresponde simplemente orar para que el Espíritu Santo reforme a la Iglesia de Roma —y a las nuestras— según la voluntad de Jesucristo.

Nuevos contactos y diálogo. No necesito decir cuántas oportunidades para una nueva relación con el Catolicismo se abren en el día actual. Todos lo hemos experimentado, algunos con un poco de temor. Que esas posibilidades encierran sus peligros, ya lo hemos dicho. Pero encierran muchas más promesas que peligros. La primera es que eliminará uno de los escándalos ante el mundo no-creyente. ¿Creemos que realmente "hace bien a las almas" el vernos disputar, recriminarnos y difamarnos mutuamente? ¿No hemos dado muchas veces la impresión, unos y otros, que preferíamos que un hombre fuese ateo o pagano más bien que de la otra confesión? Descartando el problema doctrinal, ¿creemos que edifica a los hombres el que quienes invocan el nombre de Jesucristo aparezcan llenos de odio unos hacia otros, buscando perjudicarse casi por cualquier medio? ¡Cuántas veces Cristo "es blasfemado" por los hombres a causa de nuestras actitudes indignas. No podremos evitar el seguir diciendo —y no creo que eso necesariamente escandalice— "No estamos de acuerdo en materia de doctrina; él cree una cosa y yo otra; creo que él está equivocado." Pero podemos y debemos mostrar el amor de Jesucristo.

El diálogo nos ayudará a ser justos en comprender y juzgar la acción y el pensamiento de los demás. ¿Es que realmente sabemos cuál es la doctrina católica? ¿Es que ellos conocen de veras la nuestra? Por siglos hemos mantenido una conversación de sordos. Cada uno se dibujaba una caricatura del otro y luego se convencía asimismo que era en verdad así. Peor aún: nos hemos conformado con una polémica de papeles. Cada uno escribía sobre el otro en la seguridad del escritorio.

donde el otro no podía entrar a corregirlo, a llamarle la atención, donde no arriesgaba la conversación humana. Gracias a Dios, El nos arranca hoy de estas actitudes esteriles. De ahora en adelante cada vez más nos encontraremos, conversaremos juntos, no para "el auditorio" sino en forma calmada. Podremos abrir las Escrituras y estudiarlas juntos. ¡Cuántos prejuicios caerán! ¡Cuántas falsas opiniones! Pero aún cuando las diferencias persisten, hay un abismo entre la actitud complaciente del que dictamina: "El católico es un hipócrita taimado y por eso sostiene esas doctrinas, sabiendo que están equivocadas" y la actitud humilde y sincera del que se pregunta: "¿Cóino es posible que mi hermano, que tan firmemente cree en Cristo y que es mucho mejor cristiano que yo, crea estas cosas que me parecen tan claramente contrarias al Evangelio?"

Un llamado a los evangélicos. Me atreveré a añadir algo más —y ahora espero que los evangélicos no me malentiendan. También nosotros necesitamos una renovación. También nosotros tenemos que renovar nuestras estructuras y organizaciones. También nosotros debemos leer y estudiar mejor las Escrituras. También nosotros debemos preocuparnos porque nuestro culto sea más profundo, más vivo y más real para todos los que participan. También nosotros debemos revisar los métodos que utilizamos y las actitudes que tomamos. ¿No estará llamándonos Dios mediante los movimientos que tienen lugar en el Catolicismo a una renovación —que será sin duda distinta— igualmente profunda y total?

¿Creemos que no tenemos nada que aprender nosotros? ¿O somos demasiado orgullosos para reconocerle a Dios el derecho de enseñarnos también por medio de quienes no pertenecen a nuestra comunidad? ¿No despertó Dios acaso profetas del Reino cismático de Israel para llamar a juicio a Judá? ¿Son sólo los católicos quienes tienen que hacer un examen de conciencia? ¿No hay alguien por encima de ellos y de nosotros a quien todos debemos ir despojándonos de todo lo que nos estorbe, aún cuando sea alguna tradición muy querida? ¿No hay en el Catolicismo tesoros de piedad, de fidelidad, de consagración que nos pertenecen a todos porque son obra de Jesucristo? Un ex-sacerdote católico, que dejó su iglesia para entrar en la evangélica, escribía a un sacerdote que estaba pensando en tomar el mismo paso: "Sólo razones estrictamente personales de conciencia justifican ese paso. No olvide que esa iglesia produjo a Agustín, Francisco y Teresa de Jesús." En el diálogo que, gracias a Dios, se hace posible, los evangélicos tenemos también cosas que aprender, que recibir, que meditar. Pero, sobre todas las cosas, podemos ver un llamado de Jesucristo mismo a nuestra

propia renovación, en fidelidad a las Escrituras y dejándonos guiar por el Espíritu Santo.

Muchos me han manifestado en estas semanas en que he conversado de estas cosas con hermanos de varios países, su temor por esta o aquella consecuencia peligrosa de la nueva situación, del diálogo interconfesional, etc. Sin duda debemos tomar nuestras medidas para evitar esos peligros: una intensa y cuidadosa preparación de nuestros fieles, tanto en el contenido de nuestra propia fe, como en el conocimiento de la doctrina de las otras confesiones. Además, debemos velar para que las facilidades de la nueva situación no nos lleven a la complacencia o al adormecimiento. Debemos cultivar con más fidelidad que nunca aquellas cosas que fundamentan nuestra vida como evangélicos: el amor y el estudio de las Sagradas Escrituras, la predicación del Evangelio, la comunión fraternal y el servicio mutuo entre los creyentes, el testimonio gozoso de nuestra fe en Jesucristo, la honestidad y la limpieza en nuestra vida personal y en el servicio de amor a nuestra comunidad. Debemos ampliar nuestra visión y abarcar campos de trabajo que hemos descuidado. Pero no debemos tener temor. "Porque no nos ha dado Dios el Espíritu de temor, sino de poder, y de amor y de disciplina propia" (II Tim. 1-7.) Este es el Espíritu que nos guía. Estamos en las manos de Jesucristo. Y Jesucristo es el Señor.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

José Míguez Bonino

(Resumimos aquí algunas de las preguntas presentadas en ocasión de la última de las exposiciones y las respuestas a las mismas.)

El número y la índole de las preguntas hace imposible una respuesta acabada. Varias se refieren a temas que hemos tratado, y no quisiera fatigar a quienes nos han acompañado en noches anteriores volviendo en detalle sobre el tema. Tampoco es fácil clasificar las preguntas. Con todo, me referiré a un grupo de preguntas al comienzo y luego tocaré más detenidamente dos o tres más básicas.

—Hay una serie de preguntas sobre temas de controversia, a las que yo tendría que responder, con toda franqueza: "Sí, hermano, creo que Ud. tiene, objetivamente, razón, pero al mismo tiempo, no creo que nos resulta muy valioso detenernos en esas cosas. Son mayormente bien espiritualmente detenernos, porque corremos el peligro de pensar cuestiones de términos, de palabras, en las que creo que no nos hace que "somos justificados" porque hemos probado que tenemos razón en estas cosas pequeñas.

Por ej.: "Es bíblico decirle a María 'Nuestra Señora'?" Por supuesto que nó. Tal expresión no aparece en la Biblia. Tal vez se podría añadir que la expresión es equívoca porque podría entenderse como correspondiente a "Nuestro Señor" que aplicamos a Jesucristo. ¿Pero es ese realmente el corazón del problema de la mariología?

—"¿Porqué seguir llamando a la Iglesia Católica *Romana?* Desde 1929 no es más "romana" sino que está reducida al Vaticano. Deberíamos llamarla "Iglesia Vaticana."

—¿Porqué llamamos 'Papa' al soberano pontífice romano y 'padres' a lo sacerdotes? ¿No deberíamos llamarlos simplemente por su nombre y apellido?

—¿Es legítimo llamar 'hermanos' a los católicos romanos?

Estas son cuestiones de lenguaje. Estrictamente habría que dar la razón, al menos a las dos primeras. ¿Pero porqué ser tan legalistas en el uso de palabras justamente en este punto cuando no lo somos en general. Seguimos llamando a las calles, los pueblos, con sus nombres tradicionales, aunque los hayan cambiado. ¿Qué valor "evangélico" podría tener decir "Iglesia Vaticana" en lugar de "Romana"? Jesús

dice efectivamente que no llamemos a nadie "Padre"? ¿Pero lo tomamos acaso literalmente? ¿No utilizamos la frase mil veces con respecto a nuetros padres carnales, a los héroes de la patria, etc.? En la misma frase Jesús dice que no llamemos a nadie "maestro"? ¿Porqué no tomamos literalmente esa indicación también? Es que ni una ni otra son literales, son una exhortación a no olvidar la distancia que hay entre todas las autoridades y guías humanos y el Señor. Este es un principio importante en nuestra discusión con el Catolicismo, ¿pero es en una cuestión de términos dónde mejor podemos señalarlo?

La pregunta acerca del término "hermano" selaña algo más grave. En sentido estricto significa reconocer a alguien una fe personal en Jesucristo mediante la cual, por la gracia, ha sido adoptado como hijo de Dios, y por consiguiente hermano en esa adopción gratuita. ¿Tenemos entonces que exigir una confesión de fe en Jesucristo a cada persona antes de llamarla hermano? ¿Y cómo nos aseguramos que es una confesión genuina? ¿Y quién nos puso por jueces de los otros? En esto, como en todo en la vida cristiana marchamos por fe. Ustedes me dicen a mí "hermano" y yo les digo a Uds. "hermanos." Sólo si algo viniera a señalar un rechazo abierto en palabra o vida de Jesucristo, tendría que preguntarme si no debo retraer el nombre de "hermano." ¿No corresponde hacer lo mismo con el católico romano? No podemos sino guiarnos por la confesión que un hombre hace de su fe en Cristo, no podemos sino tomar en serio que esa persona ha sido adoptada por Dios en el bautismo y la fe —por gracia y no por dignidad— como lo he sido yo.

—"¿Porqué los católicos nos llaman 'hermanos separados' si son ellos y no nosotros quienes se han separado de la Iglesia primitiva?"

Basten dos observaciones: (1) La palabra misma no tiene porqué ser entendida en el sentido que el hermano le da. Estamos separados: ese es un hecho. Quién se separó de quién y cuándo es otro asunto que la frase, en sí, no prejuzga. (2) Pero aún interpretándolo en ese sentido, hay que ver las cosas en contexto. La expresión "hermanos separados" se usa en estos últimos años por los católicos romanos para reemplazar los términos "hereje" o "cismático" de uso tradicional. ¿No señala —aún con su deficiencia— un esfuerzo por hallar una expresión positiva, sin negar la propia doctrina? Habría que añadir que muchos católicos también hallan insuficiente la expresión y buscan otra. Se ha hablado así de "todos los que creen en Jesucristo." Pero evidentemente esto no es suficientemente específico. ¿Alguien tiene una mejor sugestión?

—Un par de preguntas se refieren a conducta inmoral por parte de los papas, citando algunos por nombres. ¿Es cierto?

Sí, y a los citados se podrían añadir unos cuantos más. En la misma época de la Reforma toda una serie de obras satíricas —escritas por católicos, no por protestantes— describían cáusticamente la inmoralidad del clero y pedían una reforma "en la cabeza y en los miembros." Los católicos lo saben perfectamente bien y cualquier libro católico romano serio de Historia de la Iglesia —especialmente de los modernos— lo denuncia con tanta severidad como nosotros. Véase la "Historia de la Iglesia" del católico alemán Lortz, para dar un solo ejemplo. Pero ¿nos hace bien a los evangélicos estar siempre pensando en esto? Como el hermano Lara Braud nos recordó hoy, no todas las manchas están del otro lado del muro. Pero aunque así no fuera: ¿no corremos el peligro de caer en la actitud que el Señor Jesús describió una vez tan agudamente? la del hombre que oraba "consigo mismo": "Señor, te doy gracias porque no soy como el publicano. . ." ¿Recordamos cuál de los dos "descendió del templo justificado"? Deberíamos llorar porque hubo hombres —católicos y protestantes— que invocaban el nombre de Jesucristo y negaban en su vida el poder santificador del Señor, y deberíamos pedir que Dios nos libre a nosotros de hacer lo mismo. Estas cosas ocurrieron: cuando escribimos la historia no se puede menos que recordarlas, con vergüenza. Pero no nos hace bien a nosotros, ni a la causa del Evangelio, el volver sobre estas cosas.

—Varios hermanos han planteado una pregunta que he escuchado repetidas veces en los últimos meses: ¿No se refieren los pasajes del Apocalípsis 17 y 18, donde se habla de la bestia apocalíptica, a la Iglesia Católica Romana? ¿Y por consiguiente no está ya la suerte de esa institución —i. e., su destrucción— proféticamente sellada?

Uno de los hermanos dice que esa es la opinión de casi todos los evangélicos. A esto habría que decir que a veces —no consistentemente— algunos de los reformadores del siglo XVI y de los controversistas de los siglos XVI y XVII utilizaron así esos pasajes y que esa interpretación ha alcanzado cierta difusión en algunos grupos en nuestro continente. Pero de ninguna manera se puede decir que sea una afirmación común a las Iglesias Evangélicas.

Pero en cuanto a la cuestión en sí, nos encontramos frente a un problema de interpretación de un pasaje que, como otros del Apocalípsis, es de difícil interpretación. Sin pretender una exégesis profunda, permítaseme un par de observaciones. (1) En el Apocalípsis, la Bestia es el ser que separa a los hombres de Jesucristo, procurando llevarlos por el camino de la apostasía, es decir de la negación de Jesucristo. La

suerte de la tal Bestia es finalmente la destrucción eterna, pues el Señor la aniquilará. Como caracterización de la Bestia se da el número *666*. (2) En la historia de la Iglesia la Bestia ha sido identificada sucesivamente con muy diversos personajes históricos: con el Imperio Romano, alguno de los césares del mismo, Napoleón, Hitler, el Comunismo, para citar sólo algunos. Es decir, que cada vez que ha surgido un poder o una persona que ha perseguido a los creyentes y que ha intentado hacerlos blasfemar de Cristo, o que ha pretendido seducirlos con engaños, con falsedades o con amenazas; cada vez que ha surgido algo o alguien que ha pretendido reclamar para sí la adoración y obediencia absoluta que sólo Jesucristo merece, la Iglesia ha visto en él al Anticristo, a la Bestia apocalíptica. El protestantismo más de una vez ha visto esto en la Iglesia Católica y específicamente en el papado. (3) La identificación del número "666" siempre es posible una vez que uno está convencido de quién es el personaje, se lo ha referido al título del Emperador Romano, o del Vicario de Cristo, o mil otras cosas. Lo mismo con las famosas colinas o con los reyes. Otros han elegido una interpretación más general: el 666 es el número fraccionario imperfecto (6.666) que busca alcanzar o sustituir la perfección sin lograrlo (el 7): el hombre que se sustituye a Dios. (4) Personalmente creo que originalmente la referencia es al Imperio Romano y a su Emperador, tal vez a Nerón redivivo o algún otro emperador. (5) Pero, más allá de la referencia histórica inmediata, creo que la Iglesia tiene razón en identificar el pasaje (no en hacer equilibrios con los números) con cualquiera fuerza o personaje humano que haga precisamente eso: ocupar el lugar de Cristo y seducir a los hombres. En otros términos, el pasaje dice que todo personaje o poder religioso, político o de cualquier orden que intente ocupar el lugar de Cristo y llevar a los hombres por engaño o por violencia a apostatar de Cristo es la Bestia y que su suerte está echada: le aguarda la destrucción, cae bajo la horrible maldición del Apocalípsis, que es real y ha de cumplirse. (6) Desgraciadamente, más de una vez en la historia, sectores importantes de la Iglesia Católica Romana, incluyendo el Papado, nos parecen haber hecho justamente eso, y en esa medida se aplica a ellos también las palabras del Apocalípsis y quedan incluídos bajo esa terrible condenación. Pero debemos cuidarnos muy bien (a) de no *generalizar* esta afirmación para todos los tiempos y todos los católicos, ni aún todos los papas; (b) de no confundir una "doctrina" que nos parece contener los elementos de una doctrina blasfema (la del papa como vicario de Cristo) con las personas que de buena fe la creen, (c) de no circunscribir al Catolicismo este problema, asegurándonos

así nosotros de "inmunidad" frente a ese pasaje. (7) La grave advertencia, en verdad la horrible advertencia del Apocalípsis no debe ser tanto un instrumento para catalogar y condenar a los demás como una solemne exhortación a todos aquellos que anunciamos a Jesucristo. Nuestra jactancia personal, nuestros confesionalismos o denominacionalismos fanáticos, nuestra falta de amor, nuestra hipocresía no quedan fuera del ámbito de esa advertencia, con temor y temblor debemos pedir, cada vez que leemos este pasaje: "Líbranos, Señor, de caer víctimas del poder del Anticristo, y líbranos, Señor, de ser instrumentos del Anticristo."

—¿Se unirán alguna vez las iglesias evangélicas que tienen una norma de fe común y un Jefe común, Jesucristo, para formar una sola Iglesia?

No me siento profeta para responder a esta pregunta. Aquí también habría que decir, como dijo un gran teólogo a una pregunta semejante: "Espere y verá." Pero dos cosas es necesario añadir, según creo. La primera es que no podemos conformarnos con la situación existente. Cerca de 300 iglesias y grupos de toda índole trabajan en nuestro continente. Pero es mas. Repetidas veces deberíamos decir, mas que "trabajan", "compiten." Este espectáculo es deprimente, un verdadero escándalo, en el sentido grave del término como San Pablo lo utiliza, aparta de la fe el ver las divisiones, las rencillas, las mutuas excomuniones entre grupos e iglesias que se llaman evangélicas. Es un verdadero estorbo a la evangelización. Más de una vez me ha ocurrido de estar hablando a alguien del Evangelio, que viniese luego la pregunta: ¿Y ud. de qué evangélicos es? Y entonces pasar una hora tratando de explicarle qué significaban las iglesias evangélicas distintas a un hombre que, en realidad, lo que necesitaba era las buenas nuevas de la salvación y no las malas nuevas de nuestras divisiones.

Por otra parte, se debe decir también que aún no sabemos qué clase de unidad quiere el Señor para nuestras iglesias evangélicas latinoamericanas. Unidad no significa necesariamente —y tal vez no significa— el fortalecimiento de nuestras federaciones y concilios nacionales y regionales para dar unidad, coherencia, armonía a nuestra obra. Tal vez signifique la formación de iglesias unidas nacionales. Tal vez signifique la unificación de algunas actividades. Tal vez el Señor quiera mostrarnos aún otras formas que aún no hemos discernido. Lo importante es reconocer la necesidad de una manifestación más concreta de la unidad en Cristo, para bien de la obra de evangelización ("Que sean uno para que el mundo crea", oró el Señor Jesucristo). Que reconozcamos que debemos hacer juntos todo aquello que no nos vemos

obligados por razón de conciencia a hacer separados. Que estemos dispuestos a obedecer lo que el Señor nos indique, cuando y como él nos lo indique. Que nuestro amor confesional o denominacional no sea un impedimento a la obediencia. Del resto —del cómo, el cuándo— se ocupará Él, si estamos dispuestos a seguirle.

CONTENIDO

Pág.

Palabra introductoria 5

Boga mar adentro. *Dr. F. J. Huegel* (1) 7

Observadores protestantes en el Concilio Vaticano Segundo. *Dr. José Míguez Bonino* 11

Boga mar adentro. *Dr. F. J. Huegel* (2) 19

Signos de renovación en la Iglesia Católica Romana. *Dr. Gonzalo Báez-Camargo* 22

Antecedentes y realización de la primera sesión del Concilio Vaticano Segundo. *Dr. José Míguez Bonino* 38

Boga mar adentro. *Dr. F. J. Huegel* (3) 47

La crítica anti-católico-romana: su validez y sus exageraciones. *Dr. Theodore Hall Partrick* 50

Diferencias y semejanzas teológicas entre el protestantismo y el catolicismo romano. *Dr. José Míguez Bonino* 62

Boga mar adentro. *Dr. F. J. Huegel* (4) 73

¿Cómo pueden ser las relaciones católico-protestantes en México? *Dr. Jorge Lara Braud* 76

Implicaciones del Segundo Concilio Vaticano para la vida religiosa de nuestros tiempos, particularmente en América Latina. *Dr. José Míguez Bonino* 96

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA OBRA EL DÍA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1964 EN LOS TALLERES DE *IMPRESORA GALVE, S. A.*, DEL CALLEJÓN DE SAN ANTONIO ABAD 39, DE LA CIUDAD DE MÉXICO.

58899TB FS
4-28-94 32180
253

CASA UNIDA DE
PUBLICACIONES
S.R.L.